

EXPOSICIÓN

DEL

PRIMER SALMO

DIVIDIDA EN SEIS SERMONES

POR

CONSTANTINO PONCE DE LA FUENTE

CUARTA EDICIÓN

NASHVILLE, TENN., ESTADOS UNIDOS
CASA EDITORIAL DE LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL DEL SUR,
Á CARGO DE LOS AGENTES BARBEE Y SMITH
1902

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Cuna principal de la malograda Reforma religiosa en España, fué la ciudad de Sevilla, de la que escribe Cipriano de Valera en su *Tratado del Papa y de la Misa:* "Es una de las más civiles, populosas, fructíferas y de más suntuosos edificios que hoy día hay en España. Ser riquísima se ve claramente, pues que todo el tesoro de las Indias Occidentales viene á ella . . . Ser fructífera se prueba por el Ajarafe, donde hay tantos y tantos olivares, de los cuales se saca tanta copia y abundancia de aceite, que provee no solamente á gran parte de España, mas aun otras muchas tierras bien distantes de España. Vése también por las vegas de Carmona y de Jerez, tan abundantes de trigo, y por los campos tan llenos de viñas, naranjales, higueras, granados y otros infinitos frutos. Y donde no se siembra nada, la tierra produce mucho del espárrago y del palmito . . . Tiene mucho ganado, principalmente ovejuno, del cual envía mucha lana á Italia y á Flandes. Á esta ciudad el Padre de las misericordias no sólo ha enriquecido y bendecido en toda bendición espiritual, escogiéndola para que ella fuese la primera ciudad de nuestra España que,

en nuestros tiempos, conociese los abusos, supersticiones é idolatrías de la Iglesia Romana, con que tanto tiempo España ha estado engañada y, conociéndolas, las publicase, como las ha conocido y divulgado, para que se reformasen, y así Jesucristo reinase en su Iglesia."

En esta, pues, rica y hermosa ciudad, vivió, predicó, pasó dos largos años en las prisiones de la Inquisición, y murió el autor de este Comentario, el doctor Constantino Ponce de la Fuente. Era castellano, natural de San Clemente de Cuenca, y fué estudiante en la Universidad de Alcalá: en medio de la ignorancia común de aquellos tiempos, era uno de los muy pocos que sabían las tres lenguas latina, griega y hebrea. Se aplicó mucho á la Teología y á las Sagradas Letras, y escribía el castellano con mucha pureza, propiedad y energía. Dios le concedió, sobre todo, el don de la elocuencia, al grado que la gente invadía los templos, desde las cuatro y las tres de la madrugada, para oirlo. Y al aplauso popular respondía el de los doctos. Nadie lo elogia tanto como el célebre humanista Alfonso García Matamoros, catedrático de retórica y autor de uno de los mejores tratados de oratoria sagrada. Dice así en su *Apología:* "Uno de estos insignes predicadores es el doctor Constantino, cuyos sermones, mientras vivió en Sevilla, fueron oídos con aquella general admiración que Marco Tulio tenía por una de las primeras señales del mérito

de un orador . . . Era su modo de decir tan natural y llano, tan apartado del uso de las escuelas, que parecían sus palabras tomadas del sentir del vulgo, siendo así que tenían sus raíces en las más íntimas entrañas de la divina filosofía . . . Mucho debió al arte, pero mucho más á la naturaleza y á la rica vena de su ingenio, que cada día produce cosas tales, que el arte mismo con pertinaz labor no podría alcanzarlas." [1]

Era tal el crédito de la elocuencia y sabiduría de Constantino, que el emperador Carlos V lo hizo capellán y predicador suyo, y con él viajó algunos años por Alemania y Países-Bajos. Acompañó también al príncipe D. Felipe en su viaje de 1548 á Flandes, y Calvete de Estrella nos informa de que predicó en Castellón, antes de embarcarse el príncipe, el día primero de Noviembre, fiesta de Todos Santos, y que "el sermón fué tan singular como los suele hacer siempre el doctor Constantino," y que en la cuaresma de 1549 predicó en Bruselas famosísimos sermones. En la *Relación del felicísimo viaje*, el mismo escritor alaba á Constantino "de muy gran filósofo y profundo teólogo, de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de grandes tiempos acá, como lo muestran bien claramente las obras que ha escrito, dignas de su ingenio." [2]

[1] Edición de Alcalá, 1553, folios 50 y 51; suprimido en todas las restantes por orden de la Inquisición.

[2] Edición de Amberes, 1552, folio 5. La Inquisición mandó

Empero, aun antes de que visitara dichos países y se tratara con sus reformadores, Constantino ya era evangélico, debido indudablemente al esmerado escudriñamiento que desde muy joven, había hecho de la Sagrada Escritura.

Del lado del Emperador y de la corte regresó Constantino á España y á Sevilla donde continuó predicando con gran concurso de gente, el cual se acrecentó con ocasión de haberse encargado de una cátedra de Sagrada Escritura que el maestro Escobar fundó en el Colegio de Niños de la Doctrina. Explicó allí los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, el *Cantar de los Cantares* y la mitad del *Libro de Job*. Todos los manuscritos de estos comentarios quedaron en poder de sus discípulos que, perseguidos más adelante por la Inquisición, llevaron los papeles á Alemania donde desgraciadamente hubieron de extraviarse, no habiéndose podido encontrar ninguno de ellos hasta el día de hoy.

Sobresalía entre las muchas dotes del doctor Constantino, una admirable prudencia, puesto que, durante muchos años, no permitió que se le deslizara, en los libros que con el permiso de la autoridad eclesiástica publicó, ni en sus sermones, una sola sentencia ni palabra en contra del Papa ó de la Iglesia Romana. Y la oposición, que más adelante se convirtió en fiera persecución, sólo empezó en 1556 cuando, habiendo

borrar estos lugares, y "cuanto tocare en alabanza de Constantino Ponce de la Fuente, autor condenado."

quedado vacante la canonjía magistral de la catedral de Sevilla, por muerte del doctor Egidio, que también había aceptado las doctrinas evangélicas, el provisor Francisco Ovando se opuso á la elección del doctor Constantino, alegando que era descendiente de judíos y que por información sumaria había llegado á entender que "el doctor Constantino *era casado*, y por tanto incapaz de beneficio eclesiástico, mientras no califique su persona cómo no hace vida maridable con su mujer, y la dispensación que para ello tiene . . ." [1]

Para responder al requerimiento del provisor, se comisionó á los canónigos Esquivel, Ramírez, Fernando de Sauceda y Ojeda, los cuales, á debido tiempo, presentaron su informe en que alegaban que el doctor Constantino no estaba comprendido en el estatuto de limpieza; pues éste sólo prohibía la admisión de condenados, reconciliados etc., y no se refería á los descendientes de judíos ni moriscos; que "era hombre de muy buena vida y ejemplar conducta, tenido de más de veinte años á esta parte por sacerdote de misa y por muy eminente predicador y teólogo . . . Y por ser tal persona, el serenísimo y católico Rey D. Felipe N. S. lo tuvo en su servicio y se confesó con él, y le hizo proveer de la Maestrescolía de Málaga, y le da salario por su predicador . . . . lo cual todo es notorio."

---

[1] Véase Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles,* Tomo II, páginas 432 y 433.

*

Después de un largo pleito entre el provisor y el Cabildo y de haberse referido el asunto á Roma, el doctor Constantino recibió canónica institución de su canonjía. Empero, este triunfo le valió más y mayores enemigos. Aconteció un día que, al salir de un sermón de Constantino, el caballero Pedro Mejía, veinticuatro de Sevilla (antiguo amigo y corresponsal de Erasmo), "católico rancio y á macha martillo," dijo en alta voz, y de suerte que todos lo oyeran: "Vive Dios, que no es esta doctrina buena, ni es esto lo que nos enseñaron nuestros padres." Causó grande extrañeza esta frase, por ser de persona tan respetada en Sevilla.

Los inquisidores llamaron á Constantino varias veces al castillo de Triana, pero no pudieron probarle nada, y él solía decir: "Quiérenme quemar estos señores, pero me hallan muy verde."

Poco después, arreció la persecución en contra de los evangélicos de Sevilla por haber descubierto la Inquisición algunos de los libros que de Ginebra y Alemania había introducido en España Julianillo. Prendieron, juntamente con muchos protestantes, á una viuda llamada Isabel Martínez, en cuya casa el doctor Constantino tenía escondidos muchos manuscritos. Al secuestrarse los bienes de aquella viuda, según la costumbre inquisitorial, su hijo Francisco Beltrán sustrajo las alhajas á fin de salvar algo de lo que les pertenecía. Habiendo delatado este hecho un pérfido

criado, los inquisidores mandaron luego al alguacil Luis Soto en busca del "tesoro." Aturdido Francisco Beltrán con la visita repentina de aquel emisario y creyendo que venía, no por las alhajas de su madre, sino por los libros del doctor Constantino, lo llevó á una de las piezas y, derribando un sutil tabique de ladrillo, le mostró el recatado tesoro. Entre aquellas obras inéditas había un gran volumen en que se trataba: *Del estado de la Iglesia*, *del Papa* (á quien decía Anticristo), *de la Eucaristía*, *de la Misa*, *de la Justificación*, *del Purgatorio* (que llamaba cabeza de lobo), *de las Bulas é Indulgencias*, *de la Vanidad de las obras* etc.

Á vista de este libro y habiéndole preguntado los inquisidores si era suyo, Constantino respondió: "Reconozco mi letra y confieso haber escrito todo esto: declaro ingenuamente ser todo verdad. Ni tenéis ya que cansaros en buscar contra mí otros testimonios: tenéis aquí ya una confesión clara y explícita de mi creencia; obrad pues y haced de mí lo que queráis." Lo echaron entonces en una de las prisiones del castillo de Triana, donde pasó los dos últimos años de su vida.[1] Cuentan que Carlos V, al saber la prisión de su antiguo capellán, exclamó: "Si Constantino es hereje, será grande hereje."[2]

---

[1] Toda esta relación va fundada en Raimundo González de Montes, página 303 y siguientes de la edición castellana.

[2] Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, Tomo II, pág. 829.

Hay dos relaciones de la muerte del doctor Constantino, las que á la letra dicen: "Hoy (no se ha podido averiguar el día) se suicidó el doctor Constantino en la cárcel de la Inquisición, introduciendo en la garganta los pedazos del vaso en que le entraban el vino." [1]

"Quemaron los huesos del doctor Constantino, porque se mató en la cárcel con un cuchillo." [2]

Estas relaciones romanistas, lejos de estar acordes, se contradicen decididamente. Escuchemos ahora lo que dicen dos de los reformadores contemporáneos.

En el *Tratado del Papa y de la Misa*, página 251, dice Cipriano de Valera: "También fué desenterrado el doctor Constantino que, poco antes, de enfermedad y mal tratamiento, había sido muerto en el castillo de Triana: esto sé del mismo que se halló presente. Con ser esto así, los hijos de mentira echaron fama de que Constantino se había muerto á sí mismo."

De las *Artes de la Inquisición Española*, por Raimundo González de Montes, página 322, copiamos lo que sigue: "Pasó en la cárcel dos años enteros . . . Empezó primero á enfermar levemente: después, no pudiendo resistir el ardor del sol en aquellas hornazas, desnudo, en camisa de día y de noche, contrajo una disentería y, á los quince días, en medio de aque-

[1] Menéndez Pelayo, Tomo II, página 438.—Notas.

[2] Cabrera, *Historia de Felipe II*, página 235 de la edición de 1619.

lla aflictiva miseria, entregó á Cristo su alma. Asistiólo en su enfermedad y en su muerte, un piadoso joven, monje de San Isidro de Sevilla, cautivo por causa de religión, llamado Fernando, que le había tocado por compañero de cárcel."

Veneramos y amamos la memoria del reformador, y creemos un privilegio muy grande el reimprimir sus obras para ponerlas en manos de los predicadores del Evangelio en los países donde se habla la hermosa lengua de Cervantes y de Valera.

Además de los cuatro opúsculos, reimpresos en 1863 por el erudito evangélico D. Luis Usoz y Río, á saber: la *Suma de Doctrina Cristiana*, el *Sermón de nuestro Señor en el Monte*, el *Catecismo Cristiano* y la *Confesión de un Pecador*, sabemos que dejó escritas las obras siguientes:

Discursos sobre los Proverbios, *El Eclesiastés*, *El Cantar de los Cantares*, y la mitad del *Libro de Job.*

Un gran libro en que trataba del *Estado de la Iglesia* etc. que, como dejamos dicho, sirvió á los inquisidores de Sevilla para interrogar y condenarlo.

Una *Exposición del Primer Salmo de David.*

Además de estas obras, quizá existan manuscritos, dentro ó fuera de España, algunos de los muchos sermones que predicó.

De los libros del doctor Constantino que han llegado hasta nuestros días, tenemos, en primer lugar,

La *Suma de doctrina cristiana*, *en que se contiene*

todo lo principal y necesario que el hombre cristiano debe saber y obrar. El Sr. Usoz y Río conjetura que la primera edición debió de hacerse en 1540. Está en forma de diálogo, siendo tres los interlocutores: Patricio, Dionisio y Ambrosio. Enseña muy á las claras la doctrina de la justificación por la fe y, lejos de encubrir la eficacia de las obras, como dice el S. Menéndez Pelayo, la encomia; sólo que atribuye toda obra verdaderamente buena á nuestro Señor Jesucristo que es el Autor de todo bien. "Y no penséis que son vanas las oraciones que hace la Iglesia y los sanctos de ella, ni otras obras buenas. Porque bien entendido todo esto, son pedazos y sobras de la riqueza de Jesucristo, y todo se atribuye á Él . . . y en Él se ha de poner la confianza. Y de esta manera, aprovecha lo que sus miembros hacen ó piden, por la virtud que resciben de estar unidos é incorporados con Él. De aquí veréis que se peca contra este artículo, confiando en nuestras propias obras, ensoberbeciéndonos de ellas, pensando . . . . que por ellas hemos de ser sanctos, que por nuestras solas fuerzas nos habemos de aventajar y contentar á Dios que nos tenga por justos y nos dé el cielo . . . Mucho habemos de trabajar por hacer buenas obras y servir mucho á Dios, mas no sólo las obras y los servicios, mas también el trabajar para ello é quererlo hacer, lo habemos de atribuir á J. C. nuestro Salvador y Rey, y tener por sabido y cierto que todos son dones recaudados para

nosotros por mérito suyo . . . que Él es nuestra justicia, nuestra confianza, nuestro bien obrar . . . é no estribar en otra cosa." (Páginas 45 y 46 de la reimpresión de Usoz.)

Hablando de esta obra, dice un eminente escritor católico romano: "Más que la doctrina, lo que ofende aquí es el sabor del lenguaje y la intención oculta y velada del autor. En la materia de la Iglesia católica está ambiguo, y cuando habla de la *Cabeza* parece referirse siempre á Cristo. No alude una sola vez al Primado del Pontífice, ni lo nombra, ni se acuerda del purgatorio, ni mienta las indulgencias. El libro, en suma, era mucho más peligroso por lo que calla que por lo que dice."

Á esta *Suma de Doctrina*, en la que discurre sobre los artículos de la fe, los mandamientos de la ley, y la oración del Señor, puso por corona y como celestial compendio y síntesis de la moral cristiana, el *Sermón del Monte*, muy bien traducido y con algunas notas brevísimas.

Como la *Suma* era demasiado extensa para los niños y principiantes, publicó Constantino en 1556 un *Catecismo* más breve, del que no se conoce más edición que la de Amberes y de la cual existe un solo ejemplar en la Biblioteca Real de Bruselas. Está en octavo y tiene 108 páginas.

Juntamente con este opúsculo, el autor dió á la estampa la *Confesión de un Pecador*, "hermoso trozo

de elocuencia ascética, y prueba la más segura del ingenio de Constantino." Para dar una idea de su estilo, trascribimos aquí algunos párrafos de esa *Confesión:*

"Si yo, Señor, conosciera cuán poca necesidad teníades Vos de mis bienes, cuán poco montaba para la grandeza de vuestra Casa estar ó no estar en ella un nada como yo; si considerara, por otra parte, mis atrevimientos y ofensas contra vuestra Majestad, cuán dañoso era para los vuestros, cuán estorbador de la gloria que ellos os daban, temiera vuestro juicio y pusiera algún término en mis pecados. Mas como era ciego para lo uno, ansí lo era para lo otro. De no conoscerme á mí, procedía que tampoco os conosciese á Vos. De no saber estimar la grandeza de vuestra misericordia, nacía que no estimase la de vuestro juicio y de vuestra justicia. Encaminábase de aquí mi locura y mi perdición, porque cuando Vos me buscábades con los regalos, me hacía yo más soberbio y consideraba menos de qué mano podrían venir. Cuando me llamábades con los castigos, entonces me endurecía más, como malo y rebelde esclavo.

"Con tan grandes ceguedades, con tan grandes ignorancias de Vos y de mí, con tan grande olvido de vuestros bienes . . . no podían ser mis penitencias sino muy falsas, doradas con falso oro, aparejadas para ser llevadas del primer viento y primer peligro con que me tentase el demonio ó la concupiscencia de mi

corazón. Si yo edificare sobre Vos, que sois firme piedra; sobre conoscimiento de quien Vos sois, de vuestra misericordia y de vuestra justicia, no bastaran todas las tempestades del mundo á llevarme, porque me defendiérades Vos. Mas como edifiqué sobre arena, con hermoso edificio en el parecer y falso en los fundamentos, estaba mi caída cierta, como era cosa cierta que había de ser combatido . . .

"Véngome á Vos como el hijo pródigo, á buscar el buen tratamiento de vuestra casa . . . Y por mucho que la consciencia de mis pecados me acuse, por mucho mal que yo sepa de mí, por mucho temor que me pone vuestro juicio, no puedo dejar de tener esperanza de que me habéis de perdonar, que me habéis de favorescer, para que nunca más me aparte de Vos. ¿No tenéis Vos dicho, Señor, y jurado, que no queréis la muerte del pecador? ¿Que no recebís placer en la perdición de los hombres? ¿No decís que no venistes á buscar justos, sino pecadores? ¿No á los sanos, sino á los enfermos? ¿No fuistes, Vos, castigado por los pecados agenos? ¿No pagastes por lo que no hecistes? ¿No es vuestra sangre sacrificio para perdón de todas las culpas del linaje humano? ¿No es verdad que son mayores vuestras riquezas para mis bienes, que toda la culpa y miseria de Adam para mis males? ¿No llorastes, Vos, por mí, pidiendo perdón por mí, y vuestro Padre os oyó? ¿Pues quién ha de quitar de mi corazón la confianza de tales prome-

sas? . . ." (Páginas 383, 84 y 86 de la reimpresión de Usoz.)

Así está escrita toda la *Confesión:* con razón ha tenido y tiene grandes admiradores entre los protestantes extranjeros. Hay una traducción francesa, muy mala, de Juan Crespin,[1] otra italiana, de la cual vimos ejemplares en las bibliotecas de Nápoles, Roma, Florencia y Milán, y otra inglesa, moderna y muy elegante, que hizo el finado John T. Betts, de Pembury, Inglaterra. Su señora viuda nos ha concedido el permiso de reimprimirla.

Exposición del Primer Salmo. De las muchas obras del doctor Constantino que se extraviaron en el siglo XVI, sólo ésta se ha podido encontrar en nuestros tiempos. Débese tan valioso descubrimiento al muy erudito y sabio doctor Eduardo Boëhmer, profesor de la Universidad de Estrasburgo, y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Este gran bibliófilo, habiendo descubierto en la Biblioteca Real de Munich un ejemplar de la primera edición de la *Exposición*, impresa en Sevilla en 1546, y luego otro de la segunda edición dada á la estampa en Amberes en 1556, publicó la tercera edición en Bohn, Alemania, el año 1881.

Con un desprendimiento que le honra, nos ha cedido sus derechos y autorizado para que publiquemos

[1] *Confession d'un pecheur devant Jésu Christ* etc., reimpresa en el tomo IV de la *Miscelánea Croningana.*

esta edición que tenemos el gusto de ofrecer al público evangélico, y especialmente á nuestros compañeros en el Ministerio. Al prepararla, no hemos seguido literalmente la del doctor Boëhmer, sino que, para facilitar su lectura y venta, nos hemos permitido cambiar en muchos lugares, las formas anticuadas y desterradas ya del buen lenguaje, por las modernas; en otros, hemos usado de llamadas para la sinonimia. Creímos también conveniente dividir los sermones en párrafos, y verificar y corregir las citas de la Sagrada Escritura. La puntuación es nuestra, y para la ortografía hemos seguido la última edición del Diccionario de la Academia.

Mediante la divina voluntad, dentro de pocos meses publicaremos el tomo segundo de las obras del doctor Constantino. Quiera Dios que esta *Exposición* sea para su gloria y el bien de la raza española.

P. A. Rodríguez.

Nashville, Tenn., Abril de 1902.

ÍNDICE

(1)

AL LECTOR

Cuán necesaria sea para los hombres la predicación de la Palabra divina, lector cristiano, además de ser manifiesto por nuestros muchos y continuos pecados, contra los cuales ella es verdadera y única medicina, basta el testimonio que ella misma en este propósito da para que entendamos ser esto así. Nadie nos puede conocer mejor que el mismo Señor que nos hizo, y nos sufre y nos espera, ni podemos imaginar mayor remedio para no perdernos, que es aquel de quien nos avisa el que quiere y solamente nos puede salvar. Pues como en este oficio tan encomendado y tan encarecido yo haya gastado algunos años con deseo de aprovechar algo, aunque con la indignidad que Dios sabe, parecióme no sé qué veces, que sería bien, con el curso que todos seguimos de tratar las lecciones del Evangelio, entremeter algunas otras cosas de la Escritura, para que con la variedad y conformidad de ella, se aficionasen más los oyentes á seguir el camino de la verdad y viesen cómo en todas partes resplandecía el beneficio de Jesucristo unigénito Hijo de Dios.

Las causas y las razones por donde yo esto hice y me parece que se debe hacer, no las quiero proseguir ahora, quedarán para otro lugar; baste para lo presente, que tengo ejemplo y autoridad de todos los más graves y más estimados doctores que la Iglesia sigue. Entre lo que para este fin escogí, fueron algunos salmos cuya declaración yo procuré de tratar lo menos mal que según mis fuerzas pude entender. Tiene el profeta David sentimientos tan grandes; descubre por tantas ma-

neras los misterios y los secretos de la divina bondad; es tan admirable conocedor de sus obras; escudriña y penetra tanto los corazones de los buenos y de los malos, de los tibios y de los encendidos; enseña tan claramente los remedios para todos, que no parece sino que por este instrumento quiso el Espíritu Santo señaladamente dar una muestra en el mundo de los tesoros del cielo. Tampoco quiero tratar de propósito esto, porque mayor espacio requiere; solamente se propone para que se vea el motivo de lo que yo hice.

Entre los libros sagrados, ninguno anda tan ordinario ni tan en las manos de todos como el *Salterio*. En el oficio eclesiástico la mayor parte es salmos. De toda suerte de gente, por maravilla hay quien no rece salmos. No puede ser cosa más acertada, y muchas veces he mirado en ello. Mas cuanto ella es mejor, tanto pone mayor lástima ver cuán fríamente se pasa por ellos; cuán sin sentimiento y sin inteligencia de cosas tan grandes. Averiguadamente creo que, si con ser tan común la lección de los salmos, hubiese juntamente guía de verdadera inteligencia, sería medio para alcanzarse notable fruto, y para que muchos de los que tienen oficio ó devoción de rezarlos, sintiesen en sus corazones grande consuelo de la mano de Dios para los trabajos espirituales y corporales.

De los que yo para este fin he predicado, uno es el primero de todos, convidándome para ello, de una parte su brevedad y parecer que venía propiamente medido para con el tiempo; por otra, haber muchas veces considerado, pasando por él, en cuán pocas palabras estaba sumada toda la doctrina de la Sagrada Escritura; todo lo que el cristiano debe saber y obrar; todo el bien y mal de los hombres; todo el daño y todo el remedio; todo el favor que tienen los buenos; toda la adversidad que tienen los malos; todas las obras que de la misericordia divina á los unos se comunican, y la justicia para los otros.

Siempre me puso admiración esta brevedad, viendo que es como un espejo con quien el justo y el pecador deben ordenar su conciencia y conocer los defectos de ella; concebir el uno esfuerzo muy grande, y el otro grande temor. Parecióme que si los oyentes fuesen ayudados con una declaración copiosa, podrían usar mejor de él para este provecho, pues cada día lo traen en las manos.

La misma razón que me movió á predicarlo, me persuadió después á la publicación. Fácilmente se caen estas cosas de la memoria, y pocas llegan á casa; cuánto más durar muchos años. Por nuestros pecados, raros son los que se acuerdan de la verdadera doctrina de los sermones. Si algo les queda, son cosas de poco provecho y de muy liviano contentamiento, y más apacibles que ciertas y útiles. De manera que es menester favorecerlos con escritura para que la mayor parte del trabajo no sea en vano, y los que buscan cosas firmes y medicinas seguras, tengan con que rehacer su memoria. Como lo prediqué, así se escribió; y de aquí es que no va tan limado ni con tanta claridad ni concierto como yo quisiera. Creció la exposición hasta ser muy larga; mas, por muy prolija que ella sea, todo el libro es pequeño, y de lo mucho podrá escoger cada uno lo que más á su propósito hace. Lo que el mismo salmo comprende en breves sentencias, aquello es lo que está explicado, confirmado y defendido. En unos mismos intentos andan él y los sermones. En todos ellos procuré de exhortar á los hombres á que no se contenten con tener fe muerta, que solamente cree y no obra, porque de ésta los demonios tienen asaz y aprovéchales muy poco (Santiago, capítulo 2), y tampoco aprovechará al cristiano si no pasa más adelante; aunque es escalón para los demás, del cual está lejos el infiel y por eso más sin luz. La fe que nos ha de salvar, acompañada ha de estar y encendida con caridad; viva ha de ser y productora de buenas obras; contenta y asegu-

rada con todo lo que Dios dice, y ejecutadora de lo que confiesa. Ésta pide nuestro salmo, y á ésta exhorta su exposición.

Trabajé juntamente de persuadir á los oyentes á que tuvieran cierta y verdadera caridad y sencillez de corazón para con sus prójimos; paciencia para los trabajos; firme y alegre esperanza de lo que Dios tiene prometido; conocimiento de sí mismos; arrepentimiento de sus pecados; mortificación de sus malos deseos; oración para todas sus cosas, enseñándoles, cuanto en mí fué, verdadero temor y reverencia á la Majestad divina, pavor de la grandeza de sus juicios y de la ira que contra el pecado tiene. Á estos lugares se reduce el salmo, y estos mismos procuré yo de extender y declarar por los mejores y más fáciles medios que se me ofrecieron. Á unos esforzamos para que perseveren; á otros espantamos para que vuelvan; á unos tratamos con blandura, á otros con aspereza; á los unos con amor, á los otros con amenazas.

Todo lo pusimos delante para que por una parte se despertase afición, y por otra se concibiese temor; para que siquiera no pasen más adelante los malos y, por cualquier ocasión que sea, comiencen á buscar remedio. Esto he traído con la brevedad más posible, para que sirva de una como luz para la inteligencia de esta exposición, porque, llevando este presupuesto, sin duda hallará el lector más desembarazado el camino para mejor entenderse. Si unas veces le pareciéremos muy blandos y muy alargados en favor de los buenos, si otras muy bravos contra los malos y muy deshacedores de sus caminos y de sus esperanzas, entenderá que es acertado camino para el fin que es cada cosa. El que está sano y el que está enfermo, diferentemente quieren ser tratados. No todos los enfermos tampoco quieren ser curados con una medicina. Esta que parece diversidad, no es sino consonancia muy grande: ni el salmo nos dejará ir por otro camino, si no qui-

siéremos ser claramente prevaricadores. En el cual es bien fácil de conocer esta misma variedad con la mayor conformidad que pensar se puede, pues es la que el Espíritu Santo tiene en todas sus cosas, el cual es el cierto autor de la Sagrada Escritura, con quien todo lo que en este caso tratamos va confirmado.

Los descuidos míos, acerca de no tan buen orden ó de menos claridad y de otros semejantes defectos, parte no los podré excusar, por ser naturales á mi flaqueza; parte podrán tener enmienda por mano de otros ó por la mía. Cosas puede ser que haya al juicio de muchos tan manifiestas, que dará pesadumbre su repetición; otras con su brevedad parecerán muy difíciles, y esto no puede ser menos, por lo que ya tengo dicho. Aunque bien entiendo que la mayor dificultad de semejantes materias y lo que más oscuras las representa es lo mal que nos parecen, el sinsabor que nos hacen, y el poco uso que tenemos de oirlas. Lo bueno nunca lo probamos, lo áspero no lo queremos; buscamos doctrina que no nos duela y pedimos en ella nuestro contentamiento, como en todas las otras cosas. Fácil cosa me sería á mí agradar por este camino, porque nadie está tan pobre que no se halle rico de vanidad, cuando quisiere aprovecharse de ella; mas ninguna cosa debe de pesar tanto que por ella se deje de tratar cosa tan grande con seguridad de conciencia.

Si conociésemos nuestras enfermedades y de verdad quisiésemos salir de ellas, luego entenderíamos las medicinas, porque sentiríamos el provecho. Si tuviésemos gusto de la salud, no nos parecería tan extraño lo que nos pone tanto fastidio. Miramos con ojos ciegos y quejámonos de la luz; antójasenos tiniebla, y alegamos que la hay cuando no queremos que nos alumbren. Sea esto como aviso para la lección de la escritura presente y para la de otras de su calidad, si fuere Dios servido que salgan á luz. Él por su infinita mise-

ricordia quiera dar á su santa Palabra verdadera prosperidad: Él le dé eficacia para que fructifique; para que en los corazones de los pecadores despierte conocimiento de su perdición; para que pidan el remedio que les está ganado; para que con nueva vida, con nuevo espíritu y nuevas obras den testimonio de cómo son redimidos con la sangre de quien desde el cielo los vino á buscar á la tierra para que, como miembros de su santa Iglesia, en todo le sirvan y le den gloria.

EXPOSICIÓN DEL PRIMER SALMO DE DAVID

EL PRIMER SALMO DE DAVID

EN LATÍN.

BEATUS vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via pecca-
torum non stetit, et in cathedra pestilentiæ non sedit;
2 Sed in lege Domini voluntas ejus, et in lege ejus meditabi-
tur die ac nocte.
3 Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus
aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo, et fo-
lium ejus non defluet, et omnia quæcunque faciet prospera-
buntur.
4 Non sic impii, non sic; sed tanquam pulvis quem projicit
ventus a facie terræ.
5 Ideo non resurgent impii in judicio, neque peccatores in
concilio justorum.
6 Quoniam novit Dominus viam justorum, et iter impiorum
peribit.

EL MISMO SALMO

EN ROMANCE.

Bienaventurado aquel varón que no anduvo en el consejo
de los malvados, ni estuvo en el camino de los pecadores,
ni se asentó en la silla de la pestilencia;
2 Antes es su voluntad empleada en la ley del Señor,
y en la ley de Él pensará de día y de noche.
3 Y será como el árbol plantado á las corrientes de las aguas,
que dará su fruto á su tiempo; cuya hoja no se caerá,
y todo cuanto hiciere será prosperado.
4 No de esta manera los malos, sino como el polvo
que levanta el viento de la haz de la tierra.
5 Por tanto no se levantan en el juicio los malos,
ni los pecadores en la congregación de los justos.
6 Porque conoce el Señor el camino de los justos;
y el camino de los malos perecerá.

SERMÓN PRIMERO

Este salmo, que entre todos los otros del rey y profeta David está puesto como por principio y cabeza de ellos, aunque en las palabras sea de los más breves, en la doctrina y espíritu es muy largo y copioso, porque contiene en sí toda la enseñanza de lo que debe hacer cualquiera hombre que quisiere servir á Dios y alcanzar á ser verdaderamente bienaventurado. Avisa asimismo de qué cosas se debe apartar para que ningún estorbo le impida de llegar á tan grande fin; muestra el premio y favor que los justos esperan de Dios, y el juicio que está aparejado para los malos: cuán de su parte lo tienen los unos, cuán por enemigo lo tienen los otros. Si bien lo miráis, en esto se comprende toda la doctrina que ha menester el hombre para no perderse y para tener cierto y seguro lo que Dios le tiene prometido. En muy pocas razones está abreviada en el salmo, mas á nosotros conviene que la tratemos y declaremos por muchas.

La Divina Escritura, dado que fué escrita por mano de hombres, fué de instinto y de industria del espíritu del cielo; y aunque los autores de ella decían y escribían pocas palabras, grande y largo sentimiento les

quedaba en el corazón. Lo que nosotros y todos los maestros debemos hacer, es aplicar la exposición y todo el sentimiento que quedaba en el espíritu de ellos, á la brevedad de sus palabras; porque en cuanto nuestras fuerzas bastaren y el Señor tuviere por bien de ayudarnos, los imitemos en esto, que, teniendo en pocas palabras el aviso, tengamos larga y copiosa lección en el alma; mucha luz para nuestro entendimiento; mucho en que nuestra memoria se recree y de que nuestra voluntad se enamore. Esto tienen los libros de la Divina Escritura sobre todos los otros del mundo: que son muy livianos en el peso, muy breves en las razones, porque remiten toda su fuerza, todo el valor y sentencia de lo que dicen, al espíritu del hombre para que él lo dilate, lo saboree y lo declare y, esforzado para esto con favor del cielo, con el mismo lo ponga en obra.

El oficio del enseñador es ayudar al oyente para este fin, é irle enseñando los principales lugares y estaciones del camino, y dándole avisos para que se guarde de donde se podría perder. No se puede esto verdaderamente hacer sin que Dios envíe favor á los unos y á los otros. Esto es lo que habemos menester, y esta es la petición que ordinariamente habéis de tener en vuestros corazones, si queréis entender como debéis entender y obrar como debéis obrar.

De comprender en sí este salmo con tan breves palabras el fin y principal propósito, no sólo de todo el

libro, mas de la Divina Escritura, nació el parecer de algunos que dicen que por esta misma razón el profeta David, ó quien después coleccionó los salmos, lo colocó é hizo primero de todos, y que propiamente es prefacio y proemio de los salmos: de aquí es que no tiene escrito sobre sí título alguno como tienen otros salmos, porque los más de ellos á lo menos, ya que otra cosa no tengan, tienen este título: *Salmo.* Poco hace esto al caso para nosotros, aunque son consideraciones de hombres doctos y avisados; porque, ahora sea verdad que David, ú otro algún colector, quiso significar algún misterio en el orden de los salmos, que uno sea primero, otro segundo, otro tercero, etcétera; ahora sea lo más cierto que los juntaron así como cayeron, ó como mejor les pareció, sin pretender en ello los misterios que otros afirman que hay, hace esto poco al caso para la doctrina presente, y de cualquiera sentencia que sigamos queda claro y averiguado este primer salmo de todos, en sólo seis versos que tiene, comprender en sí sumada y abreviada toda la doctrina de la religión cristiana: de la fe, del sentimiento, de las obras y de la esperanza que conviene que tenga un hombre para que verdaderamente le alcance la redención y sacrificio de Jesucristo nuestro Redentor, para que el Padre eterno lo ampare, lo ame, lo favorezca y haga bienaventurado. Con este presupuesto y aviso comenzaremos ahora á tratar la declaración del salmo. Dios nos dé parte de la fe,

del espíritu y constancia que dió al Profeta para componerlo y sentirlo, porque asimismo tengamos parte de la bienaventuranza que enseña; pues que no sólo quiso él llegar á tal conocimiento y tal experiencia, sino dejarlo ordenado y escrito para aviso y doctrina de todos; y el Señor que á él dió esta luz, está aparejado para darla á nosotros y á todos los que no la quisieren desechar, por cuya providencia y misericordia se han conservado y conservarán estas escrituras hasta que el mundo se acabe.

Ya dije que este salmo ningún título tenía; aunque, si habéis estado atentos, bien habéis podido entender cuál será su propio y verdadero título, que es una breve definición del hombre justo; unas breves señas en que se conoce; un breve aviso del camino de la bienaventuranza; una seguridad y promesa de la voluntad y socorro de Dios; un triste fin y paradero del malo, porque se guarde el justo de seguir otro tal camino. Este es el título y el entendimiento del salmo: no resta sino proseguirlo con más copiosa declaración.

Bienaventurado aquel varón que no anduvo en el consejo de los malvados, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se asentó en la silla de la pestilencia.

Lo que primero habemos de declarar es esta palabra bienaventurado. No hay nación en el mundo que tan diferente lenguaje tenga de todas las otras, que no tenga su vocablo con que signifique y entienda lo mismo que nosotros entendemos por esta palabra bien-

aventuranza. Porque como la codicia es una, y una misma la cosa que conciben, todos se despiertan igualmente á manifestar por palabra lo que tienen en el corazón. No hay hombre que no codicie que en todas las cosas le suceda prósperamente; que en todo le vaya bien; que ningún estorbo se le ponga delante; que ninguna cosa se haga que no sea á favor de sus intereses y contentamiento.

Imaginad pues un estado en que el hombre alcanzase todo esto, y eso es lo que queremos entender por este vocablo bienaventuranza. Esta codicia que decimos que hay en el hombre, tiene origen de la grandeza de su dignidad, y de la grande capacidad que Dios le puso en el alma, de donde le nace aquella grande inclinación y aquel ordinario apetito de ser tratado conforme al estado para que fué hecho y para que se le dió tan grande disposición. De manera que, aunque no acierta á pedir ni sabe señalar particularmente aquello con que ha de ser vencida su hambre, todavía pide á bulto hartura y satisfacción de aquella hambre. Esta ceguedad de no acertar á pedir, y de no acudir al camino por donde ha de alcanzar aquello mismo que él desea, tiene por causa el pecado que le puso tan grande ignorancia, que nunca tenga verdadero juicio ni verdadero conocimiento de los bienes para que fué criado. De aquí es que, como admite en consejo y en voto de sus deseos el parecer y codicia de su misma carne, pide juntamente cosas desva-

riadas unas de otras; las unas quiere para el alma y las otras para el cuerpo, y cada uno da allí voces, demandando lo que le parece que le está bien, y él suspira por todo ello y, como quiere contentar á todo, lo uno lo lleva por un camino, lo otro lo lleva por otro, y así nunca está el pecador en un sér, porque él mismo se deja combatir de todos aquellos vientos.

De forma que, si le preguntasen á un hombre que dijese qué es lo que codicia y cómo tiene figurado el estado de su bienaventuranza, respondería con una torre de viento sacada de su corazón, que en una parte de ella acertaría y en otra desvariaría; en unas parecería cuerdo y en otras parecería loco, porque confesaría que lo que él deseaba era un contentamiento muy grande para todos sus sentidos; que nunca oyese ni viese cosa que le diese desabrimiento, sino grandísimo placer y deleite; que nunca jamás errase ni fuese engañado; que tuviese la mayor honra, la mayor ventaja, las mayores riquezas que se pudieran imaginar; que nunca enfermase, ni la muerte tuviese poder en él; que fuese inmortal como Dios, y que tuviera seguridad que en ninguna manera podría venir á menos ni mudársele ni disminuírsele nada de esto.

Este es su parecer; sino que habemos dicho en pocas palabras lo que él diría por muchas, y le habemos hecho gracia de muchas otras vanidades que él en su confesión manifestaría. Y dado caso que el pecado y ceguedad del hombre sea causa que haya en estos

sus deseos grande mezcla de locura, á lo menos se saca en limpio que este apetito, tan natural y tan común á todos, da á entender que hay algún estado en que él pudiese alcanzar más y mejor acertado, que es lo que pide y desea.

Esta misma razón que habemos dicho, convenció á muchos de los sabios del mundo á que juzgasen grande y magníficamente del estado y condición del hombre, y que afirmasen que tenía cierto paradero y fin distinto del de todas las otras criaturas y señalado particularmente para él, en el cual sería bienaventurado. Y parecióles que no en balde y sin propósito el hombre andaba tras esto, porque en todas sus maneras da muestra de gran señor y parece nacido para gran poder. Lo que sabe es señal que podría saber mucho más, y descubre tener habilidad para muy mayor saber, y que sobre todo, tiene grandes señas de inmortalidad; de donde se puede claramente colegir haber estado de bienaventuranza, dedicado para él si no lo pierde por errar el camino.

Este argumento que ellos hicieron no iba muy desatinado, si la falta de la verdadera luz no les estorbara el camino y les pusiera grande diversidad de juicios, grande confusión é incertidumbre para pasar adelante: de donde nació que unos dijesen que no se podía hallar en este mundo esta bienaventuranza y fin del hombre, y que otros dijesen que sí. De éstos, unos afirmaron que estaba en saber mucho, y que llegando

á este estado, luego el hombre estaría contento, según el contentamiento de esta bienaventuranza; otros lo pusieron en grandes deleites; otros afirmaron depender de otros fines: y así desvarió cada uno por su camino.

Esta diversidad de opiniones nació de la diversidad de las codicias humanas, porque, aunque son muchas y todas combaten á todas, unas reinan en unos más que en otros: el que era muy codicioso del saber, encareció su apetito, parecióle que esta era la cosa más natural al hombre, y que por aquí se caminaba al estado en que su bienaventuranza consistía; los que eran más aficionados á deleites que á otra cosa alguna, creyeron que en la muchedumbre de éstos estaba el fin propio del hombre. Cosa sería muy larga proseguir tan grande multitud de desvaríos como en este caso hubo y los hay hoy día; y aunque otra cosa no hubiese de donde se pudiera conocer la corrupción de la naturaleza del hombre y su grande ceguedad, bastaba para descubrirla esta tan grande diversidad de codicias y de juicios en cosa tan importante á los mismos hombres; porque á no tener ellos de herencia esta ceguedad, no fueran tan desvariados y tan sin concordia sus apetitos, ni hiciera cada uno de ellos de su particular deseo regla para el último fin del hombre.

Vengamos ahora con todos éstos en un concierto y concedámosles que todos aquellos sus deseos son pensamientos de hombre honrado, con que nos confiesen ellos que es grande locura pensar que se puede hallar

en esta vida el cumplimiento de su codicia de la manera que ellos lo entienden. Y si esto no quieren decir, digan cuándo y de qué manera puede alcanzar el codicioso de riquezas estado de bienaventurado en este mundo por camino y por razón de rico: responda lo mismo el de los deleites, acerca de los deleites de la tierra, y el del saber, acerca de la sabiduría de ella; cómo y por qué camino llegarán á alcanzar tanto de esto y á tenerlo tan seguro y tan cierto, tan sin contradicción y desabrimiento, que los haga bienaventurados. No pueden responder á esto sino grandes y manifiestas locuras, pues quieren henchir casa y vacío tan grande con cosas tan pequeñas y tan miserables.

Paréceme que hacen éstos lo mismo que los muy golosos, ó los dolientes mal regidos, que, teniendo muy grande deseo de comer alguna cosa, dicen que se contentarán con que les den un poquito de ello, y no ven que es manifiesta locura pensar de satisfacer el hambre que ellos dicen que es tan grande, con lo que la enciende y despierta más. Así hacen estos hombres que piensan que en este mundo han de poder hallar satisfacción y cumplimiento de sus deseos, y acontéceles como al hombre que andando muy muerto de sed, gastase su tiempo probando á beber de diversos vasos, dejando uno y tomando otro, y en ninguno de ellos hubiese con que satisfacer la sed, y el que tuviera aquel licor con que se había de remediar, estuviese en parte donde no alcanzase ni atinase su

vista. Este tal hombre andaría perdido, si algún otro no le avisase y adiestrase adónde estaba su verdadero remedio: la cordura sería buscar guía que lo llevase á él. Tan loco y más loco que éste es el que por experiencia conoce y no puede dejar de conocer la miseria y escasez de las cosas de este mundo, y no se aleja y sale de él, y se hace extraño de sus vanidades, buscando por otro camino muy apartado, remedio para sus deseos, y procurando luz para ver dónde está, pidiéndole á quien la tiene y le convida con ella; pues él es ciego para hallarla.

Mucho me he detenido en esto porque mejor pudieseis entender y estimar la merced que hace Dios al cristiano, dándole luz de su palabra y poniéndole delante el camino por donde pueda seguir y llegar á la bienaventuranza, y estar tan cierto y seguro que la hallará, si él no se quiere apartar ó volver atrás, que desde luego puede tener por cierto que es bienaventurado. La consumación y cumplimiento de la bienaventuranza en el cielo, se da al justo, mas es tan cierta la palabra de Dios que la promete, que Él mismo llama bienaventurado al que la cree y la pone en obra; de manera que, el que en la tierra alcanzare á hacer la voluntad del Señor, ése tiene la bienaventuranza de acá, y descuídese de la del cielo; porque nunca la niegan ni negarán al que tiene la primera, ni la dieron ni darán al que no la tiene.

Este tesoro tan grande de saber el secreto para ati-

nar el hombre el camino por donde se acertará á contentar á Dios, y á tener cierta y segura la bienaventuranza que su Palabra promete, descubre el profeta David en el salmo presente. Bienaventurado aquel varón que no anduvo en el consejo de los malvados, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se asentó en la silla de los burladores. La primera palabra es bienaventuranza, de donde no parece sino que el Profeta intencionadamente comenzó por aquí, para poner en los hombres grande atención y despertarles el deseo de entender lo que ha de decir adelante, con ponerles en la delantera bienaventuranza, como quien dice: Hombre, entendido te tengo; tus miserias descubren tu necesidad; tu ceguedad dice la luz que has menester; tu desasosiego, el reposo que te conviene aunque tú no aciertes á demandarlo. Yo te quiero salir al camino y avisarte de lo mismo que quieres; combatirte con más de lo que sabes pedir; enseñarte dónde hallarás junto y cierto lo que andas á buscar derramado é incierto. Tú deseas ser bienaventurado, y ni entiendes lo que codicias, ni sabes dónde está ni cómo lo has de alcanzar: yo te descubriré en pocas palabras este secreto tan grande y te daré seguridad de ello.

Bienaventurado aquel varón que no anduvo en el consejo de los malvados, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se asentó en la silla de los burladores. Este vocablo bienaventuranza, en la lengua hebraica

en que originalmente está escrito el salmo, ó por mejor decir, el que le corresponde, no tiene singular; no se puede decir en aquella lengua bienaventuranza, sino que por fuerza se ha de decir bienaventuranzas. La razón de esto dicen que es porque la bienaventuranza es colección de muchas cosas. El hombre desea ser bienaventurado, con desear remedio de toda manera de congoja, y abundancia de toda manera de bien. Y porque sólo Dios basta á hacer al hombre de esta manera bienaventurado, y en Él se halla toda la multitud de los bienes y todo el destierro de los males, viene á ser que el vocablo por donde esto se haya de significar, sea vocablo de muchedumbre de bienaventuranzas. Y así no querrá decir en este lugar otra cosa sino: toda la multitud y toda la colección de bienes que Dios tiene en el mundo criados y aparejados, los cuales sólo El puede darles para que el hombre alcance su verdadero fin y contentamiento, y dice que son del hombre que no anduvo en el consejo de los malvados etc.

Dice señaladamente "Bienaventurado aquel varón," no porque sólo los varones hayan de ser ó sean los bienaventurados de esta manera; sino para significar con mayor evidencia la calidad de esta bienaventuranza y la condición y manera del que hubiere de llegar á ella. Aunque es verdad que en la Sagrada Escritura, y en toda cualquiera otra manera de hablar, señalando en principales materias lo principal de un

género, es visto ser señalado todo, como tenemos en el ejemplo presente que diciendo, "bienaventurado el varón," se entiende que bienaventurados los hombres y las mujeres en quienes se hallaren las condiciones que el salmo dice. Esta es regla general y no es menester en estos lugares traer otras sutilezas que allende de ser impropias, hacen poco al caso. Verdad es que en este presente lugar tiene una nota ó señal de particular significación que da á entender que no se trata en él de cualquier varón, sino de varón extremado, señalando y avisando que, para llegar á alcanzar esta bienaventuranza, es menester que sea el que la busca varón muy de hecho y muy señalado entre los otros. Esta nota expresé yo, diciendo "aquel varón" etc.

De esta manera de hablar hay muchos ejemplos en la Escritura, de llamar por excelencia varón al que lo es muy extremado. "¿Por ventura no eres varón tú?" decía David á Abner reprendiéndole que, siendo tan señalado capitán, había puesto tan poca diligencia en guardar la persona del rey Saúl (Primero Samuel 26: 15). *Obrar como varón* es muy general manera de decir y así amonesta S. Pablo á los de Corinto (Primera á los Corintios 16: 13), que estén firmes en la fe y se porten varonilmente. De suerte que aquí esta particular significación nos amonesta y enseña dos cosas: la una que conozcamos la grande excelencia de aquel que llegare á ser bienaventurado cumpliendo las condiciones que el salmo para ello le pone; la otra,

la grande dificultad que hay para poner en efecto esto que se requiere para tal bienaventuranza: cuán varonilmente se ha de haber el hombre; cuán grande diligencia y esfuerzo ha de ser el suyo; cuán generoso y cuán aventajado ánimo ha de tener para vencer estos inconvenientes y salir al fin con victoria. No tratemos al presente de esto, porque en lo que se sigue se nos ofrecerá mucho de ello, cuando declararemos las condiciones y leyes de esta bienaventuranza. Esto es lo que ahora proseguiremos conforme á la letra del salmo.

Hasta aquí en solas estas palabras, "bienaventurado aquel varón," despertó el Profeta gran atención; encendió grande deseo en los corazones de los hombres que andan en este mundo acongojados por alcanzar estado de bienaventuranza, de grande multitud de bienes y de cierta y firme seguridad de todos ellos, proponiéndoles en el principio y dándoles á entender que quiere enseñar el camino de la felicidad y estado que ellos desean. Avisó también quiénes serán aquellos para quienes se escribió esto: varones de grande dignidad y excelencia sobre todos los otros; de tanto ánimo, de tan grande constancia en sus obras, que puedan vencer todo aquello que les pudiera poner impedimento para llegar al fin de tan grande cosa.

Ahora es bien que oigamos este secreto, esta nueva doctrina que descubre á los hombres el camino para hallar tan grandes bienes; cosa tan deseada y buscada

de todos, y acertada de ninguno de los que han seguido la filosofía y han experimentado para ello todos los bienes y males que tiene el mundo. El profeta David descubre el secreto en pocas palabras. Aquel será bienaventurado; aquel alcanzará todos los bienes que puede acertar á desear el corazón del hombre que no fuere loco; aquel recibirá más que su corazón sabrá desear, y será señor de todos los bienes que Dios tiene derramados en el cielo y en la tierra; aquel será varón y príncipe entre todos los hombres, que no anduviere en el consejo de los malos, ni estuviere en el camino de los pecadores, ni se asentare en la silla de los burladores. Mucho es lo que promete el Profeta en prometer bienaventuranza: bien avisa él qué tal ha de ser el que hubiere de competir por esta joya; mas á lo menos no diréis que es aceptador de personas; que señala camino que solamente lo pueden andar los sabios del mundo, solamente los poderosos y príncipes de él. Amigo, aquí no hay nada de eso. Esas tales excepciones serán por ventura propias de la bienaventuranza de Aristóteles, ó de otros semejantes soñadores y engañadores de gentes; porque como ella es vana y fingida, y que nunca se halló ni se hallará en el mundo, bien es que sólo la ofrezcan á hombres vanos y fingidos, de fingida sabiduría y fingido poder: la malaventura de los cuales se verá en el otro mundo, y en éste se ha visto asaz de ella; pues el mismo mundo es testigo que ningunos ha habido en los

más burlados de sus deseos, más escarnecidos de lo que siguieron, que los sabios y poderosos de él y los estimados por tales.

Aquí enseñamos camino que para saberlo andar, no es menester que se cansen los hombres buscando sabiduría de carne ni cosas inventadas por humanos ingenios. El que menos confiare en esto, ése es el más hábil para esta ciencia: á pobres y poderosos llamamos, y asaz de poderoso es el pobre para la conquista de esta provincia, con sólo que traiga verdadero deseo y verdadera obediencia, y los ricos y sátrapas del mundo no pueden para esto más que los más desechados de él; antes es necesaria cosa que echen de su corazón la vana imaginación de su poder; que el sabio se torne ignorante; el rico se haga pobre para poder tener parte en la verdadera felicidad.

Las condiciones de nuestro bienaventurado muy otras son que las que imaginaron los filósofos del mundo, y mucho más breves y con menos rodeo: no andar en el consejo de los malos etc. Esta es la más ordinaria manera por donde suele enseñar la Divina Escritura: poner primero los mandamientos negativos, que los afirmativos; avisar de lo que no se debe hacer antes que declare lo que se debe hacer. Es este modo de doctrina muy fácil de entender y muy más propio para el hombre, por respecto de su malicia y de su ceguedad. Más fácilmente acierta él á entender como hacer mal, que la manera que ha de tener

para hacer bien: esto procede de la experiencia que tiene en su corazón, la cual mucho primero le dió aviso y señal del mal que del bien. De manera que hablarle de como hizo mal y de las condiciones del mal, es darle nuevas de cosa á él muy familiar y conocida, y hablarle del bien es tratar de cosa de lejos y que solamente la conoce por oídas.

Procede esto, como comencé á decir, de la malicia del hombre, á la cual naturalmente se inclina. El sentido y el pensamiento del corazón del hombre inclinados son al mal desde su principio, dice el Señor en la Divina Escritura (Génesis 6: 5), y este es el testimonio que da de él El que lo crió y El que lo conoce: así que, pues el primer fruto y lo primero que comienza á nacer del corazón del hombre son ruines movimientos, queda claro que su primera experiencia y su primer gusto será del mal, como de cosa propia suya, y que la más cierta manera de enseñarlo será comenzando por lo que él mejor entiende y poniéndolo por testigo á su mismo corazón, y cuando le hayan desarraigado el mal, procurar de plantarle el bien y darle aviso de las obras á que es obligado, ya que su misma conciencia condena las que primero hacía y la maldad de su corazón.

Apártate del mal, y haz bien; busca la paz, y síguela, dice en otra parte la Sagrada Escritura (Salmo 34), y esta misma orden de doctrina sigue aquí el Profeta, proponiendo al prindipio aquello de que se debe

apartar el hombre, y después lo que debe seguir para ser bienaventurado. La primera condición que pide es no andar en el consejo de los malvados, y habla de como cosa ya pasada: "que no anduvo," para darnos á entender la constancia y la perpetuidad de la obra; porque aquí habemos de imaginar que tenemos en juicio al hombre, y que le tomamos la cuenta de sus pensamientos y obras, y se la pedimos por las condiciones de la bienaventuranza, pues él dice que desea y quiere ser bienaventurado. Para esto es menester que diga: no anduve en el consejo de los malos. Y por esta manera de hablar no queremos decir que sea de por fuerza nunca haber pecado el hombre, pues que habemos declarado cuán ruines son sus principios; sino que sea ya aquel pecado deshecho; que sea como si no hubiese sido: que ya haya firmeza, determinación y constancia de no andar más por aquel camino. Esto es lo que aquí significa aquel hablar de tiempo pasado, aquel decir, "no anduvo, no estuvo, no se asentó."

Andar en consejo de malos, estar en caminos de pecadores, modos de hablar son de la lengua hebraica, que, por lo que acá diríamos, cometer pecado, ser partícipe y compañero de pecadores, seguirlos ó imitarlos, dice ella: andar en el camino del pecado, y andar en camino ó en carrera de pecadores. En lo cual ella denota la más mala propiedad que el pecador tiene y la más peligrosa, que es la costumbre; porque

andar camino es cosa larga. De donde entenderemos que, así como el andar camino ó seguir alguna carrera es cosa de muchos pasos, duradera y de propósito y determinación de quien la sigue, así el principal mal del pecado y el mayor daño del pecador, es la determinación del corazón para la maldad; el durar y detenerse en ella; el olvidarse de la ofensa y traición que comete, el acostumbrarse y tomar amistad y compañía con tan grande mal.

Del que alguna vez por desastre cae y, en conociendo su perdición, luego llora su pecado y pide misericordia al Señor que ofendió, confesando cuán grande ha sido su maldad y desagradecimiento, y sale de allí avisado para nunca más verse en peligro de perder tan grande bien y caer en tanto mal, de este tal ni se maravilla ni da malas nuevas la Escritura Divina; antes dice que el Señor conoce la flaqueza de nuestra composición y hechura (Salmo 103); la ruin inclinación de nuestra carne; la grande diligencia y poder del demonio y, movido de misericordia, despierta al mismo pecador para que entienda su desventura; para que la llore y pida perdón, y Él le sale al camino para dárselo; para recibirlo amigablemente, y para fortalecerlo y guardarlo más en todo lo de adelante. Tales fueron los pecados de muchos de los patriarcas y profetas, y de otros grandes amigos de Dios, y tal fué su arrepentimiento para que conozcamos nosotros que, si tuvieron flaqueza para caer, como noso-

tros tenemos, no tuvieron malicia como la nuestra para el menosprecio y perseverancia de su pecado.

Mas aquel tal pecador que cada día va tomando mayor cebo y mayor contentamiento de su maldad y descuidándose más en ella, éste es el que anda camino y el que es tan reprendido y tan maltratado en la Escritura Sagrada, y que con grande dificultad se aparta de su mala vida. Así vemos que responde el Señor por Jeremías á su pueblo de Israel que andaba tan á rienda suelta por el camino de sus pecados: Si dijeres en tu corazón; ¿Por qué me han venido tan grandes males? sabe que por la enormidad de tu maldad, he permitido tus grandes afrentas. ¿Por ventura mudará el negro de Etiopía su piel, y el leopardo sus manchas? Pues así también vosotros podréis hacer bien estando habituados á hacer mal (Jeremías 13). Dejemos ahora esto, que después vendrá su tiempo y lugar en que lo tratemos; prosigamos la declaración del verso, diciendo quienes son aquellos que andan en el consejo de los malvados, para que, avisados de esto, procuremos de no ser de tan mala compañía, que es la primera condición que se requiere para ser bienaventurado.

Tres nombres están en este verso, que son: malvados, pecadores y burladores ó, como después diremos, escarnecedores, que es lo mismo. Acerca de los dos primeros se trabajan mucho los intérpretes todos por hallar la propia diferencia que hay entre ellos; cuáles

son propiamente los malvados, cuáles propiamente los pecadores. Los que yo traduje malvados, dicen ellos en latín impíos, de lo otro manifiesto está que se ha de trasladar pecadores. Estos impíos y malvados de quienes aquí se hace mención, se llaman en hebraico, en este propio lugar, *reshaím*, y de aquí nace la duda: ¿qué condición y suerte de malos son estos *reshaím*? que de ser muy mala gente, ninguna duda tenemos.

No quiero en esto gastar mucho tiempo, sino decir en breves palabras lo que me parece que viene más á propósito para este presente lugar. Digo que estos impíos ó, como yo digo en romance, malvados, propiamente son aquellos que tienen grande y poderosa maldad en su corazón, la cual procuran de encubrir por la mejor manera que pueden, y aunque por ninguna vía dejan de ponerla en obra, procuran en cuanto es en sí, de no ser conocidos ni juzgados por tales. No digo yo que siempre sin excepción alguna sea esta la significación de este vocablo en toda la Sagrada Escritura; lo que digo es que en este lugar que ahora tenemos entre las manos, quiere decir esto. De aquí es que la obra por donde lo señala, y en lo que ellos principalmente entienden, es consejo, que no es cosa de la plaza, sino que tiene alguna cobertura y algún secreto.

Por nuestros pecados, asaz de poblado está el mundo de estos nuestros malvados, los cuales todos participan de cierta especie de hipocresía, porque

siempre tienen cuidado que sus cosas vayan guiadas de tal manera, que no las acabe de conocer el mundo del todo; sino que les quede á ellos algún color con que puedan disimularlas ó darles alguna excusa. ¡Cuántos de estos tales se hallarían y cuán á cada paso; cuántos avarientos malvados; cuántos homicidas malvados; cuántos jueces y oficiales del Estado; cuántos de los de la Iglesia; cuántos robadores; cuántos adúlteros; cuántos engañadores del mundo! Y como de tan grande muchedumbre, y como de peligro tan cierto y tan á la mano, y significando particularmente la grande multitud, dice nuestro salmo que bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de ellos.

Su propiedad es consejo y engaño y procurar, en todas sus obras y palabras, encubrimientos y fraudes; los cuales, dice el Profeta en otro salmo (el 28), hablan bien y paz con su prójimo, y tienen la maldad en el corazón. Y el profeta Jeremías los describe bien á la clara, notando su muchedumbre, sus condiciones y obras. ¡Oh quién me diese, dice el Profeta, que estuviese mi casa en un desierto como venta de caminantes, para que dejase mi pueblo y de ellos me apartase! Porque todos ellos son adúlteros y compañía de prevaricadores: extienden su lengua como arco mentiroso, prevalecen en la tierra no siguiendo la verdad; porque andan de un mal en otro y no me han conocido. Guárdese cada uno de su compañero, y no confíe en su hermano; porque to-

dos arman traición y andan con engaño y mentira. (Jeremías 9.)

Y en otro salmo: Aguzaron como cuchillo su lengua; armaron su arco como cosa amarga para tirar en secreto saetas contra el inocente. Asaetéanlo sin temor; fortalécense en su maldad; consultan como esconderán lazos, diciendo que nadie los alcanzará á ver (Salmo 64). Y porque un solo malvado no alcanza para estos efectos tantas fuerzas como él querría, su maña es tener compañeros y partícipes en la traición para que más fácilmente la pueda poner en obra y gozar del fruto de ella. Nunca el malo con el malo tiene verdadera amistad, porque como el fin de cada uno de ellos sea su propio interés, no querría, si pudiese ser, tener compañero en él. La necesidad es la que junta á los unos con los otros, y ésta es la que los conserva en su fingida concordia. Por la misma razón que se aman, por la misma se aborrecen: encúbrense entre sí mismos por no ser todos descubiertos; súfrense porque los sufra el mundo; reparten los intereses porque no venga sobre todos el daño. Son también tan amigos de la maldad, que muchas veces por servirla y hacerle placer, sin aventurar más en ello, huelgan que haya muchos malos. Y tales géneros hay de mal, tal manera de malvados y que tienen por tan señora la maldad de sus corazones, que el interés y ganancia de ella es el interés y ganancia de ellos.

Larga es esta provincia que habemos tomado y mu-

cha gente comprende quien por parte de consejeros, quién por parte de aconsejados, unos dicen y otros creen; unos guían y otros siguen; unos avisan y otros consienten; unos mandan y otros son obedientes, y de esta malaventura están llenas las casas, los estados y los corazones de los que, al juicio del mundo, son más bienaventurados. ¡Cuántos son los que permanecen en las casas de los príncipes y señores del mundo, y no por otro respeto ni por otra razón, sino porque sirven de malos consejeros y de andar en camino del consejo de otros malos como ellos! De cuya persuasión y consentimiento salen las leyes injustas, se permiten los agravios y las injusticias; porque ellos son los consejeros de ellas y por cuyo parecer son inventadas y favorecidas.

En la casa del tirano por fuerza ha de haber muchos tiranos en cuyo consejo él ande, y son tantos los partícipes de estos malos consejos; hallan tantos que sigan su mando y su parecer, y cuyo parecer ellos sigan, que está tejido y trabado el mundo de esta abominable red de malos consejeros y de malos consejos. No ha querido el uno la cosa, cuando el que está cien leguas de allí la tiene entendida y puesta por obra; tanto que, siendo ellos los blasfemadores y afrentadores de la Providencia divina, no hay cosa que más semejante sea á la Providencia divina. Pareceros ha loca comparación, y si estáis atentos veréis que no hay cosa más propia; porque muchas veces la cosa

más mala del mundo tiene semejanza con la mejor cosa de él, como vemos en las mentiras que á las veces tienen grande parecer de verdad, y como tiene la hipocresía grande color é imitación de la santidad.

La mayor maravilla que la Providencia divina nos pone, y la que más espantó y aun desatinó á muchos de los sabios del mundo, es ver que, gobernando las cosas del cielo y las que son de muy grande importancia y momento, juntamente desciende á gobernar las cosas más bajas y más olvidadas que hay en la tierra: de manera que el mismo cuidado y acuerdo que entiende en el movimiento del sol que fecunda y encamina la fertilidad de la tierra; el mismo que mueve y sustenta los grandes imperios del mundo, que los muda y los deshace, ese mismo rige la policía de las hormigas, y desciende á la casa de la pobre viejecita y trata con sus gallinas y le cría los pollos chiquitos; se los mantiene y saca fruto de ellos, y no hay cosa tan menuda que se mueva sin su consejo. Pues de esta misma manera son los tiranos de quienes tratamos que, teniendo ellos su asiento allá en el cielo de la tierra y gobernando allí cosas grandes y ejercitando tiranías de grande suerte, son tan proveídos y de tan grande cuidado, que se bajan á entrar en la casilla de vuestros negocios que sois un pobrecillo hombre y estáis á doscientas leguas de allí.

Vos pensabais que os tenía muy olvidado el mundo, y viene la providencia, aunque no divina sino diabó-

lica y, bajando de sus grandezas, entra en la cueva de vuestra miseria y allí os quita la capa y os hace el agravio y la injuria; os estorba lo que merecíais y os venía de derecho; hace que os sea preferido el indigno; justificado el que no había de ser oído; favorecido y adelantado el que trae daño al mundo; desechado el que trae el provecho y, como es cosa de providencia, vos estáis tan turbado y tan necio, que no lo entendéis. Trata con vos como duende que mueve las cosas sin que podáis saber quién: no hay cosa más apartada de vuestra imaginación que pensar que el que entiende en tan grandes cosas, descendiese á poner su autoridad y á querer también proveer en el agujero de unas hormigas.

Y á la verdad todo viene y es guiado por aquella providencia, y si no lo entendéis, es porque viene encaminado y efectuado por causas segundas, como en la Providencia divina. De la manera que ésta no ha menester sino mandar con su voluntad, y luego la obedece el cielo, y al cielo obedece el aire, y al aire obedece el agua, y al agua obedece la tierra, y á la tierra los gusanitos que crían los pollos que dijimos en casa de la viejecita, sin que ella entienda este concierto, así no es menester que haga más un tirano de éstos, de dar aviso de su consejo, y luego se mueve toda aquella máquina de malos consejeros y de mal aconsejados y, de mano en mano viene á entrar en vuestro rincón, donde os quita la hacienda ó el dere-

cho ú os hace otra semejante obra, quedando vos muy atónito y espantado de quién mueve aquel negocio y por dónde se han encaminado vuestros agravios.

Mas si vos fueseis buen filósofo, tomaríais el rastro de ello y comenzando desde aquellos gusanitos, iríais de causa segunda en causa segunda, y tanto podríais filosofar, que llegaseis á una causa primera de donde manó todo aquello y salió aquella influencia: á un Júpiter, á un Mercurio ó Saturno, porque más parecen á éstos, de donde procedió vuestro desastre. Verdad es que si fueseis novicio filósofo, os espantaríais mucho que cómo era posible que providencia empleada en tan grandes cosas, tuviese memoria de vuestras nonadas que tan lejos estaban del cielo, y os parecería que ni os conocían ni aun sabían si erais nacido en el mundo. Y en esto último no os engañáis, porque para tales como vos y tales cosas como son vuestras, no es menester emplear tanta memoria; basta mover los ojos, como la Providencia divina, para que toda la esfera del consejo de los malos obedezca, y se muevan entre sí aquellas ruedas del reloj de la tiranía hasta venir á dar las martilladas en vuestra cabeza.

Y es tan grande el poder de esta providencia que para revolver todo esto, á las veces no es menester más instrumento que un poquito de papel. No se pueden sustentar estas cosas con menos, porque necesario es que el que da mal consejo y quiere que lo tomen, lo tome él cuando se lo dieren. Esta es ley ne-

cesaria en la política de los malvados, que por malo que les parezca el consejo, lo consienten y lo permiten; pues consintieron y permitieron los suyos, si no quiere que lo echen de la compañía y lo afrenten, reduciéndole á la memoria lo que él suele aconsejar cuando le va algo en ello. De manera que, aunque son tiranos unos de otros, también son tiranizados unos de otros, y prendas se tienen dadas entre sí los malos compañeros, los malos superiores y los tiranos con los malos compañeros para que hoy por mí y mañana por tí, y que, en diciendo y queriendo el uno, obedezca y quiera el otro.

Este consejo de estos malvados es la fuente de los males del mundo, y de este concierto, de cada uno pretender su interés y después callar á la maldad del otro, porque á su tiempo calle el otro á la suya, nacen y tienen origen las leyes injustas y tiránicas: éstos son los ministros de la avaricia, los inspiradores de la crueldad, los que sirven de malsines,* los maestros de los vicios y de la destrucción del mundo. Unos toman un oficio y otros otro, y algunos los toman todos.

¿Hay más abominable consiliario que el lisonjero? Pues de éstos están pobladas y llenas las casas de los grandes y aun también las de los pequeños, y tiene tan canonizada el mundo esta malaventura suya, que desvergonzadamente dice que no puede vivir en él quien no anduviere por este camino. Probad á nunca dar

* Malsin, el que habla mal de otro.

mal consejo ni recibirlo, y veréis como os sucede. ¡Malaventurado mundo, cuánta mejor suerte es morir en tí que vivir con tal condición! Y menester es estar aparejado para morir y ser desterrado de tí, quien conoce y entiende tus leyes; pues por una parte con ser tan malo conoces el mal que haces, y por otra eres tan malo que, conociéndolo, lo sufres y lo favoreces y dices que no te puedes sustentar sin él.

Está tan adelantado el favor del mal consejo que, si alguno va con aviso de algún bien, de algún servicio de Dios, de alguna obra de virtud, le dan con la puerta en los ojos y lo echan por mentecato y perdido; pues emplea su memoria en tal cosa; y si otro va con alguna nueva manera de tiranía ó nuevo artificio de semejante interés, es admitido y premiado, y dado que le conozcan, porque no hay quien sepa mejor quién es el malo que el compañero de su consejo, no por eso dejan de pagarle su ruin aviso. Conócenlo y tiénenlo por quien es, por el consejo que trajo, mas, como entienden que también él sabe quienes son todos ellos, pues lo tomaron y el más justificado é hipócrita lo aprobó con callar y no lo reprendió, no lo osan echar de su compañía ni dejar de darle paga de su maldad.

Bien veo que me detengo mucho y por esto será bien abreviar lo que resta de este consejo malvado, y la suma será que tengáis por averiguado que él es uno de los principales reyes y tiranos de la malicia del mundo. Si no hubiese consejo de malos, no habría

tantas y tan perniciosas parcialidades como veis que hay; no bandos tan desvergonzados y tan infames; no malsines tan revolvedores y tan mañosos; no lisonjeros tan engañadores; no hipócritas tan perjudiciales; no tanto escarnio de la verdad; no tanto favor de la mentira y traición; no tan malas compañías; no tanta deshonestidad; no pleitos tan injustos; no supersticiones tan vanas; no conciencias con tanto engaño; no doctrinas tan perdidas; finalmente, no tanta infamia ni tanta injuria del nombre cristiano.

Entrádose nos ha esta pestilencia no sólo en las casas de los reyes y grandes señores, no sólo en los ayuntamientos de las ciudades y cabildos de las iglesias, no sólo en las congregaciones de personas religiosas; sino que pocas casas hay tan desacompañadas y solas que el mal consejo no las revuelva. Si no hubiese Aquitófeles, no habría malos Absalones que se ensoberbeciesen y se rebelasen. Si no hubiese cueva de tales consultaciones, no habría tales disensiones en los que gobiernan el Estado tan en daño y tan en perjuicio de él. ¿Quién, veamos, hace que el prelado eclesiástico elija del estiércol de la tierra á los que ha de poner por guía y por candela del mundo, sino el mal consejo una vez dado y otra vez recibido? La raíz del mal consejo es el mal interés; quien asegura y trae á casa el mal interés, es el mal consejo: donde viereis el uno, tened por cierto que también está el otro. Quitadme esta mala com-

pañía, que yo me ofrezco á quitar luego la mayor parte de la fealdad y de la desvergüenza del mundo: á lo menos no andaría tan suelta ni tan desvergonzada como sabemos que anda por las calles y por las plazas, por las iglesias, por las religiones y por los altares de ellas.

Quiero saber ¿quién sustenta compañía y liga de hombres tan abominables como muchas veces vemos tan amigos y tan juntos, si no es el consejo que el uno da y el otro toma? Quiero también que me digáis: ¿de qué vive el letrado que tiene la puerta abierta para recibir indiferentemente cualquier pleito que le viniere, sino de dar mal consejo? ¿de dónde procede tanta vana superstición en que confían las gentes, sino de malos consejos? ¿de dónde tan diferente persuasión que los unos se quieran salvar por un Jesucristo, y los otros por otro, sino de malos consejos? ¿dónde halla el avariento camino para ser tan avariento y para morir en ello? ¿el caballero para ser soberbio y loco, cristiano en el nombre, y en la vida epicúreo? ¿y el otro para ser vindicativo, sino en los malos consejos? ¿Quién engaña las intenciones simples y hace que, buscando á Dios, paren en casa de su enemigo; sino el hipócrita y burlador, vestido y disimulado de falso pellejo? ¿Quién daña á vuestros hijos y les pega tan grandes vicios, sino los malos consejos de las malas compañías? ¿Quién pervierte el alma de la mujer honrada, sino el consejo de la deshonesta?

Bien creo que me habréis entendido en lo que pertenece al daño que nace del mal consejo, y cuán malvado es el hombre de quien nace mal consejo.

Mas me diréis: ¿Qué remedio hay? porque no se puede vivir de otra manera en el mundo. No tengo con que responderos sino con el mismo salmo: Bienaventurado aquel varón que no anduviere en el consejo de los malos. Bien entendía el Profeta cuán difícil cosa era esto, y por eso señaló que había de ser varón y grande varón el que lo pusiese en obra. Bien entendía él que la bienaventuranza que busca el mundo, nace por la mayor parte de las cosas que tienen origen del mal consejo, y por eso propuso él contraria sentencia y afirmó que uno de los principales grados de la verdadera y cierta bienaventuranza es nunca ser partícipe ni consentir en consejo de malvados.

Pueblo mío, dice el Señor (Isaías 3), los que te llaman bienaventurado, esos son los que te engañan; esos son los que te disipan y ciegan el camino por donde habías de acertar á la bienaventuranza, y te abren y descubren otros que son de la malaventura. La principal traición de que son acusados los falsos profetas es por aconsejar al pueblo caminos anchos de la ley y lisonjearlos y beatificarlos como á hombres que la cumplían (Jeremías 23). De éstos dice que procedió toda la maldad de lo restante del pueblo. No os enseñamos aquí que el camino de la bienaventuranza es muy espacioso y muy ancho, antes os avisa-

mos de lo contrario y os decimos que lo que principalmente os conviene saber es que es muy angosto y estrecho, y como por tal y tan trabajoso, son pocos los que van por él. Lo uno y lo otro es doctrina de Jesucristo nuestro Redentor, verdadero Maestro de la bienaventuranza (S. Mateo 7). Cuando el camino es estrecho y fragoso, claro está lo que ha de hacer y pensar el que lo quisiere andar; lo que ha de hacer es aparejarse y disponerse al trabajo; lo que ha de pensar es que lo ha de andar muy solo, porque cuando el camino es trabajoso y angosto, cierta señal es que lo andan pocos.

El príncipe que no quiere andar en consejo de malos, grande vigilancia es menester que tenga y que sea muy enemigo del mal consejo y de malos consejeros. Tal era el profeta David y así ponía por obra la doctrina que nos enseña: Pruébame, oh Jehová, y sondéame: examina mis riñones y mi corazón, porque tu misericordia está delante de mis ojos, y según tu verdad es mi trato y conversación. No me he sentado con hombres de falsedad, ni entré con los que andan encubiertamente (Salmo 26). Y en otra parte: Misericordia y juicio cantaré: á tí, Señor, será mi salmo. Andaré prudentemente y con aviso en la vía sin mancilla cuando vinieres á mí: conversaré en medio de mi casa en la inocencia de mi corazón. No sufriré delante de mis ojos cosa malvada que ponga en obra: aborrecí las prevaricaciones y no consentiré que se alle-

guen á mí. El corazón perverso vaya lejos de mi compañía, al malo no lo conoceré. Destruiré al que infama á su prójimo: no sufriré al de ojos altaneros, ni al de corazón vanidoso. Mis ojos estarán siempre puestos sobre los que son fieles en la tierra, para que se asienten conmigo; el que conversa y anda en camino perfecto, aquél será mi ministro. No habitará dentro de mi casa ni durará delante de mis ojos el que urde engaño y habla mentira. De muy grande mañana perseguiré todos los malvados que están en la tierra, para extirpar de la ciudad de Jehová á todos los que obraren maldad (Salmo 101).

No piense nadie que puede escapar de consejo de malos ni de camino de pecadores, si no trae grande vigilancia sobre sí mismo de no caer en sus lazos, según la multitud que de ellos hay en la tierra. Y como de tan grande peligro, tan cierto y tan á la mano, debe andar tan avisado el cristiano, que ordinariamente ruegue á Dios que le libre de él como de cosa que excede á la prudencia y fuerzas humanas. Así lo ruega y pide nuestro Profeta en muchos lugares: No me arrebates á una con los pecadores y con los que hacen iniquidad, que hablan paz con el prójimo, y la traición está en sus corazones (Salmo 28). Y en otro salmo (141): Castígueme y repréndame el justo con propósito y fin de misericordia, y no unja mi cabeza el aceite del pecador. Aceite llama al consejo de los malos, porque por la mayor parte viene disimu-

lado con blandura, y con no descubrir del todo la maldad para que convida. Grande es el regalo con que esta maldad procura de traer á sí los corazones de los otros: grande y poderosa es su persuasión, porque convida con la codicia á que el mundo es más inclinado y con las cosas que más estima.

Hijo mío, dice el Sabio, si te incitaren los pecadores, no consientas; si dijeren: Ven con nosotros y haremos asechanza y escondérémonos contra el que no tiene culpa; lo tragaremos vivo como el sepulcro, y entero como al que desciende en la huesa; hallaremos riquezas de todas suertes, henchiremos nuestras casas de despojos; echa tu suerte entre nosotros; tengamos todos una bolsa, y sea común la ganancia: Hijo mío, no andes en camino con ellos, aparta de sus veredas tus pies (Proverbios 1).

De estos tales convites y ofrecimientos está siempre lleno el mundo: de estos consejos de malvados y de estos caminos de pecadores está llena la vida y trato que tiene, y no se puede escapar de ellos sin gran vigilancia y cuidado, y sin vivir el hombre como en una soledad, aunque viva en medio del mundo. No hay que confiar en amistad de la tierra; no en proximidad de sangre; no en hermano; no en padre ni madre; no la mujer del marido ni el marido de la mujer; porque tan cierto está de éstos el mal consejo y el mal camino, como de todos los otros. Si comenzáis por los estados altos, por las casas de más suerte, y des-

cendéis hasta las de los pobres pastores, todo está corrompido de mal consejo, ya dado ya tomado. No sería tan ordinario el darlo, si no fuese tan ordinario el tomarlo; ni el tomarlo, si no fuese el darlo. ¡Cuántas tiranías y malos fueros se alcanzan y se introducen por el mal consejo y se sustentan por él! Meta la mano cada uno en su seno y acuérdese de sus parientes y amigos; de sus valedores y que más lo querían, según el querer del mundo, y verá ¡cuántos consejos le han dado malos; cuán reprendido habrá sido; cuán vituperado y desamparado, porque no los siguió; cuántos también le habrán pedido mal consejo y favores para él, debajo de color de bueno, y lo habrán dejado porque no lo dió!

Poco es lo que habemos dicho. De sí mismo es menester que se guarde el hombre, porque dentro de su corazón tiene consejo malvado y camino de pecador. Cuando oye esta doctrina, que bienaventurado el hombre que no anda en consejo de malvados, ni está en camino de pecadores, lo primero que ha de hacer es mirar en su corazón; porque allí hallará mucha inclinación de ruin consejo, muchas obras que habrá efectuado y las habrá puesto en ruin camino con dar muy mal ejemplo á su hermano. Hallará tanta miseria y flaqueza, que entenderá cuán grande es la necesidad que tiene de guardarse de sí mismo como de enemigo propio; de mal consejero y de mal ejemplo para consigo. Sobre lo uno y sobre lo otro

ha de velar su cuidado, si de verdad tiene deseo de la bienaventuranza.

Mal consejero es la avaricia y grandes colores busca para justificar su intención y sus obras, y para de tal manera engañar al hombre, que él mismo se persuada que no es engañado. No es menos peligroso el consejo de la soberbia, pues lo primero que hace es cegar los ojos de aquel á quien da consejo para que no pueda ver los engaños, los vanos y locos fundamentos en que quiere afirmar los edificios que piensa y en su corazón imagina. La ira y deseo de venganza, ¡qué de consejos han dado al mundo, con que han engañado y traído á grandes perdiciones á muchos de los que alcanzaron muy grande parte de la sabiduría del mundo! Los torpes y locos deleites y todo aquello que en este mundo da breve y engañoso contentamiento, ¡cuántas locuras persuaden con sus malos consejos! pues de tal manera encantan el juicio de los que andan desvelados para guardarse de ellos, que los hacen que no miren la manifiesta amargura que allí está mezclada, y el paradero y posada tan triste donde va á tener su fin aquel camino que siguen.

Larga cosa sería proseguir los grandes daños que se recrecen del consejo de la ambición y de todos los otros secretos enemigos que nuestra misma carne y en nuestra misma casa, tiene encubiertos: de los cuales no se escapan los que el mundo tiene por muy sabios y muy prudentes, antes estos mismos son los en-

gañados y engañadores con estos tales consejos; y de tal manera son muchas veces engañados, que con toda su sabiduría juzgan la muerte por vida; lo que es amargo por cosa muy dulce; la tiniebla por luz; los despeñaderos por camino llano; el infierno por cielo; y á tan grande extremo llega su locura y su engaño, que creyendo y jurando que van al mejor de estos lugares, van á parar á rienda suelta en el otro.

Este es el mayor castigo que Dios da á los malos y señaladamente lo da á este género de malos. En pena de aquella tan grande porfía que han tenido, de querer contentarse con la mentira y quererle dar color de verdad, y trabajar tanto porque de mentira fuese verdad, permite el Señor que vengan á réprobo sentido con que crean á la mentira y no halle asiento en ellos el conocimiento y juicio de la verdad. Solamente se libran de estos peligros los que no sólo viven recatados del mal consejo de su mal prójimo, mas velan sobre su corazón para no ser engañados de él; hacen negación de sí mismos; procuran verdadera mortificación de su carne, de sus apetitos y sus deseos, y derivan todo su saber del aviso y consejo de la Palabra de Dios. De esta manera alcanzan la primera condición de la bienaventuranza, porque por otro camino es imposible.

Síguese la otra condición que se requiere para ser bienaventurado. Ésta es, no estar, no pararse en el camino de los pecadores. Primero dijo no andar;

ahora dice no estar. Es de ver qué diferencia es ésta entre la primera y la segunda condición, la cual será fácilmente entendida si consideráis dos vocablos que en esta segunda están puestos: pecadores y pararse. Primero dijo malvados; ahora dice pecadores: acullá dijo andar; aquí dice estar ó pararse, que es todo uno. Acerca de esto digo, que así como en la primera condición usó el Profeta de aquel vocablo malvados, según una particular significación por donde entendía y señalaba á aquellos que tienen grande maldad en sus corazones, mas procuran de encubrirla y colorearla con alguna hipocresía, así usa ahora de este vocablo pecadores, según otra particular significación, denotando los hombres que públicamente son malos y que no tienen vergüenza de ser tenidos por tales. Que este vocablo pecadores tenga algunas veces esta particular significación, hallámoslo claramente en muchos lugares del Evangelio: donde la mujer pecadora tiene señaladamente este nombre, por el cual se da á entender ser sabido y público su pecado: Pecadora es, dijo el fariseo (S. Lucas 7). Y acusaban á Jesucristo, nuestro Redentor, que iba á comer con hombre pecador cuando se fué con Zaqueo, príncipe de publicanos (S. Lucas 19), y muchas veces le reprendían que recibía pecadores y trataba con ellos (S. Mateo 9 y 11. S. Marcos 2. S. Lucas 15).

En todos estos lugares habéis de entender que aquellos tenían oficios públicamente infamados, porque de

otra manera todos los hombres son pecadores y no había por qué señalar particularmente á nadie. Esta es la significación de que aquí usa el Profeta. Y así veréis que á los primeros dió consejo, como á cosa más secreta y oculta, y á éstos da camino y carrera como cosa pública; de los primeros dijo andar, de los segundos dice estar, ó pararse, porque del que anda y pasa adelante no se puede tener tan cierta y tan ordinaria noticia como del que está parado. De todo esto colegiréis lo que he dicho, que así como los primeros eran malos y, en cuanto sus fuerzas podían, se disimulaban y eran hipócritas, y guiaban sus negocios por minas y por traiciones, quedándoles todavía un color con que venderse delante de los hombres por buenos, así los segundos son los que tan desenfrenadamente codician sus intereses, que posponen toda la infamia que de ellos se les puede seguir y quieren más ser conocidos por quienes son, que sufrir diminución en lo que sus apetitos desean ni poner punto de freno en ellos. De éstos está el mundo si no tan poblado como de los primeros, á lo menos más de lo que convenía á la gloria de Dios y al provecho de los hombres. ¡Cuántos veréis tan atrevida y tan desvergonzadamente malos que porque los entendáis ó no los entendáis, conozcáis ó no conozcáis quienes son, no se dan dos maravedís ni dejarán de llevar á cabo lo que quiere su malicia!

El pecador, dice Salomón, cuando llega al profun-

do de los pecados, llega también á menospreciar (Proverbios 18). Primero menospreciaba el juicio de Dios dentro de su corazón; después llega á menospreciar públicamente el de los hombres. Grande poder es este de Satanás en los corazones de los suyos, pues á tal estado los conduce, que de cosa tan afrentosa como es el pecado, ninguna afrenta reciben ellos; antes hay muchos que encaminan por aquí su honra y se glorían en los ojos de los hombres de ser quien son y de ser estimados por tales. En este número entran muchos que con sus rostros y con sus palabras y obras, os dan á entender que es menester no desagradarlos en un solo punto ni poner estorbo en sus maldades, si no queréis pagárselo muy bien pagado. Y que para esto no es menester color de justicia de su parte, ni de la vuestra, ocasión de culpa; basta que ellos pueden y quieren trataros como quisieren, y así lo harán y se quedarán alabando de ello.

Á éstos describe el Profeta en otro salmo, y dice sus condiciones para que los podáis conocer y saber cuales son sus obras: ¿Por qué te glorías en la maldad, oh poderoso? ¿Por qué te precias tanto de poder ser malo, de tener facultad y desvergüenza para ello? Agravios maquina tu lengua; como navaja amolada eres para los engaños. Amaste más la maldad y te preciaste más de ella que de ser bueno, y de hablar mentira y traición más que justicia y verdad (Salmo 52). Si hubiese justicia en la tierra, digo de la justi-

cia humana y de la que pide la razón á los hombres, no habría tantos de estos como hay, porque ya que se dilata el castigo del cielo, refrenaríalos la de la tierra; mas por nuestros grandes pecados ordinariamente vemos que éstos de quienes hablamos, son exentos y favorecidos y menospreciadores de la misma justicia que á las veces los favorece ó los disimula, y también los teme ella.

¡Grande miseria y abominación es que de tal manera reine el pecado en el mundo; que aquello que los hombres más suelen estimar y temer cuando menosprecian á Dios, que es el juicio de los otros hombres, venga á ser juntamente menospreciado con el de Dios! Y quien tan desacatadamente, con tanto atrevimiento y menosprecio, es tan malo delante de los hombres, que se contenta y se gloría de ello, creedme que casi da á entender que no cree de verdad que hay justicia de Dios ni que hay providencia suya. Y este escándalo causan los tales en el mundo, según el mismo Profeta lo testifica cuando dice lo que éstos piensan y lo que causan que piensen de ellos. "La iniquidad del impío me dice al corazón: No hay temor de Dios delante de sus ojos, porque él mismo se regala y se lisonjea y anda contento de sí, hasta que llegue su maldad á ser cosa de abominación. Las palabras de su boca son maldades llenas de engaño y traición; no quiso entender para bien hacer. Maldad imagina en su cama; á todos malos caminos sale; el mal no aborre-

ce. Señor, hasta los cielos es tu misericordia; tu verdad hasta las nubes. Tu justicia como los montes altos y magníficos; tus juicios abismo grande, y á todo darás remedio." (Salmo 36). Estas son palabras del Profeta en que apela para la justicia divina de lo que permite la humana, y declara cuán engañados viven estos malaventurados en pensar que como no hay remedio en la tierra para castigar sus maldades, tampoco lo ha de haber en el cielo.

De éstos y de semejantes á éstos se entienden las palabras del verso cuando avisa que el hombre que quiere ser bienaventurado, es menester que no se pare en el camino de los pecadores. El que está parado en algún camino, dos cosas hace: la primera es que está público para ser visto y conocido de todos; la segunda que está aparejado para irse con los que van por aquel camino y seguir tras ellos. De la cual imitación y compañía amonesta aquí el Profeta que nos guardemos, y por este camino en otro salmo reprende á los que lo hacen: Si veías al ladrón, corrías con él, y entrabas en compañía con el adúltero (Salmo 50). En este segundo género de malos se añade nuevo quilate de maldad sobre la primera porque, como comencé á decir, en lugar de consejo, que es cosa secreta, se pone camino, que es cosa pública; y en lugar de andar, se pone estar que también es cosa pública y de más perseverancia y firmeza. Y aunque la maldad de los primeros es grande, porque menospre-

cia el juicio de Dios, añaden estos segundos nueva circunstancia de menospreciar juntamente el juicio de los hombres.

En la Divina Escritura está muy encarecida esta desvergüenza y soltura, y de ella trata el profeta Isaías en su capítulo 3, ponderando la maldad de los hijos de Israel. "La apariencia del rostro de ellos los convence," y descubrirá quienes son. Tan grande es su desvergüenza que en su gesto conoceréis el menosprecio que tienen de la virtud y el contentamiento de su maldad. "Como Sodoma pregonan su pecado, no lo disimulan." Reprendiendo Jehová á su pueblo por boca de Jeremías (3) dice: Rostro de mujer del mundo se te ha tornado que ninguna vergüenza tienes de tus pecados. Aquí da ocasión Jeremías para que podáis considerar la desvergüenza del mundo, y cuán justamente tenemos provocada la ira de Dios contra nosotros.

¿En qué República de gentiles se sufriría lo que es favorecido en la nuestra, que haya en las públicas calles y plazas y al derredor de los templos sagrados, públicas casas de deshonestidad, públicas personas de ella que, con todas las muestras, con todo el estudio y diligencia que pueden, den á entender el oficio de que viven, se contenten y precien tanto de él, que se desvelen para dar noticia de lo que son á chicos y á grandes, á locos y á cuerdos y á todos los que lo quisieren ó no quisieren saber? Y que haya tanta soltu-

ra en cosas de éstas ó que se parecen á éstas; que se topen tras cada paso en los pueblos de los que tienen nombre de cristianos, hasta en los templos y oficios divinos, trajes, pláticas y muestras de unos con otros ó, por mejor decir, de unas con otras, de que no se puede colegir otra cosa sino manifiesta vanidad sin ninguna vergüenza de quien lo entiende, antes rogando y holgando que lo entiendan y que lo vean.

¿Qué otra cosa, veamos, es estar parado en el camino de pecadores? Parado está en este camino todo aquel que lleva vida escandalosa; que por mala compañía, mal trato ó conversación, da ocasión de juicios y de escándalos en los corazones y lenguas de sus prójimos; y no hay con que se pueda excusar, pues se pone y se para en camino donde sea juzgado de todos, y se dé causa que lo tengan por tan menospreciador de los que lo ven ó juzgan, que no se le dé nada de estar en aquel camino. Prolija cuenta sería traer aquí todos aquellos á quien alcanza esto de estar en camino de pecadores, porque son todos aquellos á quien tienen tan vencidos sus pasiones é intereses que menosprecian ser vistos y hallados en tal camino.

Los avarientos de la primera condición adquirirían por mañas y engaños y negociando por debajo de la tierra; los de la segunda condición son públicamente logreros y robadores. Los primeros tiranos eran cautelosos; los segundos desvergonzados. Los homicidas mataban en los corazones y por lazos y caminos

secretos; estotros précianse públicamente de sus venganzas. Los adúlteros de allí eran de noche y á sus solas; los de acá son público escándalo de su ruin vida. Bienaventurado el que no es de los unos ni es de los otros; que ni se halla en consejo ni sigue el parecer de malvados, ni lo toparán jamás en público camino de pecadores.

Dicho habemos de las dos primeras condiciones harto breve para lo que se podía decir y era menester decir, aunque demasiadamente de largo para el espacio del tiempo y paciencia de los oyentes. Resta ahora que digamos de la tercera, la cual es: no asentarse en la silla de la pestilencia. El intérprete aquí trasladó avisadamente más la fuerza de la sentencia que el rigor de la palabra. En el original hebraico está silla ó asiento de escarnecedores, él interpretó cátedra ó asiento de pestilencia y con muy grande razón, porque ninguna pestilencia se puede igualar con los corazones de los pecadores de que aquí se hace mención, y con el daño que al mundo hacen. Y no sólo los setenta trasladaron de esta manera, significando por este vocablo pestilencia el vicio y maldad de los escarnecedores; mas lo mismo hallamos que hizo S. Jerónimo en muchos lugares.

Á este último género de malos atribuye el Profeta estar asentados, porque propio es de los escarnecedores juntarse en compañía unos con otros y tomar asiento en lugares de donde puedan ver y juzgar la vida y

obras de sus hermanos y hacer de todo burla y escarnio, gastando en ello su tiempo y teniéndolo por su principal contentamiento y felicidad. Así dice en otra parte (Salmo 69) el Profeta, en nombre de Cristo nuestro Redentor: "Hablaban contra mí los que se sentaban á la puerta," que quiere decir lugar descubierto y público, "y me zaherían en las canciones los que bebían el vino." Donde se acaba de conocer quienes son propiamente estos de quienes el salmo hace mención, que es la gente ociosa de muy mala ociosidad, que no tienen otro fin en este mundo sino buscar en él su placer, de cualquiera manera que lo puedan alcanzar, aunque sea muy á costa y muy en perjuicio de todos los otros. No es menester poneros para esto muchos ejemplos; lleno tenemos el mundo de estos tales vagabundos, aunque muchos de ellos no parecen vagabundos.

Como se suele decir de la envidia que se mantiene de males ajenos y con esto engorda y anda contenta, así nuestros escarnecedores tienen por principal ejercicio envidiar y mirar los bienes y vidas de sus prójimos, interpretarlo y traerlo todo á burla y escarnio, y sacar de aquí grande contentamiento y placer. Muchos de ellos, después de haber pasado por los dos primeros géneros de que arriba se ha hecho mención, vienen á parar en este tercero, y si en éstos hay algunos que no tengan las obras de ellos, á lo menos ninguno hay que no tenga el ánimo y la condición. Quien escarnece y quien burla del mal y bien de su compañe.

ro, aparejado está para hacerle cualquier otro mal si tuviere ocasión y oportunidad para ello. No debéis pasar livianamente por la consideración de estos pecadores y de sus obras, porque veréis que es mayor la muchedumbre de ellos de lo que pensáis; mayor el pecado de lo que yo ni vosotros podemos encarecerlo, y es tanta la miseria de nuestra vida, que es tenido por género de palacio y de pasatiempo y el más seguido ejercicio que tiene el mundo.

Los otros primeros, los malvados y los pecadores, parece que pretendían en sus obras algunos intereses y fines, aunque malos como ellos son; mas estos otros son tales que, aunque no se les haya de aumentar otra cosa sino sólo su pasatiempo, reciben grande placer de inventar ó de ver males ajenos. Sus consejas y risa es aquello de que los otros lloran. Escarnecen de la pobreza ajena, escarnecen de la riqueza; escarnecen de la afrenta, y escarnecen de la honra; escarnecen de la tristeza, y escarnecen del placer; escarnecen de la muerte, y escarnecen de la vida; hacen escarnio del vicio, y hácenlo de la virtud. Si á su elección se dejase, más querrían ellos ver en las casas ajenas males y desventuras que virtud y contentamiento; pero cuando no pueden más, todo lo tratan de una manera, lo próspero y lo adverso, lo bueno y lo no tal: todo lo interpretan á un fin.

Bien creeréis que los de estas tales costumbres tendrán tal burla y tal veneno en su corazón, y así lo ve-

réis por obra que, para torcer todas las cosas á su burla y á su escarnio, siempre añaden ó quitan y por maravilla son sus pláticas sin mentira y sin falso testimonio. Poco es tratar de los hombres. También escarnecen de las cosas sagradas y escarnecen del mismo Dios. Una de las principales partes de sus motes y de sus agudezas es ésta; ni se puede esperar otra cosa de quien halla en el pecado tanto gusto y tanto sabor no por más de porque es pecado. Así los pinta Salomón, que no es esto de mi cabeza, diciendo (Proverbios 2), que es tal la malicia de éstos, que "haciendo mal, se huelgan en las perversidades del vicio." Y en otra parte dice, que el loco de esta locura, que verdaderamente es locura de la mano del demonio, tiene por donaire el pecado y por cosa de burla (Proverbios 14), y "hacer abominación es como risa al insensato" (Proverbios 10.)

Esta es la ociosidad de que el mundo más se precia, que como maestra de muchos males, según dice el Eclesiástico (33), viene á enseñar éste últimamente á sus discípulos. Los cuales están tan contentos y tan satisfechos de su buen oficio; tan sin temor y reverencia de Dios; tan sin vergüenza y ley de los hombres, que casi los desampara la doctrina divina, y en cierta manera los desahucia, y como de hombres de quien con gran dificultad se puede esperar salud ni remedio, dice que aun para aconsejarlos no traten con ellos. Dice el Sabio en los Proverbios (9): "El que

corrige al escarnecedor, afrenta se acarrea, y el que reprende al impío, se atrae mancha."

De grandes raíces de maldad, necesaria cosa es que nazcan grandes y crecidos frutos de mal, como por la mayor parte vemos en estos escarnecedores que los más de ellos son ramas crecidas de las raíces de los dos primeros géneros de que habemos tratado: de malvados y de pecadores. Los padres que entienden en los dos primeros ejercicios, ordinariamente crían hijos que entienden en el postrero. Para esto les allegan las haciendas y les edifican las casas, para que tengan espacio de asentarse en la silla de los escarnecedores, y desde allí hagan burla de todo lo que Dios hace y de lo que hace el demonio. Y no sólo entienden en esto los ricos, mas también tienen por discípulos de su buena doctrina á muchos pobres que dejando de trabajar, se mantienen de ser vagabundos y de coger rumores y nuevas, y allegar leña para añadir en el fuego del escarnio de los otros.

Quiero concluir con esto, avisando solamente de dos cosas para entero entendimiento del verso. La primera es que por estos tres géneros de pecados y por el orden y palabras con que los puso, nos señala la manera con que los hombres llegan á ser últimamente abominables y malos. Primero dijo: andar, luego dijo: estar ó parar, últimamente dijo: estar asentados. Primero hizo mención de consejo, luego hizo mención de camino; últimamente de silla y de asiento. Este

es el orden y regla por donde los pecadores van subiendo y creciendo en su maldad. Lo primero, tienen la malicia en el corazón; usan de ella como de consejo; trátanla, en cuanto les es posible, secretamente; negocian con algunas tinieblas; procuran con todas sus fuerzas que les quede libre y salvo algún color de hipocresía con que se puedan excusar y justificar delante de los hombres. Mas cuando por aquí no pueden haber cumplimiento ni fin de sus intereses, hay muchos que rompen el freno de esta cobertura y menospreciada toda vergüenza, determinan de alcanzar fin de sus apetitos, juzguen lo que quisieren los hombres, con tal que ellos tengan seguro poder y tiranía para lo que quieren. El tercer grado á que suben es á desechar de sí toda ley de humanidad y la inclinación con que todos nacemos, y no sólo no dolerse ni sentir las miserias y trabajos de los otros hombres; mas hallar placer en ellos y añadirlos y crecerlos con sus donaires y con sus malicias y sutilezas.

Escarnecen de los linajes y baja fortuna de los otros; escarnecen de la pobreza; de la persecución y trabajo del pobre; de la injuria del afrentado; de la ignorancia del simple y no malvado como ellos; de la sencillez del bueno; de la fidelidad del leal; de la claridad del verdadero; de la poca ambición del que no es avariento y entremetido; de la limosna del misericordioso; de la religión del cristiano; de la virtud y de quien la sigue; del recogimiento del bueno; de la oración de

quien reza; finalmente, no se puede hallar cosa buena ni mala tampoco, no justa ni injusta, no feliz ni infeliz, de quien en este corrillo de escarnecedores no se trate y haga burla.

Están puestos en el último lugar del verso, como género de pecadores más perverso y más malvado que todos, porque si bien lo miráis, su principal profesión es escarnecer de la Providencia divina; es tener soberbia de la misma de Lucifer y peor, si pudiese ser peor. Ellos escarnecen de los estados en que Dios á cada uno ha puesto; de lo que su justicia y su misericordia permite; de la cruz que pone sobre los justos; de la pobreza y caminos por donde llama á muchos á arrepentimiento; de los dones que reparte á los hombres. Atribúyense á sí mismos y quiérense persuadir que ellos están aventajados y subidos sobre todos; que no son de aquella bajeza ni de aquella fortuna; no están sujetos á aquellos casos, no á aquella pobreza é injurias; que no puede tener en ellos parte la ignorancia, no especie ni manera de desastre, y como seguros que pueda venir sobre ellos semejante cosa que sobre los otros, ríen del juicio de Dios, y así viven en el mundo sin que veáis en ellos señal de temerlo.

Estos todos, que son más de los que pensáis, y meta cada uno la mano en su corazón y mire no sea de ellos, no sólo no son cristianos; mas salen fuera de la condición y naturaleza de hombres. Porque son sin ley y desalmados, y no sólo no conocen que son como

los otros hombres; no sólo no socorren á los trabajos y necesidades de los otros hombres, como la ley de hombres demanda; mas hácense ídolos en la tierra; quieren en ella ser nuevos dioses, exentos á su parecer y seguros de adversidad; escarnecen de los trabajos humanos; sacan de allí sus placeres y su bienaventuranza; añádenlos con sus obras; encarécenlos con sus mentiras; calúmnianlos con sus sutilezas; levántanlos con sus testimonios; y asentados en sus sillas, ayuntados en sus conversaciones, sin tener armas en las manos, sin ser de los homicidas que juzga el mundo, ejercitan en todo el linaje humano el más bravo género de crueldad que ninguna bestia fiera es posible ejercitar. Porque aquélla solamente quitaría la vida, en esto tendría fin su fiereza; éstos quitan la honra; quitan la religión; quitan la verdad; acrecientan con sus escarnios las lágrimas y tristezas de los afligidos, y no perdonan á los muertos, para que no traten de ellos, de la misma forma que de los vivos, resucitan á los unos para lastimar á los otros.

Los primeros que decíamos malvados, recibían algún tormento en encubrir, en cuanto podían, la malicia de su corazón; andaban en malos consejos. Los segundos pecadores, aunque no pasaban tanto trabajo, todavía estaban sujetos á grandes cosas y estaban en medio del camino convidando con su mal ejemplo y con su mala perseverancia. Trabajo tenían los que andaban, trabajo los que están parados. Mas estos

postreros tienen sillas en que se asientan. Su maldad es su placer, y á faltarles ésta, les faltaría su recreación toda. Sin ley son y sin humanidad: no sólo blasfeman de Dios, mas de la naturaleza también; todo lo que puede ser juzgado de ellos, lo posponen y dejan atrás, solamente con que gocen de la suavidad de su escarnecer. Bienaventurado aquel varón que no se asentó en la silla de éstos, ni fué de su compañía, ni tuvo su condición.

La otra cosa que dije que convenía que entendieseis es que por estas tres acciones que habemos nombrado, son entendidas todas las acciones del hombre, porque, si bien lo miráis, todo hombre ordinariamente ó anda ó está parado ó está sentado. Por lo cual habemos de entender que nos enseña aquí el Profeta, que aquel varón será bienaventurado, que ninguno de sus hechos tuviere malo, ni tuviere en él participación ni compañía con malos; que no tuviere maldad en el corazón, ni ejemplo en la mala obra, ni contentamiento en el pecado, ni menosprecio de la Providencia divina, ni del juicio de los hombres, ni del juicio de Dios, que es lo último adonde sube la malicia del hombre, como habemos visto en la postrera especie de malos que son los que están asentados en la silla de la burla, del escarnio y de la blasfemia. Y pues habemos tratado de la bienaventuranza de la carne, y avisado al hombre que se aparte de ella como de grande infelicidad y miseria, justo es que prosigamos la verdadera bienaven-

turanza que Dios quiere que tengan los suyos. Comparado lo uno con lo otro, se verá más claramente la fealdad de aquello que parece tan bueno á los ojos de los locos hombres, y la hermosura y grandeza de lo que la Palabra Divina tiene prometido y asegurado á los que su consejo tomaren. Veráse cuán engañosa y perecedera es la gloria y pompa del mundo; cuán cierta y cuán sin tener fin es la que el Señor tiene aparejada para los que le sirven.

SERMÓN SEGUNDO

ANTES es su voluntad empleada en la ley del Señor, y en la ley de Él pensará de día y de noche

Enseñónos el Profeta en el primer verso del salmo, aquello de que debe huir el hombre para ser bienaventurado; en este segundo versículo enseña lo que debe seguir y poner en obra para entero y verdadero cumplimiento de su bienaventuranza. No sólo se requiere que se aparte el hombre del mal, mas requiérese también que ponga en efecto el bien, para que Dios sea de él servido y lo cuente entre los suyos. No fué criado el hombre para estar ocioso; ejercicio ha de tener en esta vida, cual conviene á criatura y á obra hecha de mano de tal Señor. Dejad de hacer lo malo; aprended á bien hacer, dice el profeta Isaías (1). La razón porque puso primero aquello de que debemos huir, que lo que debemos obrar, ya la dijimos en el primer verso: resta que como allí platicamos lo uno, platiquemos ahora lo otro.

Dice que el varón bienaventurado tiene empleada su voluntad en la ley del Señor, y de día y de noche piensa y se ejercita en ella. La fuente de la bienaventuranza es Dios y por esta razón, todo aquello que nos lleva á Él se podrá en alguna manera llamar biena-

venturanza, y así lo llama la Divina Escritura. La cosa que más á Él nos allega y que más cerca nos pone, la que nos da cierta seguridad que estaremos siempre con Él y en posesión de sus bienes, es la guarda de su ley. Por ley entendemos aquí no la religión que cada uno se inventa, ni cosas sin espíritu y sin lumbre del cielo; sino los mandamientos que Dios tiene puestos al hombre y quiere que los tenga escritos en su corazón, y que con favor y socorro suyo los ejecute y los ponga en obra sin hipocresía y doblez. No tiene el hombre mayor tesoro en el mundo que es la ley del Señor, porque como la cosa más hermosa, la cosa más justa y más santa sea su divina voluntad, aquel será el mayor don que de su misericordiosa mano nos viene, que nos da cierto aviso y regla para conocerla y saberla.

El mayor traslado, la mayor representación, la cosa que más ciertas señas nos da de quien es Dios, son sus mandamientos y ley. Porque, así como Él es hermosísimo, limpio y libre de toda mácula, lleno de bondad y poder, de justicia y de misericordia, así es su ley una regla de limpieza y un espejo de hermosura; un camino de bondad, de justicia y de misericordia; unas armas que hacen grandemente poderoso al que la guarda y lo sacan vencedor de todos los peligros y adversidades del mundo. La señal más cierta de seguir uno camino de bienaventuranza y de ser ya bienaventurado, es tener grande deseo de saber la ley que el Se-

ñor le demanda y eómo se quiere servir de él y en qué eosas se ha de oeupar.

Y la más averiguada regla de andar uno descaminado es rehuir la verdadera ciencia de lo que Dios le pide, proeurar ó desear ignorancia y no querer alcanzar entero eonocimiento de tal aviso. Como él anda falso y fingido eon el Señor, así es su bienaventuranza falsa y fingida. Por esta vía del deseo y guarda de la ley del eielo sabemos que fueron todos los santos, porque quien tiene por eierto que un solo camino es el que le ha de llevar á ser bienaventurado, no es posible que no lo codicie enteramente saber, con todas las partieularidades y avisos que de él pudiere alcanzar, si de verdad proeura llegar á tal fin. Enséñame, oh Jehová, dice el Profeta, el eamino de tus estatutos y guardarélo hasta el fin. Dame entendimiento y guardaré tu ley, y la observaré de todo eorazón" (Salmo 119).

Avisadamente David opone entre sí estas dos cosas: lo que seguían los malvados, los pecadores y escarnecedores, con los mandamientos y ley del Señor. Porque así como de lo primero sale la malaventura y perdición de los hombres, así sale de lo segundo la verdadera felicidad; y así como lo otro tiene su origen de la maldad del corazón humano y es propio fruto suyo, así esto proeede del aviso y misericordia divina. Así como los de aquellas obras afrentaban la bondad y justicia de Dios, así estas otras de la ley son las que lo sirven y honran, y dan eiertas señales de quien es

el Señor y Maestro que hizo al hombre. Así como los primeros tenían maldad secreta y mal consejo en el corazón, públicas obras en el camino, burla y escarnio en el asiento, así los que siguen la ley de Dios tienen limpieza en el alma, obras de santo ejemplo en las manos, compañía y conversación piadosa para con los otros hombres. Por las primeras tres cosas: andar, estar y asentarse, dijimos que se entendían todas las acciones del hombre; así cuando decimos acá que ha de pensar de día y de noche en la ley del Señor, entendemos que todas las obras de aquel que quiere ser bienaventurado han de ser sacadas de la ley de Dios y conformadas con ella.

Lo primero que se pide aquí es que la voluntad del hombre esté empleada en la ley del Señor. En balde trabajará el que pensare ser bienaventurado por emplear su hacienda ó sus manos ó sus ojos ó cualquiera otra cosa que sea, en los ejercicios y obras que tienen título de servicio de Dios, si primero no tiene ofrecida y dedicada la voluntad á su ley. Todo el mal y muchedumbre de males de que tratamos en el primer verso, dijimos que tenía su fuente en el corazón del hombre. Fruto de la maldad que allí está es andar en mal consejo; fruto suyo es pararse en camino de pecadores; cosa que nace de allí es la envidia, el escarnio, la poca piedad de los prójimos. Lo que sale del corazón, dice nuestro Redentor, es lo que afea el alma (Mateo 15.) Pues de esta manera procedemos

acá y decimos que todo el fundamento de la bienaventuranza es que la ley del Señor esté en el corazón del hombre, porque si ella está allí, seguro tenemos que ni habrá mal consejo ni mal camino ni mal asiento; antes necesariamente habrá todo lo contrario, santo consejo, santo camino y santo asiento.

La ley de Dios enemiga capital es de aquellas tres malas cosas: no pueden estar juntas en un corazón; en viniendo ella luego es todo aquello desterrado y echado fuera: cuchillo es que lo corta y fuego que lo consume. La ley del Señor, dice en otra parte nuestro Profeta, ley es sin mancilla que convierte y consuela el alma; su testimonio firmísimo que enseña sabiduría á los simples. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón: el precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos (Salmo 19). Claro está luego que no harán buena compañía en el corazón del hombre la ley de Dios y aquellas cosas todas en que dijimos que se ejercitaban los malos.

Resta ahora que tratemos qué quiere decir: tener la voluntad puesta en la ley del Señor. Esto diremos en pocas palabras y luego proseguiremos, qué frutos son, qué bienaventuranza es la que procede de aquí. No es otra cosa tener un hombre empleada su voluntad en la ley del Señor, sino tener un grande deseo de poner en obra lo que ella manda y un grande contentamiento en obrarlo. Estas señas ha de hallar el hombre en su corazón para que sepa que va camino de ser biena-

venturado. Y engañado y perdido va el que sigue otros rodeos, cualesquiera que ellos sean, y se quiere persuadir que por allí ha de alcanzar cierta bienaventuranza. Este sentimiento es el que tuvieron los santos. Este es el sentimiento que ha de tener el cristiano, y á este punto ha de trabajar por llegar, y entre tanto que lejos de ello estuviere, sepa que está lejos de Dios.

Los juicios de Jehová, dice el Profeta, son verdad, todos justos: deseables son más que el oro y más que mucho oro afinado, y dulces más que la miel, y que la que destila del panal (Salmo 19). Lo primero decimos que es desear mucho poner en obra los mandamientos de Dios. Este deseo nace del conocimiento de la justicia y hermosura de la voluntad divina cuando el hombre, ayudado con favor del cielo, conoce verdaderamente que de voluntad tan santa y tan justa no puede salir mandamiento que no sea justísimo y santo; que voluntad tan liberal y tan larga no puede pedir cosa al hombre que no sea para él grande é incomparable tesoro; no puede enseñar aviso que no sea de grande misericordia y profundísima sabiduría; no puede mostrarnos camino que no sea de grande seguridad; no puede darnos consejo que no sea fidelísimo y de que podamos estar seguros y ciertos que nunca nos faltará: finalmente que no podemos subir á mayor dignidad; no hacer cosa más ilustre y más señalada; no de mayor honra ni de mayor grandeza; no de más contentamiento, que tener tanta amistad con Dios,

que queramos una misma cosa con Él; que estando tan lejos el Criador y nosotros criaturas, lleguemos á tanto y á tan gran participación con su suma bondad, que le parezcamos en el juzgar y en el querer. Vos. Señor, decís que esto es bueno, lo mismo decimos nosotros; vos decís que lo queréis, nosotros también lo queremos.

Cuando el hombre ha considerado todo esto, y la luz del favor divino le ha despertado y avisado para poder conocerlo, luego en su corazón se enciende grande deseo de cumplir los mandamientos de Dios. Y de este mismo deseo le sale, cuando los obra, un grande contentamiento. He amado tus mandamientos, dice David, más que el oro, y más que el oro muy puro (Salmo 119). Porque cada vez que el hombre pone en efecto lo que Dios manda, ha de pensar y considerar lo que ahora dijimos y puede y debe decir en su corazón: Favorecedme, Señor, para llevar esto á cabo, porque cierto estoy que por aquí voy á veros; que éste es camino sin peligro y sin traición: por cualquiera otro me perdiera y por este solo soy libre; consejo sigo con que es imposible ser engañado: promesa tengo que nunca me faltará; compañía llevo con que voy seguro; conmigo va vuestra sabiduría para avisarme; vuestro poder para defenderme; por muchos enemigos y peligros que haya, no tengo de qué temer.

Á todo aquello tenéis vos, Señor, por enemigo, y á

mí me tenéis por amigo. En esto en que yo ahora pongo las manos, tenéis vos puestos los ojos. Despertada está en ello vuestra atención como en cosa de que vos sois contento y servido. ¿Qué más quiero yo ó qué más puedo pedir, que querer lo que vos queréis? En breves palabras habemos declarado qué cosa sea tener el hombre su voluntad en la ley del Señor, aunque larga cosa es llegar á ello; cosa de mucho trabajo y constancia y que no se puede alcanzar sin que Dios ponga en ello su mano, la cual está muy aparejada para nuestro socorro, si con conocimiento de nuestra flaqueza y con verdadera fe la invocáremos.

Prosigamos ahora las diferencias de la bienaventuranza de los malos á la que tienen los buenos, para que entendamos mejor cuán falsa y cuán engañosa es la una, cuán cierta y verdadera es la otra; la primera, de que ya tratamos, es la bienaventuranza de la carne y de los hombres sujetos á la ley y tiranía del pecado; la segunda es la del espíritu y de los que son libertados con la sangre de Jesucristo y mediante esta libertad, han alcanzado fuerza y poder para cumplir la ley del Señor. El hombre carnal busca y saca las cosas de su bienaventuranza de aquellas tres cosas primeras: de andar en consejo de malos, pararse en el camino de los pecadores y asentarse en la silla de los que escarnecen, y en esto halla lo que desea. El avariento no sosiega viendo que otro es más rico que él y, atormentado de aquella envidia, busca otros seme-

jantes consejos por donde alcance mayor hacienda ó iguale por lo menos con la que su vecino posee. Por este camino va el ambicioso buscando consejos y compañías, favores y conspiraciones, astucias y artes por donde su deseo se cumpla. Otro tanto hace el carnal y el homicida y vindicativo.

El que públicamente es malo y tiene tan desenfrenados sus apetitos y malas inclinaciones, que no le dan lugar á que sea menos, consuélase y disculpa su maldad con ver que por el camino que él sigue van otros muchos como él, á los cuales no sólo sufre, mas los favorece el mundo. Los escarnecedores de lo bueno y de lo malo que ven en las personas y en las casas de sus prójimos, como hombres sin ley de Dios y sin razón é inclinación de hombres, ponen su bienaventuranza no en los bienes que ellos alcanzan; sino en los males ajenos y en el placer que de ellos reciben, y para poder gozar de esta su buenaventura, buscan silla de reposo; compañía que les ayude; ociosidad que les encamine el gustar de su placer; el escudriñar, el encarecer, el calumniar, el levantar lo que á ellos dé contentamiento y para su prójimo sea enojoso y perjudicial. En estas cosas que habemos sumado pone su bienaventuranza la loca carne de los miserables hombres del mundo, y por estos caminos la busca, por consejo y astucia de malos, por carrera de pecadores, por silla y asiento de escarnecedores.

La bienaventuranza del espíritu, y la que quiere

Dios que tengan los suyos en este mundo para prenda y seguridad de la que han de tener en el otro, consiste en consejo de buenos, en camino y ejemplo de justos y en diligencia y ejercicio de caridad; lo cual todo se halla y se desprende en la palabra y ley del Señor. Y por eso dice nuestro verso que aquel varón será verdaderamente bienaventurado, que tuviere su corazón aficionado á esta ley, y de día y de noche se ejercitare en ella. Porque este tal no sólo se desocupa y se aparta del mal consejo y mal camino y mala silla de los primeros, mas busca nuevo consejo, nuevo camino y nuevo ejercicio en que se ocupe y emplee.

Este consejo se halla en la ley del Señor, el cual El dió á su privado Abraham para que por medio de él fuese bienaventurado. Yo soy el Dios todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto (Génesis 17). Este es el verdadero consejo, y dado de buen amigo, que es del mismo Señor que crió al hombre y en cuyas manos y voluntad está hacerlo bienaventurado, y para este fin lo crió. Y pues Él dice que el verdadero camino para llegar á ser bienaventurados es agradar á sus ojos y seguir su voluntad, seguros podemos tomar tal aviso y, si lo queremos seguir, tener desde aquí por cierta nuestra bienaventuranza.

Este consejo declaró la misericordia divina muy más á la larga en las dos tablas de la ley, las cuales recibió Moisés escritas con el dedo de Dios para que las predicase y enseñase á su pueblo. En ellas están

escritos los diez mandamientos, los cuales no son otra cosa sino una explicación más abundante y más copiosa de aquello que el mismo Señor había mandado á Abraham cuando le dijo que fuese perfecto y anduviese delante de Él contentándolo y sirviéndole. Porque como la ceguedad del hombre cada día pasase más adelante, y por sus malas costumbres y ejemplos fuese echando cada día mayores raíces, proveyó la misericordia divina de darle más clara y más explicada luz de sus mandamientos y ley. Así dice la Escritura que las dos tablas del testimonio estaban escritas con el dedo de Dios (Éxodo 31), que quiere decir ser cosa venida de su mano, y como señalada y firmada de su nombre; en lo cual avisa á todos los hombres que aquello que allí va escrito es su ley; de aquella manera quiere ser servido, y en aquello consiste la perfección y bondad y la bienaventuranza de ellos.

De aquí veréis cuánto mejor consejo sigue el que va por el camino de estos mandamientos, que el otro de quien tratamos primero y dijimos que seguía el consejo de los malvados; pues no por otra cosa avisa Dios al hombre de su voluntad, sino por amor que le tiene y con el deseo de que la ponga en obra y sea bienaventurado. Recta es la palabra de Jehová, dice el salmo 33, y toda su obra con verdad hecha. Él ama justicia y juicio: de la misericordia de Jehová está llena la tierra. Todo lo que Él manda y ordena; todo lo que aconseja; todo aquello de que avisa á los

hombres, todo es firme, todo es cierto y fidelísimo; no hay en ello cosa que no sea de verdadero Señor y de verdadero amigo; no sabe engañar su palabra, ni puede faltar su verdad. De su misericordia está llena la tierra, quiere decir que esto en que tanto va al hombre, que es alcanzar á saber cuál es la voluntad de Dios, cómo quiere ser servido, publicado y manifestado lo tiene á todos y firmado de su mano. Él es fuente de infinita misericordia; en ninguna cosa puede manifestar más quien es ni hacer como quien es, que en avisar á los hombres de su voluntad; del camino por donde han de ir á Él; del verdadero conocimiento de sus mandamientos y ley.

Dicho habemos del consejo que el bienaventurado halla en la ley del Señor, bien es que digamos ahora del camino que en ella misma se halla, para que pueda pararse y perseverar en él. Ya oísteis como había camino de pecadores en que muchos se paraban, que era el público mal ejemplo y pública mala vida puesta como en camino y plaza para juicio y provocación de los otros hombres. Éstos declaramos que eran aquéllos en quien es tan poderosa la afición de su maldad, que cuando no pueden más, pospuesto todo temor y vergüenza de los hombres, hacen pública y manifiesta muestra de sus pensamientos y obras. Pues así el que toma el consejo del Señor, si verdaderamente lo toma, tiene tan asentada y tan aficionada su voluntad con él, que no se contenta ni sufre con tenerlo en su corazón ni para

sí solo como consejo secreto; sino que lo publica de fuera y lo manifiesta con obras y siempre que es menester, hace camino y publicación de los mandamientos de Dios, perseverando y siendo constante en ellos, imitando á los que por aquel camino siguieron, y convidando y provocando á otros con su ejemplo para que sigan tras él.

El principal fin para que el hombre es puesto de mano de Dios en la tierra es para que sea una muestra y traslado de Él, y para que en sus hechos y obras dé testimonio de quien lo crió, y que después que haya hecho este oficio, sea llevado y colocado en lugar donde tenga perpetua imitación con Él de inmortalidad, de gloria, de señorío y de bienaventuranza. Prevaricaron los hombres y de tal manera se apartaron del fin para que fueron criados, que por la cuenta y testimonio de lo que hacen, más parece que representan á la serpiente que los engañó que al Maestro y Señor que los hizo. Y tanto cuanto más está extendida esta prevaricación, y cuanto es mayor la infamia que, en el juicio de los hombres por parte de la misma maldad de ellos, resultó al Señor que al principio los formó y les dió sér, tanto debe poner mayor diligencia el justo y trabajar con todas sus fuerzas por dar verdadera y santa muestra en sus obras de su Hacedor y Señor. Este es el camino en que se ha de parar; este el ejemplo que ha de dar á los otros; esta ha de ser su perseverancia y firmeza.

Verdad es que es tan grande la muchedumbre de los pecadores; tan ancho el camino por donde van; tanta la desvergüenza y determinación con que se paran en él, que será cosa muy trabajosa para el que quisiere ir por otro camino y tener constancia y firmeza en él. Grande fuerza y grande esfuerzo es menester para que el ímpetu y multitud de los otros no lo desbarate y lleve con ellos. Estrecho dice el Redentor del mundo que es el camino del cielo, y que pocos van por él; angosta dice que es la puerta, y que son pocos los que entran por ella, y que es menester contención y porfía para no quedar de fuera.

Como avisamos al hombre de lo uno, también le avisamos de lo otro: como le enseña Dios el camino de la bienaventuranza, también le dice los inconvenientes y los trabajos que se le han de ofrecer en él, y cómo se ha de haber con ellos si quisiere llegar al fin. Una de las mayores dificultades, y bien podéis decir que es la mayor y más principal de todas cuantas se les ponen delante á los que quieren seguir el camino de la verdad y tener firmeza y perseverancia en él, es la violencia y la multitud de los que van por contrario camino. Fuerte cosa es para la flaqueza del hombre ver que el camino de sus vecinos es ancho y llano, y el suyo angosto y cuesta arriba; ver que el otro es descansado y que el suyo es trabajoso; que á los otros se les ofrece ganancia y placer; á él pérdida y tristeza; á los otros las honras y para él las afren-

tas; á los otros la compañía, para él la soledad. Esta es gravísima tentación, la cual no sólo derriba y lleva tras sí al vulgo de la flaca gente y de bajo conocimiento; mas sabemos que trastorna á muchos hombres de buenos pensamientos; que alcanzaban mayor aviso y más parte de constancia, y que con alguna determinación comienzan á caminar por la vía de la justicia. La tiranía y poder de la multitud en todas las cosas es grande, y todas las más vemos que son regidas y gobernadas por ella; mas donde mayores daños y mayores estragos hace, es en las cosas que pertenecen al camino de la ley de Dios. Esta tiranía canoniza y descanoniza todo aquello que le parece y en que su loco juicio se determina. Ésta deshace y reprueba las buenas y antiguas costumbres; las justas y santas leyes, é introduce y aprueba las malas. Ésta hace y deshace en la religión y en todo género de virtud cuanto á ella se le antoja; echa del mundo la ley de Dios; le quita el título de justicia y lo da á la ley del demonio y á quien á ella le parece. No sólo reina por mal ejemplo, por malas costumbres y obras; mas tiraniza con violencia. Bastaba lo primero para hacer mucho daño en la miseria y fragilidad humana sin que fuera lo segundo, mas juntado lo uno y lo otro, ya podéis ver lo que resultará del mal, y cada día lo experimentamos. Quiere el hombre de su inclinación compañía; su vanidad quiere aplauso; pídele su locura estima y divulgación de sus cosas; favor de los que las vieren

y oyeren; grita y aprobación del mundo. Pues considerad por amor de mí, de la una parte el camino y plaza del mundo tan allanado y tan aprobado de sus costumbres y leyes; tan ensanchado de su multitud; tan frecuente y tan andado de los que caminan por él; tan favorecido de sus mismas voces y barahundas; tan privilegiado y exento de las mismas exenciones que él se ha tomado; tan abastecido de las pompas, de las locuras y deleites de sus apetitos, y considerad de la otra una sendilla angosta de su hechura, cuesta arriba por la disposición del camino; sola por no ser andada; desprovista por su soledad; llena de espinas por el poco uso; despoblada de aposento; sujeta á peligros y robos; aparejada á inconvenientes y desabrimientos, y que un hombre acometa á entrar por ella en presencia del otro mundo que va por el otro camino, y que él mismo se ve solo; si alza los ojos al camino, halla que es áspero; si los vuelve á su apetito, hállalo inclinado á la llaneza y cosas del otro; si considera el ejemplo, ve acullá toda la compañía; y que sobre todo esto los otros le dan grita llamándolo; hacen burla de su locura; añaden en su inclinación con enseñarle en las manos los regalos, y la anchura de sus plazas; la miseria de la sendilla que él lleva; tiéntanlo por mil caminos, despiértanlo é irrítanlo por mil maneras. Creedme que será grande cosa que este hombrecillo no vuelva atrás, y que al son de la grita y escarnio que hiciere el mundo de él, vaya

adelante por sus trabajos y por la estrechura y peligros de su camino.

Mucho es lo que habemos dicho, y es lo menos que en ello hay. No se contenta el mundo traidor con ir él por su camino y que el otro pobre vaya por el suyo; sino que envía con grande ira por él, y con manos tiranas lo trae y lo pisa y lo maltrata; ejecuta en él mil géneros de injusticias; quítale de mil maneras la vida, porque no puede sufrir que nadie se aparte de su fiesta, ni se aleje de su camino, ni deje de servir y obedecer á su vanidad, ni siga la virtud que él no sigue, ni apruebe y tenga por bien lo que ya sus costumbres tienen desautorizado y apreciado y estimado por poco.

Con todo esto decimos que el varón que quisiere ser bienaventurado no sólo se ha de apartar del consejo de los malvados; no sólo ha de tener metido en su corazón el consejo de la ley de Dios; mas ha de ponerse en camino y pararse y perseverar en él; ha de subir por las cuestas y solo, si solo quedare, ha de pelear consigo mismo, pelear con todos los otros; resistir el ímpetu de ellos; tener hambre en medio de aquella mala abundancia; decir él sí aunque todos digan no; perder en aquel camino la vida antes que volver atrás. Porque él sube, y los otros descienden; él camina á la bienaventuranza, los otros á la malaventura; él busca lo llano, los otros el despeñadero; los trabajos de su angosto camino duran muy poco, el descanso de la

posada no tiene fin; los deleites y contentamiento en que van cebados los otros se acabarán de ahí á pocos días, y los tormentos de su malaventura no han de tener término ni diminución en tanto que Dios fuere Dios.

Pareceros ha que he puesto en grande soledad al varón bienaventurado, y que lo llevo por muy estrecho y por muy estéril camino. Pues no es cosa esta levantada de mi cabeza ni encarecida por mis palabras; dígalo la experiencia de lo que pasa; y porque pocas veces veis en estos casos lo que traéis delante de los ojos, y nunca conocéis la certeza de vuestra perdición hasta que estáis sin remedio, dígalo el mismo Señor de la ley y consejo de que hablamos, y el Dador y Confirmador de la bienaventuranza que prometemos.

Si os acordáis bien, dijimos que había hablado Dios á Abraham y enseñádole la manera con que quería ser servido de él y hacerlo bienaventurado, diciéndole: Anda delante de mí y sé perfecto. La hora que puso esta ley y este consejo en su corazón, luego lo sacó al camino: Sal de tu tierra, Abraham, desampara tu parentela y la casa de tu padre y vete á la·tierra que yo te mostraré; allí multiplicaré tu linaje. Veis aquí la soledad del escogido de Dios, sacado de su naturaleza; desterrado de sus parientes y sus conocidos; llevado á la tierra de Canaán poblada de enemigos de Dios, de gente idólatra, infamada y contaminada de todas las maldades del mundo. Bastará esta soledad

para hacer el camino muy áspero, y sobre todo ello quiso Dios estrechárselo más, ejercitándolo con hambres; con nuevos y súbitos destierros; con muchos y diversos géneros de persecuciones.

Bien me podría alargar con traeros muchos ejemplos acerca de este propósito; mas el tiempo no da lugar y bastará para confirmación de todo lo dicho, el ejemplo que ahora diré. El Redentor de la vida, que ganó para los hombres la bienaventuranza perdida, y que con su misma palabra enseñó el camino de ella, no se contentó sólo con el ejemplo de su propia persona; mas avisó á sus discípulos del trabajo y angostura y de la grande soledad del camino por donde habían de ir. ¿Qué mayor soledad se puede imaginar en el mundo, que sacar de tal manera, estrañar de tal cualidad á unos hombres de otros, que el mismo mundo no los conozca por suyos ni los trate como á suyos?

Vosotros, dice Él (S. Juan 15), aunque estáis en el mundo, no sois del mundo, yo os he desnaturalizado de él, mi doctrina y mi verdad os han hecho solos, advenedizos y estranjeros sois. Por esto no os debéis de maravillar que el mundo os trate como á extraños, pues á la verdad no sois del mundo, y que os haga obra de madrastra, pues sois hijos de otra madre. El favor y aprobación que en él hallaréis será que seréis acusados por engañadores, y que la cosa en que el mundo pensará que más acierta y que más contenta á Dios será en quitaros la vida. Si les salió verdadero

el aviso, sea testigo S. Pablo como uno de ellos, y diga la manera como los trató el mundo. Hemos venido á ser, dice, como la hez del mundo, el desecho de todos (Primera á los Corintios 4).

Y para que veáis la ceguedad y locura de este miserable mundo, es él el que hace todo lo dicho, y no entiende que lo hace, y jura que no lo hace. Tomáislo en el mismo delito y afirma que está rezando; halláislo con el hurto en las manos, y cree que os da su hacienda; está cortándoos la cabeza, y dice que os cura las llagas. Mira cuán ciego es y cuán malo es; y porque es tan ciego, es tan malo y la maldad lo hace tan ciego. La causa de esto, dicho la habemos; no sé si la habéis entendido. Él es amigo de camino muy ancho, de cosa seguida, de ley y de aprobación de muchos, siempre va tras la compañía y huye la soledad; y como es loco, cree que su misma condición tiene Dios, que así es aficionado á lo mucho y tiene en poco lo poco.

Parécele á él que no es posible ni lleva camino que el contentamiento de Dios se satisfaga y emplee en tres hombrecillos solos y desechados, y á quien Él mismo ha negado tanto de las cosas que crió, y que para tan poca cosa quiera su bienaventuranza y su cielo, quedando por otra parte tanto mundo á quien tantas mercedes ha hecho, y en quien tanto resplandecen sus obras, y para cuya medida parece que está cortado el cielo y la bienaventuranza por ser lo uno

tan mucho y tan grande, y lo otro tan poco y tan pequeño, que camino ó que razón se hallará por donde Dios, tan grande y tan poderoso Señor y que erió el mundo para su servieio, se contente y se satisfaga de tan poeos, y se descontente y no sirva de tan muchos.

Yo os diré esto por un ejemplo. Leemos en el libro de Job (1), que pareció Satanás delante de Dios y fué preguntado de dónde venía. Respondió que de andar por el mundo, de cercar la tierra y de hacer su oficio. Replicóle Dios: ¿Por ventura has parado mientes en mi siervo Job, eomo no hay otro de su manera en la tierra, varón entero, recto y temeroso de Dios, y tan apartado de mal? ¿Pues eómo, Señor, trayendo el demonio tantos ejéreitos conquistados y dejando tanto de la tierra por suya, os ponéis Vos en eompetencia con él, porque tenéis á Job de vuestra parte y tan justo? Veis aquí como el Señor se contenta con poquitos, si los muchos fueren tales que no quisieren ser suyos. La razón de ello quédese ahora, pues el tiempo nos falta, y algún día yo os probaré con ayuda de Dios como esto lleva mueha razón, si no conforme á vuestras leyes, á lo menos conforme á las de Dios,

Resta ahora que digamos de lo tereero que se halla en la ley del Señor, que es lo que sucede en lugar del asiento de los burladores, ya que habemos dieho de lo que sucede en lugar de las dos primeras eosas, que son consejo de malos y camino de pecadores. Así co-

mo en la ley de Dios hallamos bueno y santo consejo para contra el mal consejo; bueno y santo camino y de bueno y santo ejemplo, así hallamos buen ejercicio contra la mala silla y mal reposo de la burla y del escarnio. Este es el ejercicio de la caridad, la cual no sólo no se deleita en los males y afrentas ajenas; mas cubre todas las faltas y multitud de pecados (Proverbios 10; 1a. S. Pedro 4), y es una capa y un cobertor para los defectos del prójimo. Dice que cubre la multitud de los pecados, porque ninguno hay de quien ella no se compadezca; ninguno á quien por lo menos ella no quiera encubrir y disimular, porque ya que su prójimo es juzgado de Dios, no lo sea de los hombres.

Cuán al revés es esta diligencia, del mal sosiego del que está sentado en la ociosidad del escarnio y en silla de la burla. Éste no sólo afrenta y publica los pecados, mas burla de las virtudes; no sólo de las culpas, mas de los defectos naturales, y de las obras de Dios, y de aquello en que su prójimo no tiene culpa. Más adelante camina esta burla. Donde hay poca culpa, hace mucha; donde la hay liviana, la encarece; donde ninguna hay, la levanta; donde hay bien, quiere que sea juzgado por mal y que parezca con tal color. En la ley de Dios no hay sino caridad para con el amigo y con el enemigo, con el justo y con el pecador: enemistad tiene con el pecado, con el pecador caridad. El que ama al prójimo cumplió la ley (Romanos 13).

Cuán al revés van del escarnecedor y burlador las

condiciones de la ley de Dios, sea ella testimonio de sí misma cuando manda expresamente: No maldigas al sordo, y delante del ciego no pongas tropiezo; mas tendrás temor de tu Dios. Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano. Temerás en esto á tu Dios, porque yo soy tu Señor. (Levítico 19). No debéis pasar livianamente por el encarecimiento de esta ley y de esta caridad, y por el respeto que tiene á la flaqueza del viejo de quien todos escarnecen, y aquí manda que sea honrado de todos, y por la consideración del sordo que no puede oir ni responder, y del ciego que no ve. Por estos casos particulares podéis sacar general regla del encarecimiento y ejercicio de la caridad contra el tercer género de pecadores que se asientan y toman placer en silla de burladores.

Cumplido habemos toda la bienaventuranza del hombre, declarando como ha de hallar remedio en la ley de Dios para todos los inconvenientes que le pueden poner estorbo en ser bienaventurado. Pasemos ahora más adelante, prosiguiendo su declaración, para que más fácilmente lo podáis entender y sepáis como habéis de alcanzar remedio para ponerlo en efecto. Dice nuestro verso que el varón bienaventurado tiene su voluntad en la ley del Señor, y que piensa en ella de día y de noche. Este pensar no sólo quiere decir ejercicio del pensamiento, sino juntamente ejecución y obra de manos. Contemplación vana sería el que

solamente gastara su tiempo en considerar la ley de Dios y las cosas de sus maravillas, y quedase contento con esto sin poner diligencia en las obras. La consideración sirve para avisar de la ley y de lo que manda ó prohibe, y esto va encaminado para la obra, la cual si falta, en vano es todo el edificio primero. Mas de esto trataremos algo un poco más adelante.

Digamos ahora qué quiere decir: de día y de noche. Entiéndese esto de la manera que se debe entender lo que el Apóstol enseña cuando dice que oremos sin cesar (1a. Tesalonicenses 5; S. Lucas 18), que es acudir á la ley de Dios en todas nuestras necesidades y para todas nuestras obras; tomar lección y aviso de ella, teniéndola por general regla para toda nuestra vida, y para dichos y hechos. De la manera que dijimos en el primer verso que por andar y estar y asentar se comprendían todas las acciones del hombre, así decimos ahora que por día y noche se entiende lo mismo.

Allí lo entendíamos para que se apartase de todos los hechos malos; aquí lo entendemos para que siga los buenos, para que en todas sus cosas se aconseje primero con la ley de Dios, y lo que ella mandare, aquello ponga por obra. Que tome la adversidad con paciencia, la injuria con perdonarla y con el sufrimiento que manda la ley; la prosperidad con templanza, y con la templanza que ella le pide. Finalmente que se acuerde que está escrito (Deuteronomio 4 y 12), que ninguno de los que entraren en la obediencia de Dios,

haga lo que su propio juicio y parecer le dijere, sino lo que manda la ley; que tenga su juicio por vano; su parecer por mentiroso y perdido; se desdiga de su sabiduría y sea en esto enemigo de sí mismo, y que se estime y se juzgue en la tierra como un hombre ciego y sin tino y que no tiene otra luz ni otra guía sino la Palabra de Dios.

Lámpara es á mis pies tu palabra, dice el Profeta, y lumbrera á mi camino (Salmo 119). Los malos daban y seguían mal consejo, y por él seguían sus obras y andaban en sus caminos. El justo para ser bienaventurado, tome para sí el consejo que le diere la ley de Dios; por aquí aconseje á los otros, y guíe sus obras y las ajenas. Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón, y las repetirás á tus hijos y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes: y has de atarlas por señal en tu mano, y estarán por frontales entre tus ojos: y las escribirás en los postes de tu casa y en tus portadas (Deuteronomio 6). De esta manera es la meditación de la ley de Dios, en el día y en la noche.

Continua es la inclinación de nuestro corazón para el mal (Génesis 6). Mal consejo y mal acometimiento tiene desde los días de su juventud (Génesis 8) que es el tiempo de su prevaricación. Necesaria cosa es que para tan malo y tan ordinario consejo tengamos también ordinario remedio, aconsejándonos siempre

con esta ley santa, limpia, sin sospecha y de cierta bienaventuranza. Siempre nos hace guerra el demonio y, como dice el Apóstol, anda como un león rugiendo alrededor buscando á quien devore (1a. S. Pedro 5). Al cual no podemos resistir sino con fortaleza de fe, y no podemos tener fe sino con la Palabra de Dios, y empleando en ella nuestra obediencia, nuestro corazón y nuestra voluntad.

Hermosamente el Profeta comprende en este verso toda la bienaventuranza que en esta vida el hombre puede alcanzar, y la certeza de la otra, porque abraza aquí todos los lugares, todo el caudal de la ley del Señor. Enséñanos fe, enséñanos caridad, cómo ha de estar nuestro corazón, cuáles han de ser nuestras obras, de qué manera nos habemos de haber con Dios, de qué suerte nos habremos con nosotros mismos y después con nuestros prójimos. Primero pone la ley en la voluntad, asiéntala en el corazón, donde la verdadera fe se engendra y se aviva; luego pide ejercicio de ella de día y de noche, que es, como ya declaramos, en todas nuestras acciones.

Opone todo esto á las tres primeras cosas del primer verso: al mal consejo, á las males obras, á la silla de los burladores, de donde se viene á colegir muy claro toda la doctrina del segundo verso de que al presente tratamos. Falsas y traidoras son las obras que no salen del corazón. Tibio y falso está el corazón que no echa fuera las obras. La fe y la caridad no

son parciales ni interesables, no se acaban ni paran en quien las tiene; á todos codician servir. La fe y el amor son sacrificio para con Dios, purifican el corazón para consigo mismo, alárganlo y hácenlo liberal para el prójimo. Esta es la última prueba, y si en esto se halla falta, señal certísima es que todo lo demás era falso, y por muy rico que sea, será desaprovechado porque, no siendo provechoso para los hermanos, tampoco lo será para el que lo posee.

Si yo hablase lenguas humanas y ángélicas, y no tengo caridad, dice el Apóstol, vengo á ser como metal que resuena ó címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que traspasase los montes, y no tengo caridad, nada soy. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer á pobres; y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, de nada sirve (1a. Corintios 13). Tanto es necesario este don para ser los hombres bienaventurados.

Todo lo que habemos dicho es lo que tiene enemistad verdadera con las tres cosas que enseñamos de que el varón bienaventurado se había de apartar, y las que en lugar de ellas es menester que sucedan, y todo esto será cierto si la raíz y fundamento de todo fuere cierto y verdadero; será cierto y verdadero si estuviere la ley de Dios en su corazón. No dijo el santo Profeta: bienaventurado el varón que tuviere la ley de Dios

por escrito, ni el que hablare y blasonare de ella, sino, bienaventurado el varón euya voluntad estuviere enamorada de la ley del Señor, porque si así fuere, señal es que la tiene eonoeida, y si eonocida la tiene, será este amor tan efieaz y tan poderoso, estará tan eontento de lo que ama, que neeesariamente fructifieará en lo de fuera. La ley de Dios, dice el Profeta en otra parte, está en el eorazón del justo, y no titubearán sus pisadas (Salmo 36). Firmemente eon esfuerzo y con eonstancia asienta los pies en las obras de la ley de Dios el que la tiene en su eorazón. Quien esto alcanzare, todo lo tiene alcanzado.

Mas ¿quién será éste? y alabarlo hemos. De mayor difieultad es esta obra, de lo que nadie puede pensar, y muchos se pierden en ella: unos de atrevidos, otros de aeobardados, porque así los unos eomo los otros se miden por sus propias fuerzas. El que eonfía en sí, va soberbio; cuando piensa que acierta, yerra, y cuando le parece que sube, eae. El otro pensó que no había más poder del suyo, desmayó y quedóse atrás. Si él supiera adonde estaba la fuerza y donde estaba el esfuerzo, y lo supiera pedir, saliera con su demanda y quedara mejor librado por haberse tenido en poeo, que el primero por tenerse en mucho. Quiero que entendáis ahora euán difícil eosa es, y cuán imposible es de parte de las fuerzas humanas, tener un hombre la ley de Dios en su corazón, para que desmayéis y desconfiéis de vosotros mismos, eon que estéis

atentos á lo segundo, en que os enseñaremos donde está la posibilidad y la facilidad, donde el esfuerzo y la fuerza, y el cumplimiento de la victoria.

El hombre del linaje de Adán, sentenciado está á ser siervo del pecado. Dentro de su carne y de su corazón tiene asentada la ley de aquel á quien se sujetó, que es la ley del pecado, cuyo fruto es fruto de muerte, desagradable á Dios y enemigo de su justicia. Pues al hombre que tal ley tiene y que tan sujeto está á ella, y que dentro de sí mismo tiene su carne tan contenta y tan vencida de aquella ley ¿qué le aprovechará, veamos, traerle la ley de Dios por escrito, darle entera noticia de ella, declararle los servicios que le pide el que lo crió? Por cierto á él le daría muy mucha congoja y después poco provecho, porque solamente serviría esto de despertarlo para conocer su maldad, y para que se desasosegase y entristeciese de verla, y su misma maldad tomase ocasión de fatigarlo y cansarlo más.

Por la ley, dice el apóstol S. Pablo á los Romanos (7), vino el conocimiento y noticia del pecado; porque tampoco conociera la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás. Lo que de aquí resultó fué grande desasosiego para mí, de verme sujeto á pecado y condenado por él, porque entendí que había ley de Dios que me pedía justicia y limpieza de aquel pecado, ó me condenaba por él. Y mi misma mala concupiscencia y mi mismo pecado, despertado de mi

mala conciencia y de la notificación de la ley, se esforzó para resistir á la ley que lo condenaba, y parece que tomó nuevas fuerzas contra ella y contra mí. Hasta allí estaba como adormecido, y la ignorancia y reposo de mi conciencia lo tenía sosegado; de manera que me mataba más dulcemente y me quitaba la vida durmiendo.

La ley despertó á mi conciencia; mi conciencia despertó á mi pecado; él tomó fuerzas, yo no las cobré; él se embraveció y parece que cobró bríos en la justicia que pedía la ley y siendo enemigo de ella, hízose de parte suya para hecho de condenarme; de manera que él está más vivo y yo he quedado más muerto. La conciencia que había de volver por mí y resistir á la ley, juntóse con ella é hízose testigo contra mí mismo. Afirmó y testificó que me pedían justicia, que aquella ley era santa, que aquella ley era justa, y que era obligado á cumplir todos los mandamientos de Dios. De suerte que lo uno y lo otro me han traído á tal estado, que siento ya palpablemente la guerra que siempre he tenido dentro de mí, y la misma guerra ha crecido. Porque por una parte digo sí, y por otra digo no. Firmo la ley de Dios por santa y por justa, mírome á las manos y al corazón, y hallo el contrario de lo que ella pide y de lo que yo confieso.

Los hombres que esta guerra no sienten, nunca hallaréis que son ni es posible que sean sino hombres desalmados, que ni tienen cuidado de Dios ni cuidado

de sí mismos. Todos son tierra y cuerpo; en el contentamiento y regalo de éste emplean su diligencia; alma, ni la vieron ni la sienten, déjanla á Dios y á la ventura. Mas el hombre malo que de tal manera es malo, que quiere bien para su cuerpo y lo quiere para el alma; que tienta á hacer trampa á Dios en todo su seso, que quiere contentar á sí mismo y juntamente contentar á Él, este tal, tan malo como es, sentirá la guerra que he dicho que trata la ley de Dios con su conciencia y con su pecado.

Mas sobre todos la siente el que de verdad, y en el seso de sus fuerzas y de su razón, oye lo que le pide la ley de Dios y acomete á cumplirlo, porque luego éste que pensaba ser sencillo, se halla falso y doblado y, cuando al tormento de la ley y de su conciencia ha confesado que sí, halla en sus manos el no. No faltará alguno que diga que le habemos dicho verdad y dejado sin remedio, porque él confiesa que la ley de Dios es justa, y que quien no la cumpliere, justamente es condenado, y que cuando la va á cumplir y meter en su corazón, halla cerrada la puerta, y un fastidio grande para ella y un aliento para lo contrario, tan poderoso y tan esforzado que, aunque él se quiere engañar á sí mismo y persuadirse que cumple lo que Dios manda en su ley, su misma conciencia por una parte, y por la otra la experiencia de lo que obra, no lo dejan reposar en lo que quería.

Por lo cual es necesario que esta guerra le dé mala vida,

y que se aire contra la ley, y que ya que la tenga por justa, la tenga por rigurosa; que codicie apelar de ella si pudiese ser; que reciba desabrimiento de quien se la notifica, y quiera poner parte de culpa de su condenación á quien ninguna otra tiene, sino el notificarle la ley del cielo llana y sencillamente y como es menester que él la sepa. Lo que hasta aquí en este caso se ha dicho, servirá de que pueda entender el hombre cuán gran dificultad es, cuán sobre sus fuerzas é industria, tener la ley de Dios en su corazón, tener la voluntad enamorada de ella; cuán otra cosa es esto que se le pide, que darla él fingida con la lengua, ú obrada con falsas manos, y querer engañar á sí mismo y tentar de engañar á Dios con decir que cumple la ley.

Ahora es bien que digamos el remedio de todo esto. Sea pues regla general que todo el cumplimiento de la ley, toda la bienaventuranza que de este cumplimiento al hombre resulta, presupone el sacrificio de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, Redentor y Libertador de los hombres. No sólo se entiende esto para después de la predicación y publicación del santo Evangelio; mas para todo el tiempo pasado después que el hombre pecó. Como siempre hubo necesidad de particular favor y fuerza del cielo para que pudiesen los hombres servir á Dios y cumplir sus mandamientos, y tornar en la gracia y amistad de que por su culpa eran apartados, así hubo siempre remedio para alcanzarla.

Este remedio era la pasión del Redentor del mundo, la cual es bastante y justísimo sacrificio para reconciliar los hombres con Dios y alcanzarles juntamente perdón del pecado que primero tenían, y que de allí adelante fuesen de tal manera renovados, tan mudados sus corazones, que se les comunicase una nueva condición y uno como nuevo sér con que se hallasen esforzados y alegres para servir al Señor y cumplir sus mandamientos. Fué la muerte del Hijo de Dios tan agradable á su Padre, aun antes que se pusiese en obra, que desde que fué prometida hizo en los escogidos el oficio que habemos dicho. Así habéis de imaginar que no sólo hubo cristianos después que el Redentor padeció, mas que también los hubo primero. Que en una misma fe con un mismo espíritu fueron salvos entonces los justos, con un mismo favor obraron y sirvieron á Dios, con el que obran ahora y lo han servido siempre los que son justos como ellos.

Volviendo, pues, á la dificultad que hallábamos para que un hombre que desea ser bienaventurado, ponga su voluntad en la ley del Señor, y de día y de noche se ejercite en ella, decimos que no sólo él, mas el mismo Profeta que esto escribió y lo cumplió y puso en obra, de su naturaleza era hombre carnal, sujeto á la ley del pecado, sin habilidad y sin fuerza para aquello que él escribe. Él fué justificado por Jesucristo, Justificador de los hombres, libertado de aquel cautiverio, esforzado y renovado con espíritu del cielo por

medio del Hijo de Dios, en quién él puso su confianza, y dentro de su corazón ofrecía el sacrificio de su sangre delante de los ojos del Padre.

Á esta fuente habemos también de acudir, si queremos ser partícipes de esta bienaventuranza; aquí hallaremos perdón de nuestros pecados, conocimiento para conocernos, aborrecimiento y enemistad para nuestras malas obras, esfuerzo y enmienda para adelante, ojos con que consideremos la hermosura de Dios, confianza para seguirlo, corazón con que enamorarnos de él, caridad para con nuestros prójimos y todo aquello que se requiere para esto en que tanto nos va, de ser bienaventurados. No desmaye nuestra flaqueza, antes, cuanto ésta fuere mayor, tanto con mayor ansia y mayor congoja supliquemos por el remedio y si se nos dilatare, no por eso desesperemos. No se nos niega porque nos perdamos, sino porque sintamos más nuestra falta y, sentida, pidamos más de verdad, y lo estimemos en más cuando nos hubieren oído.

Lo que era imposible al hombre, que es ser justificado y ser amigo de Dios, y era imposible por parte de la flaqueza y rebelión de su carne, es fácil por parte del Hijo de Dios que, tomando nuestra carne, crucificó en ella nuestra flaqueza, y condenó nuestro pecado, para que la justificación que pide la ley y la obra de sus mandamientos, fuese cumplida en nosotros (Romanos 8). Grande cosa es ésta que habemos enseñado, y no sólo grande, mas tan necesaria para el reme-

dio del hombre, que es imposible alcanzarlo por otra vía; porque así lo tiene Dios determinado y lo que Él en este caso tiene determinado, sentencia es irrevocable y de que no hay apelación; no excusa ni privilegio: tan igual y tan eterna es su palabra.

Muchas veces habemos dicho esto, y conviene que muchas más se repita, porque además de ser sordo el hombre para esta doctrina, él mismo se hace más sordo, porque piensa aprovecharse de esta porfía, siendo sola ó la más principal causa de su perdición. Y pues de tal manera ha de tratar con la ley de Dios, que la ha de tener asentada y escrita en su corazón con letras de grande amor, con ánimo aficionado á ella, con tener los ojos de la voluntad enamorados de su hermosura, con estar despierto y atento para cumplir con lo que ella manda, siempre que lo pidiere; y el no haber atajo ni rodeo por donde escapar de aquí, si quiere ser bienaventurado, ni el aprovecharle que exceda en las obras y muestras de fuera á todos los profetas y patriarcas, será razón para que aprenda la manera como se alcanza el amor de esta santa ley, y para que ponga diligencia muy grande en tener en su memoria este aviso y en ejercitarlo de tal manera que salga con la victoria.

Vaya fuera de aquí el fariseo que pensaba que con solas las obras exteriores cumplía con los mandamientos del cielo; vaya fuera el moro que coloca toda su santidad en cierta manera de ceremonias; vaya fuera

el hipócrita que con nombre de cristiano y con buenas apariencias piensa que en la cuenta que Dios le tomare, le ha de descontar lo del corazón y hacerle suelta de ello por el buen parecer de las manos. Con cristianos hablamos aquí, á quienes les es pedido lo uno y lo otro, corazón limpio para con Dios y enamorado de la ley divina, y santo testimonio de obras, no sólo para el juicio del cielo, mas también para el de los hombres.

En breve habemos recapitulado aquí una de las principales consideraciones que en el sermón se han tratado, y de mucha copia de razones por donde la proseguíamos se ha colegido uno como sumario para que con menos trabajo lo podáis encomendar á la memoria y meditarlo después. Lo mismo haré en la consideración que resta y no os debe parecer esto cosa pesada, porque en cosas tan principales y en doctrinas tan necesarias, menester es que haya mucha repetición ó prolijidad, si así la quisiereis llamar; porque los que quieren aprovecharse lo puedan más fácilmente hacer sin que la muchedumbre de las razones ponga estorbo en su memoria.

Recapitulando, pues, la segunda consideración, digo que, para que lo primero que habemos tratado, de la necesidad que el hombre tiene de abrazar con su corazón la ley del Señor, sea útil al que lo oye, es menester que en breves palabras sepa el artificio con que lo ha de alcanzar; pues es sola y cierta prenda de la bienaventuranza. Este artificio no penséis que es co-

sa inventada de hombres, porque muy poco aprovecharía si de hombres fuese: artificio es enseñado de la divina misericordia, y la misma Escritura que nos declara de qué manera ha de estar la ley de Dios en nosotros, ella misma es la que declara como la habemos de meter en nosotros.

Ya se ha tratado cuán inhábil es el hombre para esta empresa, y como se queda tan desaficionado á los mandamientos del cielo cuando le acaban de notificar que sin ellos no puede ir al cielo. Estad pues atentos, porque en pequeña suma os enseñaremos el artificio por donde esto se ha de alcanzar, si lo queréis alcanzar. El hombre ha de traer consigo grande vigilancia, exhortándose y despertándose y porfiando consigo mismo para este amor de la ley de Dios; y porque en el estado en que él ahora se halla y en la ceguedad en que su pecado lo puso, alcanza mucho más á juzgar de las obras de Dios que de su ley; entiende más de la hermosura y concierto del mundo, que de la hermosura y concierto de la ley divina, de aquí ha de sacar él una continua consideración: que, pues las obras de Dios son tan llenas de hermosura, de tanta sabiduría, de tanta misericordia y de tanta justicia, y con ellas lo cría, lo sustenta y le da remedio, no será menos hermosa su ley, no menos justos sus mandamientos, no de menos misericordia ni menos sabiduría, no de menor remedio para el tiempo que resta sin fin, que han sido las otras obras para este breve tiempo que vivimos

acá; antes ha de argüir ser muy mayor la excelencia de la ley de lo que muestran las obras, porque lo uno es para fin de muy pocos días; lo otro para ser bienaventurado en tanto que Dios fuere Dios.

Este mismo argumento hace nuestro Profeta (Salmo 19), coligiendo de la hermosura y muestra de las obras de Dios la grande hermosura y perfección de su ley: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de sus manos. Y cuando ha proseguido esto, luego infiere: La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma: el testimonio de Jehová, fiel, que hace sabio al pequeño. Cuando el hombre por este camino se hubiere persuadido á sí mismo de la hermosura y bondad de la ley divina, ha de procurar con toda diligencia levantar su corazón á que se enamore de cosa tan hermosa, tan poderosa, tan justa y tan buena. De estas reflexiones ha de concebir un deseo de emplearse tan bien, de contentar á tan grande Señor, de alcanzar este grande fin para que fué criado.

Cuando se viere pesado para esto, con poca estima de cosa tan grande, con poco conocimiento de tan subidos bienes, con aficiones de cosas contrarias, con inclinaciones de cosas feas, flacas y perecederas, entonces ha de entender que esto no es por defecto de la ley divina ni de lo que ella manda y promete; sino que esta mala ventura nace de sí mismo, que su pecado lo ha puesto en tanta miseria, que no ama su pro-

pio remedio, que es ciego para tal hermosura, sordo para las nuevas de ella, loco para saberla considerar, apocado y avillanado para emplearse en ella, y que el demonio y su propio pecado, el mundo y su misma carne le son envidiosos y traidores y procuran con todas sus fuerzas que no alcance tanto bien.

De aquí le ha de nacer una enemistad contra sí mismo y contra todo aquello que le contradice para tan grande fin. Ha de entender que trae dentro de sí otro él muy traidor, muy lisonjero, muy regalado y muy engañador, y que, dándole á entender que es él mismo, y que es tan su amigo como quien es el mismo y que en todo busca sus bienes, es capital enemigo suyo y en todo le busca miserias y males. Á esto todo ha de procurar él vencer y matar al que trae consigo mismo, porque es malsín y tercero de quien todo el mundo se aprovecha contra él.

Las armas que él ha de poner para esta victoria, ha de ser todo estudio, toda diligencia, todo género de mortificación, vengarse de aquel mal compañero, hacerle grande desabrimiento, sufrir la cruz que le viniere, castigarse rigurosamente, porque con aquel castigo es atormentado aquel traidor que consigo trae. Si le sobreviniere infamia, pobreza, persecución y trabajo, por razón de esta diligencia que él pone, entienda que estas son las armas con que son vencidos sus enemigos; siga la victoria y nunca se canse, porque son poderosos y muchos. Nunca se asegure de ellos

y, cuando al parecer ya fueren muertos, crea que lo tienen cercado con mayor ímpetu que primero. El que perseverare hasta el fin, éste es el que ha de ser salvo (S. Mateo 10).

No afloje en la enemistad que les tiene, acuérdese siempre que son aquéllos los que le estorban el amor de tan grande hermosura, y lo quieren privar de tan grandes bienes. Dirá que son muy pesadas estas armas para menearlas él, y dice verdad. El espíritu del cielo es el que las ha de mandar, y el que acierta á vencer y matar con ellas, y otro ninguno lo puede hacer. Este declaramos ya como está alcanzado por Jesucristo, Redentor y Señor nuestro. Comunicársenos ha, si lo pidiéremos, y si lo pidiéremos con conocimiento de la excelencia de tan grande don, y de la necesidad que nosotros tenemos de él; si fuere nuestro suspiro muy verdadero, nuestra oración continua, nuestra petición acongojada, si confesáremos que tenemos necesidad de mucho, por la grande contrariedad de nuestros enemigos y de nosotros mismos.

De esta manera se comienzan á abrir los ojos del hombre cristiano para contemplar siquiera un poco de la hermosura de la ley de Dios. Por aquí se encamina el principio de su dulzura y el sentimiento de la paz y quietud que consigo trae. Conocido esto, luego es fácil de entender cuán fiel amiga es, cuán acertado consejo es el suyo para la prosperidad y para la adversidad, para con amigos y con enemigos, cuán cierta

compañera es para nunca errar el camino. Quien desconfiado pues de sí y enemigo de sí mismo por razón de su pecado, buscare aquí la justicia, y de verdad la buscare, sepa cierto que hallará nuevo corazón, nueva voluntad y querer, con que ponga en efecto lo que quiere Dios.

Esta ley será su ejercicio en el día y en la noche, serále un recogimiento adonde se esconda de las tempestades del mundo, donde se refugie á tomar secretos placeres, cuales no sabrán conocer ni gustar los hombres que no tienen en su corazón los mandamientos del cielo aunque esté llena la casa de las riquezas todas que alcanza la tierra. Serále un sueño para su cansancio, una medicina para sus llagas, un regalo para sus dolores. Aquí hallará si él quisiere, aviso de lo que dudare, consuelo para sus trabajos, fe que lo haga estar firme, esperanza que lo alegre, caridad que lo allegue y lo haga como un espíritu con el Señor á quien sirve, y caminando adelante por su bienaventuranza, cuando se acabaren los trabajos de esta miserable vida, alcanzará él la abundancia y el cumplimiento de la que ni tiene falta ni tiene fin.

SERMÓN TERCERO

Y será como el árbol plantado á las corrientes de las aguas, que dará su fruto á su tiempo; cuya hoja no se caerá, y todo cuanto hiciere será prosperado.

Las cosas que en la Divina Escritura se hallan, los grandes bienes y grandes favores que á los hombres son prometidos, exceden tanto en grandeza, son tan contra el juicio y parecer de la carne, que si no hubiese más de esto, no habría quien no desmayase, parte por falta de fe, parte por falta de esfuerzo. Fácilmente entenderéis esto, si consideráis cuán lejos está un hombrecillo del mundo, de la costumbre del conocimiento, de la experiencia y de la razón de todas las cosas del cielo. Él es pobre y miserable; convídanlo á tan grandes riqueza, y cuando él mismo se ha medido, hállase sin vaso y sin capacidad para ellas, y apocado y escaso para recibirlas. La hechura y la manera de lo que le dan es en grande manera lejos de lo que él suele tener y acierta á desear. Habituado á sus groserías y tan hecho á sus bajezas, no sabe estimar cosas tan grandes ni aplica su entendimiento ni su voluntad á ellas.

Convídanlo á cosas del espíritu, él es carne; llámanlo desde el cielo, él es tierra; dícenle que vuele, no tie-

ne alas; ofrécenle vida, él anda siempre con muerte; convídanlo con bienaventuranza, él no es sino miseria ni quiere sino miseria: pídenle justicia, es cautivo del pecado y hállase bien con él; mándanle que venza al mundo, que pelee con todos los fantasmas y peligros de él, vese flaco y sin armas. Como ninguna cosa de éstas entiende, á ninguna se aficiona, tiénelas por imposibles y por nuevas de camino. Á la aldea donde nació, á la bajeza del linaje de donde viene, á la carne que lo ha criado, á la miseria de la tierra que es, allí se le va el juicio, y allí se le van los ojos. Menester es que á este hombre lo despierten á grandes voces, y lo esfuercen con grande esfuerzo; que le enseñen á conocerse, y que de allí venga á estimarse de justa y de santa estima; que le hagan saber y le certifiquen el linaje de donde viene, el estado de que cayó, la grandeza de su herencia, el camino de su remedio, para que en alguna manera se aficione y suspire por él.

Para todo esto es necesario que intervenga prenda de grande seguridad, con la cual él se pueda sustentar y estar en alguna manera cierto que es verdad lo que le prometen. Esta es la palabra de Dios, la cual Él ha puesto y firmado con los hombres, y está tantas veces repetida, tantas veces afirmada y confirmada con tantas seguridades, con tanto encarecimiento, con tantas prendas, tan aseverada y jurada, porque conoce la misericordia divina la grande flaqueza del hombre, y la extrañeza que tiene para con él y para con sus cosas.

No quiero llevar esto más adelante, sino aplicarlo al propósito de lo que al presente tratamos. Prometémosle al hombre bienaventuranza, y que desde aquí comenzará á ser bienaventurado. Decímosle que se aparte de consejo de malos, de camino de pecadores, de silla de burladores; que enamore su voluntad de la ley de Dios; que se ejercite en ella de día y de noche.

Á todo esto responderá que él no halla camino como ser bienaventurado; que el mal consejo lo tiene de sus vecinos y amigos, y dentro de su corazón; que la carrera de los pecadores es muy usada y no halla otra; que si no se asienta en silla de burladores, se quedará cansado y en pie, y burlado de los otros; que la ley del Señor es muy áspera y mucho tiempo el día y la noche para gastarlo todo en ella; que perdería entre tanto muchas cosas que le son muy importantes; y sobre todo, que ya que él se determine á estas cosas ¿quién le asegurará el salir con ellas y poder llevarlas al cabo? Si no sigue consejo de malos, tratarlo han muy mal los malos; si no va por carrera de pecadores, irá por camino muy trabajoso y dará en grandes peligros; si huye de los asientos de burladores, no le queda placer en el mundo; será de fuerza que viva muy triste. Si sigue la voluntad del Señor, hallará muchos enemigos que lo persigan y lo maltraten: de día manifiestos peligros, de noche fantasmas y sombras que lo traigan siempre con temores y sobresaltos. Perderá su hacienda, perderá su honra, perderá su vida; no

saldrá con lo que comienza, quedaráse con malaventura y sin el otro mundo y sin éste.

Pues, para que el hombre esté seguro que si él quiere, se podrá salvar, y si se pierde será por su culpa, interpone el Profeta la promesa de Dios, de parte de Él y con espíritu de Él, en que afirma que hay remedio para todo esto, y lo ofrece y lo asegura por tan firme y tan cierto como la justicia y la verdad de Dios es firme y cierta. Será este hombre de quien tratamos como el árbol que está plantado á las corrientes de las aguas, que dará su fruto á su tiempo, que su hoja ni se caerá ni se marchitará, que todo lo que hiciere tendrá próspero fin.

Entre tanto que vivimos en la tierra y estamos tan hechos y tan habituados á los modos y á las cosas de ella, condesciende la divina clemencia á hablarnos y á enseñarnos por maneras y por comparaciones, de las cosas de la tierra. Solamente se nos pide una condición: que, pues para la tosquedad de nuestro juicio nos dan estas semejanzas toscas, nuestra fe se despierte y se levante á considerar de allí la grandeza de las promesas, y á subirlas de la poquedad de la tierra á la grandeza del cielo; y de la miseria de acá á la riqueza de allá, y de lo que dan y pueden los hombres y las otras criaturas, á lo que da y puede Dios, Criador y Señor de todo.

Esta comparación, de hacer semejante el varón justo á un árbol que está verde y hermoso, es muy fre-

cuente en la Divina Escritura. El justo florecerá como la palma; crecerá como cedro en el Líbano (Salmo 92) y en el Libro de los Cantares (7) se dice que la estatura de la esposa es semejante á la palma; y otros muchos ejemplos que se podrían poner.

Ahora digamos la razón de la comparación y luego la aplicaremos al varón bienaventurado, que porque es justo le ponen desde aquí nombre y oficio como de bienaventurado. Entre lo que vemos acá, es cosa muy hermosa un árbol, y no hay nadie que no se alegre con verlo y que no vuelva los ojos á él. Imaginad, pues, un árbol que por junto á sus raíces pasan corrientes de agua que nunca jamás en todo el año le falta, que está muy verde, muy sano, muy lleno de hoja; cierto está que de este tal árbol se tendrá por averiguado que dará buen fruto. Pónensele estas condiciones particulares, porque después se entienda mejor la comparación. Decimos que sea árbol plantado á las corrientes de aguas; que sea de los que tienen todo el año hoja, porque éstos son los que ordinariamente quieren agua. Tal árbol como éste hará muy grande ventaja á todos los otros árboles, porque los otros están en duda si tendrán agua ó si no. Hales de llover del cielo; esto es cosa incierta, ni se sabe si será, ni á qué tiempo será. En parte del año tendrán hoja, en otra no la tendrán; unas veces la tendrán verde, otras la tendrán seca ó desmayada; un año dará fruto, otro no lo dará; una vez buen fruto, otras veces dañado; y

será necesaria cosa que hoy lo halléis con una enfermedad, mañana lo halléis con otra, y que, cuando más seguro estuviereis, lo halléis seco.

Es muy al revés de todo esto lo que tiene el otro árbol: tiene el agua segura; que llueva que no llueva, no le puede faltar savia, las corrientes de las fuentes pasan por donde él está plantado; su hoja nunca se cae, porque él tiene aquella naturaleza y nunca le falta agua con que la sustente siempre verde y hermosa: tiénese por cierto el fruto, porque no hay defecto por donde se pueda temer lo contrario de parte del cielo ni de parte de la tierra.

De esta manera dice nuestro Profeta que será el varón que, apartándose de mal consejo y de mal camino y de todos los otros males, se enamorare de la ley del Señor, y tuviere ejercicio en ella de día y de noche. Será como un árbol que, puesto caso que está plantado en la tierra, tiene perpetuas corrientes del favor del cielo. Y así como el árbol del campo que corren los arroyos junto á él, tiene el agua donde él más la ha menester y más provecho le hace, que es junto á las raíces, así el justo tiene las corrientes del favor del cielo para esfuerzo y para favor de las raíces en que está fundado, que son fe y esperanza y caridad, y todos los otros dones de arriba.

Por el agua aquí habéis de entender el favor del Espíritu de Dios el cual en la Divina Escritura es significado por agua, así como el justo es significado por

árbol. La mayor necesidad que la tierra tiene es de agua; sin ésta ella es luego seca y estéril, todo se consume y se pierde, no queda mantenimiento para plantas ni para animales ni para hombres, no se espera de la tierra seca sino cosas venenosas, enfermedades y pestilencias. Por el contrario, el agua lo recrea y lo alegra todo, lo reverdece y lo resucita, da nuevo parecer y nuevo sér á las cosas. No se puede imaginar otra comparación más propia en el mundo para el espíritu y favor del cielo, enviado por medio de Jesucristo, Libertador y Señor de los hombres, para remedio y renovación de ellas.

Así para significar el bien de la venida del Redentor, dice el profeta Isaías (35) que el lugar seco será tornado en estanque y el sedacal en manaderos de aguas: en la habitación de dragones, en su cama, será lugar de cañas y de juncos. Y en otra parte: Derramaré aguas sobre la tierra sedienta y ríos sobre la tierra árida: mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos (44). Convidando y exhortando á los fieles, que vengan á recibir los dones del Espíritu Santo, dice (55) que vengan á tomar agua, dando á entender juntamente la grandeza de la miseria en que los hombres estaban y del remedio que les venía. Ellos son como tierra seca, sin fruto y sin vida; lo que les viene es renovación, refrigerio y abundancia.

Volviendo, pues, á nuestro verso, dice que será el tal

hombre como árbol plantado á las corrientes de aguas, en lo cual se da á entender la gran liberalidad que la mano del Señor usará para con él. No dice que le darán agua sacada de alguna parte ó traída desde lejos; no que lo regarán á mano, por donde pueda temer escasez, no le señala un tiempo más que otro; sino que serán corrientes de aguas para todo tiempo y con grande abundancia. Será bien que vamos tratando esto algo despacio. Comenzamos á decir que las raíces del hombre justo están fundadas en la ley de Dios y en la obediencia de sus mandamientos, y que las raíces son fe, esperanza y caridad y todos los otros dones que son menester para contradecir y resistir á todo aquello que tiene enemistad y guerra con la ley y justicia divina y con la bienaventuranza del hombre. Estas raíces son favor del cielo y son espíritu de él y son sustentadas con él. Será bien que vayamos tratan-

Entiéndese también por las corrientes de aguas, la providencia y cuidado que Dios tiene sobre el justo, para guardarlo y librarlo de todos los trabajos y peligros de este mundo, de tal manera que no se pierda ni dañe en ellos ni halle impedimento alguno para ser bienaventurado. Dice señaladamente que este árbol está plantado, y no nacido de sí mismo como otros que la tierra produce sin industria ni manos de hombres. Este ser plantado es la elección divina, la cual es el verdadero fundamento del justo y la verdadera seguridad de su bienaventuranza. Ésta no tiene otro

fundamento ni otra razón, sino sola la voluntad divina, la cual hace de sus criaturas lo que á ella bien le parece; porque Dios es el Señor y el Hacedor de ellas y, como tal, se puede servir de las obras de sus manos. Lo que resta á vuestro cargo es que para más seguridad y más paz de vuestra misma conciencia, y para que tengáis una como certeza de ser elegido por Dios, fructifique en vuestras obras como es razón que lo haga el que es escogido de Dios y plantado en su elección (2a. de S. Pedro 1).

En todo esto que habemos dicho se ha declarado cuáles son las señas y obras del varón bienaventurado y justo, y de qué manera es favorecido y socorrido del cielo; porque ni él haría tales obras, si no tuviese tal favor y tales corrientes de aguas, ni tendría tal favor, si él no se aplicase á él, si no se holgase de alcanzarlo y tenerlo y de fructificar y hacer obras conformes á tal socorro. Fácil cosa es conocer por lo que habemos dicho, cuál es la primera y principal condición del justo: ésta es humildad y verdadero conocimiento de sí mismo, porque él no se plantó, sino plantáronlo; fuera estéril y desaprovechado, si no tuviera corrientes de aguas, las cuales no son de sí mismo, sino venidas y encaminadas de lejos.

Esta consideración es en grande manera necesaria para el hombre que quiere servir á Dios, y tiene tal ejercicio: que sepa que antes que pudiese hacer bien ni mal, lo eligieron y señalaron para que fuese justo,

y por justo, bienaventurado. No fué esto por sus obras ni por su merecimiento, pues tantos años antes que él pudiese obrar fué elegido. No se efectuara esta elección, si para el efecto y obras de ella no le viniera del cielo el favor. El mismo que lo eligió, Él es el que lo justifica, Él es el que lo favorece y sustenta, para que, conforme á la elección, haga obras, semejantes á las obras de su unigénito Hijo, pues fué elegido y señalado para que fuese semejante á la imagen de El (Romanos 8).

Queda pues de aquí en limpio que lo primero que ha de hacer el hombre, y hecho con grande atención, y hecho ordinariamente, es dar gracias á Dios que lo eligió de su sola liberalidad y misericordia. Responderá que él no sabe si es elegido, antes duda mucho de ello, y es gravísimamente tentado de lo contrario y sus obras le dan ruin testimonio. Diremos después á lo de las obras, y ahora diremos de lo primero. Lo que debe hacer es remitir todas estas cosas á la bondad y á la justicia divina, confiándose de ella con grandísima seguridad; creyendo firmemente que no puede ser ni pensarse cosa más derechamente guiada, que lo que ella tiene concertado. Todo lo demás le da muestras de grande favor; de llamarlo Dios á procurar con grande diligencia su salvación. La razón con que él mismo se ha de convencer para esto y persuadirse de todo esto y resistir á las tentaciones, es la misma que el salmo pone, que es verse plantado y na-

cido cerca de corrientes de aguas. La cuenta ha de ser ésta: la misericordia divina ordenó que naciese entre cristianos, entre gente que tiene verdadera noticia de Dios, donde antes que tuviese juicio para conocer mi bien ni mi mal, ni si era hombre ú otra cosa, fuí bautizado, libertado de mi cautiverio, fortalecido con dones de Dios, recibido en su amistad y gracia, contado en el número de sus hijos. De forma que, si entonces partiera del mundo, tenía por cierto el cielo y la bienaventuranza, y pues entonces no me llevó el Señor cuando yo estaba en su servicio, señal es que me dejó para más servirse de mí, si yo no huyo de su servicio.

Cuando crecí y tuve conocimiento, halléme junto á corrientes de aguas, en Iglesia cristiana, alumbrada con luz y aviso del cielo, donde está la revelación de la Palabra de Dios y el uso de sus sacramentos; donde están sus promesas y las prendas y fianzas de las mismas promesas. Hallé enseñadores de todo lo que me conviene, sin que me cueste otra cosa más de querer yo oirlo; soy cada día llamado, cada día exhortado, esforzado y castigado con la Palabra Divina.

Todo esto, corrientes de agua son, y corrientes son del cielo. ¿Qué queda, sino no huir de ellas? Señal es, pues me pusieron tan cerca, que para mí las envian; no hay otra mala señal sino apartarme yo mismo por mi sola voluntad. Si me allego, seguro está todo; y para poderme allegar, cerca estoy. De mis

obras soy juez; en esto sólo me conviene entender. Veo que las puedo hacer buenas, y las hago malas; quiero, pues, trocar el camino, ya que por aquí dice Dios que me ha de juzgar, en lo cual veo favores, siendo uno de ellos que no puede faltar la Palabra Divina que me tiene prometido socorro para que yo pueda obrar bien y defenderme del mal. Quiérolo pedir, que dármelo han, y aprovecharme con él para las cosas á que soy llamado.

Ésta que habemos dicho, es la cuenta que debe hacer el cristiano, y todos los otros secretos remitirlos á la sabiduría de Dios y fiarlos de su bondad y de su misericordia, y con esforzado y alegre ánimo procurar beber de las aguas que ve que corren tan cerca de sí. Con todo esto, mirad que todo lo que fructificare y todo aquel aparejo que para fructificar tiene, son mercedes de mano ajena; pues ni él se plantó, ni crió el agua, ni guió las corrientes de ella. Conoce que de sí mismo no es suficiente ni aun para un buen pensamiento con que Dios sea servido. En pecado fué engendrado y en enemistad del cielo, sujeto á ley de prevaricación y á malas inclinaciones. Si así se lo dejaran, árbol fuera en tierra estéril y seca; plantado solamente por mano de hombres, cuyo fruto fuera espinas con gusanos del demonio y de su propia traición.

Si otra cosa es, por ajena liberalidad lo es, y por liberalidad del Señor á quien él había ofendido gravemente y que ninguna necesidad tiene de él ni de sus frutos ni hojas. Si provechoso es, para sí mismo lo

es; suya es la necesidad, y suyo es el peligro. ¿Qué tienes, hombre, que no recibiste? y si lo recibiste ¿por qué te ensoberbeces y presumes de ello, como si no fuese ajeno ni dado por otra mano? (1a. Corintios 4.) Mira el peligro en que estás, que por grandes que sean tus bienes, el día que los tuvieres por tuyos y no los agradecieres á cuyos son, ese mismo día los pierdes, y si algo te queda de ellos, solamente es la sombra, que del verdadero fruto y provecho tu misma soberbia te dejó vacío (Epístola de S. Judas).

Eres tan ciego y tan ignorante de parte del linaje de donde vienes, del pecado en que te hallaste, de la locura y enfermedad que en tí mismo y en tus raíces tuviste, que todavía te persiguen los pensamientos de tu vanidad, la soberbia de tu desvarío, para querer presumir que eres lo que no eres, que vales lo que no vales, que mereces lo que te dieron, que tienen necesidad de tí, que te deben y que ganaste, y todo esto son las reliquias de tus perdiciones antiguas. Menester es que pelees con estas flaquezas, pues, por bien librado que estés, no puedes vivir sin ellas. Cuanto más combatido eres, y más las tienes en tu corazón, tanto tienes mayor necesidad de resistencia y contradicción. No te dejas de conocer, porque no esté bien claro y bien manifiesto aquello que deberías conocer; tus ojos tienen la culpa, que lo demás todo fácilmente lo verías. Procura pues abrirlos y, con atenta consideración, mirar tus bienes y males, y verás que los

males son tuyos y son ajenos los bienes. Vuelve atrás á lo que fuiste y mira que hallarás cuán mal árbol y cuán mal fruto. Conoce cuánto te persigue la carcoma de tus ruines inclinaciones, y entenderás que, si daño hay en el fruto, de aquí procede. Pára mientes que viene del cielo hermoso, que las aguas son claras y limpias, y que por solamente pasar por tí, sale con defectos y arrugas. Considera, ya que fructifiques, cuán poco es el fruto que das por tu sola culpa, por tu escasez y miseria; que la mano que te plantó, larga es; las aguas con que te riegan, en grande abundancia las envían. Entiende que, si no eres tan bien proveído, no es porque no te plantaron junto á las aguas; sino por los estorbos que tú te buscas, y por la pereza que tienes en quererte llegar á ellas.

Estos argumentos todos, y otros muchos que tú hallarás si quisieres entrar en tí mismo, hechos verdaderamente sin mezcla de tus lisonjas, concluirán contra tí y harán prueba de tus muchas faltas, y harán que sepas conocer los defectos de tí mismo; que vivas con mayor cuidado, que entiendas los bienes que tienes y de cuya mano los tienes. Castigarán juntamente tu soberbia, desterrarán tu pereza y encenderán tu deseo y celo. Baste esto para declaración de aquella parte del verso en que dice, que el justo será como árbol plantado á las corrientes de las aguas.

Pasemos ahora adelante á decir de los frutos de este árbol, los cuales han de ser muy semejantes á las

raíces que tiene, y al favor con que es regado y cuidado. Dijimos que las raíces eran fe y esperanza y caridad y los otros dones que acompañan y adornan estas virtudes. Los favores y riego son conforme á las raíces, razón es que el fruto sea conforme al favor y raíces. Así da por señas del justo y del bienaventurado, que dará fruto á su tiempo: que así como del árbol bueno y sano y bien plantado, de buen natío[1] y regado de buena agua y cuidado con diligencia, se espera el fruto á su tiempo con mucha certeza, así este hombre bienaventurado dará su fruto á su tiempo. ¿Cuál es el fruto? Fruto de fe, de esperanza y de caridad. ¿Cuál es el tiempo? El que le señala quien lo plantó.

Los pecadores de que primero tratamos, para sus malos frutos señalan ellos mismos sus tiempos. Fructifican sus malas obras cuando las pide su loco juicio y su vana sabiduría. Siguen en esto el antojo de su soberbia, de su ira, de su avaricia, de su deleite y su torpeza. El justo tiene por sazón de su fruto la que la justicia divina le pide. La prudencia humana, confiada de sí misma, de sus experiencias y avisos; enemiga de la simplicidad de la fe, mide y tantea sus tiempos, teniendo por cosa muy cierta que por allí ha de acertar. En los unos está muy soberbia, en los otros muy cobarde. Esto es cuando ella está muy libre y desapasionada á lo que de sí misma juzga. Cuando está señoreada de las pasiones y afectos que ahora di-

[1] Nacimiento.

jimos, soberbia y todo lo demás, no tiene otras sazones sino las de sus mismos afectos.

El justo como tiene por principal y por primera raíz la fe, así el primer fruto que da, es fruto de fe, que es confiar el tiempo de todas sus obras, de la Providencia y de la ley divina; siempre que le mandan ir, entonces va; no sabe poner excepciones, no sabe alegar prudencias; para de día y de noche no tiene otra luz ni otra regla sino la ley del Señor.

Ejemplo de este tal fruto tenemos en Abraham cuando le mandaron sacrificar su hijo. ¡Qué de excusas pusiera allí la sabiduría humana! que no era razón que él mismo fuese matador de su hijo, que era contra ley humana, contra toda inclinación de hombres; que ¿qué servicio podía ser para Dios la muerte de un niño inocente? Saliera la infidelidad por otra parte con falso color de fe, diciendo que por allí se impedía la verdad del Señor y el cumplimiento de su palabra, por la cual había prometido que de la sucesión de Isaac había de salir el remedio del mundo. ¿Cómo podía ser esto, muriendo sin sucesión? Atreviérase á glosar y entender de otra manera lo que el Señor le mandaba, y á cumplir con alguna hipocresía que le fuera poco costosa. Resistiera juntamente el propio interés y la propia afección de padre; queríalo para heredero y sucesor de sus bienes; amábalo como á hijo único de legítimo matrimonio, y nacido en su vejez.

Todo esto calló en Abraham, porque prevaleció la

fe en que él estaba fundado, la cual le enseñaba que no había otro tiempo para sus frutos y obras, sino el que señalase el Señor y el Autor de las mercedes. Fructificó la esperanza, porque no dejó de esperar y tener por cierto que el linaje y sucesión de aquel niño había de ser multiplicado sobre las estrellas del cielo, como las arenas de la mar; que de allí había de salir la bendición de las gentes. Tuvo esperanza contra esperanza, y lo que por una parte le quitaba la razón humana, le confirmaba por otra la palabra y verdad de Dios.

Así como al principio, cuando le fué prometido el hijo, no consideró su vejez ni la esterilidad y noventa años de Sara; sino que tuvo por cierto lo que el Señor prometía, así después no dudó en la sucesión de su hijo ni en la bendición del mundo, aunque se lo mandaban sacrificar siendo de tan pocos años (Romanos 4). Menos estuvo allí estéril la caridad, porque también dió su fruto como quien era. Pospuso el amor propio y el amor de la vida del hijo, al amor que se debía á Dios y así alegremente se determinó á matarlo. Hizo también esta caridad verdadero fruto para con el hijo y tuvo en ella regla y camino de amarlo acertadamente, porque conoció cuánto mejor le estaba á aquel niño morir siendo sacrificio de la voluntad y obediencia de Dios, que vivir muchos y muy prósperos años para la posesión y riquezas del mundo.

Éste que habéis oído, y de la manera que lo habéis

oído, es el tiempo y la sazón en que da el hombre justo su fruto. Árboles hay que dan en invierno fruto, mas no lo dan en verano; otros que lo dan en verano, mas fáltales en invierno. Aquí tomamos por comparación árbol que nunca le falta agua y que siempre tiene hoja, para que tenga condición y aparejo de dar fruto por todo tiempo.

Leemos en el Evangelio (S. Mateo 21) que pasando el Redentor por cerca de una higuera que estaba muy adornada y cubierta de hojas, se llegó á ella para coger higos y que, no hallando sino sólo hojas, la maldijo, y se secó, no siendo tiempo en que las higueras suelen tener fruto; lo cual pone á muchos admiración, y buscan la causa por que nuestro Redentor maldijo al árbol que no tenía fruto en tiempo que no lo había de tener, según regla de naturaleza. La causa es la que habéis oído. En aquel árbol que no sentía y que no era capaz de injuria ni de castigo, enseñó el Hijo de Dios á los hombres cómo habían de tener fruto en todo el tiempo que Él lo pidiese, y los amenazó con el azote que les estaba aparejado si no lo hiciesen así. La misericordia da ejemplo de castigo en lo que no siente el mal del castigo. Castiga la divina clemencia al árbol que es sin sentido, y da término al hombre y espacio para que se convierta á Él.

Es luego la regla general, que este árbol del justo no tiene de sí el parecer, ni la elección del tiempo en que ha de dar fruto; sino que lo ha de dar conforme

á la voluntad del Señor. Y así como le enseñamos que se apartase de andar en consejo de malos, de estar en camino de pecadores, de asentarse en silla de burla, declarando que por estas tres cosas se entendían todas las acciones malas, y luego le amonestamos que tuviese en la ley de Dios su voluntad y se ejercitase en ella de día y de noche, que quiere decir en todas sazones y en todas sus obras, así ahora le decimos que tome por guía de sus elecciones la ley y voluntad del Señor, y que esté aparejado para dar fruto en todo tiempo; pues en todo tiempo lo riegan y tiene perpetuas para este efecto las corrientes de las aguas.

Todos los frutos de los árboles son semejantes á su origen y á su linaje y conformes á la virtud y principio que tienen en sus raíces. Pues por este camino pedimos aquí los frutos. Las raíces son de fe; si verdaderas son, producirán fruto de fe. Ninguna adversidad, ninguna pobreza, ningún trabajo, ninguna afrenta será bastante para volver atrás en la confesión del nombre de Dios; en manifestar y mantener su verdad; en seguir su justicia y sus mandamientos; en permanecer y estar firme en ellos; en creer y tener por cierto que lo que dice Dios es verdad; que son sus promesas sin falta; que es grande merced que le hace; que lo guía por buen camino; que le dará próspero fin, que lo sacará con victoria y grandes mercedes y premios.

Que ninguna cosa de estas ni de otras muchas que se podían pensar, tenga fuerza ni sea bastante para

estorbarle aquella alegría que nace de la esperanza; que en medio de los trabajos, en medio de los tormentos lo consuele el placer de que ha de ver á Dios, de que ha de gozar de estar en su compañía y servicio para siempre jamás; que lo ha de sacar alegre de todos los trabajos y tentaciones en que se viere. Que no haya necesidad, no atadura que le estorbe para que no tenga caridad con su prójimo; que en todo tiempo halle su hermano abierto su corazón para perdonarlo y para quererlo y para rogar á Dios por él; en todo halle aparejada su lengua para honrarlo, sus manos para favorecerlo, y que la necesidad ajena sea la regla y el verano de su fructificar.

Que con estas mismas armas venza siempre al demonio y al pecado. Con la fe esté tan firme en lo que manda Dios, que no basten todos los intereses que le prometiere el demonio para desasirlo de ella. Con la esperanza esté tan alegre, que no trueque su placer ni la paz de su conciencia ni el celo de la gloria de Dios, por todos los deleites, por todos los contentamientos que pueden venir del pecado; su placer tenga por el verdadero, y el del demonio por feo, por falso y por venenoso. Que tenga tanta caridad con su prójimo, que no pueda el demonio con todas sus artes y mañas, alzarle las manos ni ojos para contra su fama ni contra su honra ni contra su hacienda ni contra su mujer ni contra su hija ni otra cosa que le tocare.

Oído habéis de las raíces, oído del fruto y del tiem-

po en que se ha de dar. Ahora es bien que oigáis de las hojas. Ya sabéis que hay muchos árboles que en acabando de dar el fruto, pierden la hoja; otros hay que, aunque hayan fructificado, quedan siempre con su hoja como con promesa y fianza del fruto que han de tornar á dar. Á esta comparación apunta aquí el Profeta, diciendo que el árbol á quien es comparado el justo, aunque ha dado fruto, no se le cae ni desmaya la hoja. Por esta comparación amenaza Dios á los malos en Isaías (1): Seréis como el olmo que se le cae la hoja, y como huerto que le faltaron aguas.

Las hojas hacen hermoso al árbol, danle buen parecer y alegría para quien lo mira; son señal de estar bien regado y cuidado, sirven de guarda y amparo para la fruta. De esta manera tiene sus hojas el varón justo, son santas muestras y santos ejemplos, sin escándalo de nadie. Una de las cosas que más convienen al cristiano es tener tal compostura y tal concierto en su vida, en sus pláticas y en su hábito y en todas las otras muestras, que edifique en el prójimo buen ejemplo, de manera que nunca se vea en él ni una sospecha de menosprecio del escándalo que puede dar á su hermano; para lo cual ha de condescender en muchas cosas para con la flaqueza de los otros, aunque para él no le haga más al caso el dejarlas, que el tomarlas.

Muchos árboles hallamos que tienen hoja y no fruto, como tenía la higuera en el tiempo que nuestro Redentor llegó á ella; así hay hombres de mucha apa-

riencia, y que en las muestras quieren dar á entender que tienen fruto, aunque no lo tengan. Tienen tan compuesta la hoja algunos de ellos, que basta para engañar á los hombres; á Jesucristo no pueden engañar, como no lo engañó la higuera. La ira que contra éstos tiene, declarólo en maldecirla y en secarse ella en aquel punto. Arbol que tenga fruto y no hoja, cosa es que no lleva camino; mala sazón tiene el fruto del árbol sin hoja, cosa es siempre desaprovechada.

Por estos tales árboles es figurada otra suerte de hombres no menos vanos que los primeros, los cuales quieren dar por disculpa del escándalo de su vida, de las aficiones de sus intereses, de la libertad que se quieren tomar, cierto espíritu que tienen de dentro, cierta privanza con Dios, cierta intención santa y buena, según ellos dicen, con que quieren no ser juzgados, y juzgar ellos, menospreciar y excusar lo que se les pide y la razón les demanda, pretendiendo no ser como otros, y particulares licencias para no serlo. De éstos siempre hubo muchos en la Iglesia de Dios, y los habrá siempre. Contra los cuales escribe en muchos lugares el apóstol S. Pablo, enseñando que en todo cuanto la ley de Dios sufre, y no viene en diminución de la verdad y gloria del Evangelio, se tenga paz con los hombres. Bien podía él comer carne sin punto de ofensa de Dios, y sabía que importaba muy poco comer ó no comer de lo sacrificado (1a. Corintios 10), y con todo esto dice (1a. Corintios 8) si vie-

se que de ello se escandalizaba su hermano, la dejaría de comer todo el tiempo de su vida.

Bueno, dice, es no comer carne ni beber vino, y dejar de hacer cualquiera cosa por donde tu hermano tropieza ó se escandaliza ó recibe flaqueza. Tú dices que tienes fe y que sabes lo que es necesario y lo que no es necesario, lo que hace al caso ó no hace; bien has dicho, guarda esa fe y esa certeza para contigo y para con Dios, mas en las muestras de afuera ten consideración y respeto á la flaqueza del prójimo (Romanos 14). En caso de cumplir el mandamiento de Dios á que somos de fuera obligados, no hay respeto de hombre poderoso ni débil, sabio ni ignorante, ni hay muerte ni vida, por quien se haya de dejar: en todas las otras cosas, grandes consideraciones se han de tener al sosiego y á la paz de la conciencia del hermano, y en muchas cosas ha de tener el hombre por bien, de perder su contentamiento y su libertad, por fin y respeto de conciencias ajenas y de juicios ajenos.

Grande libertad era la que tenía el Apóstol, pues tenía la del Evangelio y la del espíritu de él, la cual él muy bien entendía; con todo esto dice (1a. Corintios 9) que siendo libre para con todos, se había hecho siervo de todos para ganar á más; se hizo á los judíos como judío, por ganar á los judíos: á los que estaban sujetos á la la ley, como sujeto á la ley, por ganar á los que estaban sujetos á la ley. Grande es la libertad que el Evangelio permite, mas grande con-

sideración se ha de tener á que so color de libertad de espíritu no sigamos libertad de carne, el cual engaño siempre fué muy perjudicial en la Iglesia cristiana.

Prosiguiendo adelante las hojas de nuestro árbol, digo generalmente que cada uno en su estado y en su vocación ha de estar siempre no solamente con fruto, mas también con hoja, y con hoja verde y de buen parecer; y que es burla y engaño muy grande el que excusa su libertad ó lo que quiere hacer, con decir que da fruto de obras ciertas y verdaderas, y que no ha menester tener hoja. La diferencia de la vocación que cada uno tuviere hará que, aunque en la fruta sea semejante con todos los otros, en la hoja haga alguna diferencia; mas todos han de tener fruta y todos han de tener hoja.

El que se viere llamado al oficio de la Palabra de Dios, no sólo se ha de contentar con hacer las obras que debe, como uno de los otros, que es el fruto de que para consigo mismo tiene grande necesidad; mas ha de tener hoja para con todos, sin la cual no tiene excusa con decir que fructificó para sí, y que no es menester más. Si anuncio el Evangelio, dice el Apóstol (1a. Corintios 9), no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad, y ¡ay de mí si no anunciare el Evangelio! En este tal la hoja será la doctrina y toda la otra diligencia que conforme á tal oficio debe tener para la vida y para la palabra.

De estos árboles hace mención el profeta Ezequiel

(47) en la visión en que se le representó la ciudad de Jerusalén, por quien se entiende la Iglesia. Entre muchas cosas de las que allí vió es una el arroyo de agua que salía del santuario é iba siempre creciendo hacia la parte de Oriente. De la una y de la otra parte de este arroyo dice que había árboles con mucha fruta, que cada mes acudían con ella, y las hojas de ellos eran para medicina. Este arroyo es las corrientes de agua de quien habemos tratado, que proceden del santuario, que es la presencia de Dios. El crecimiento que siempre lleva es la abundancia de la misericordia, y la largueza con que se nos comunica. Los árboles de la una y la otra ribera son los justos. Nacer de una y de otra parte, significa la palabra y misericordia divina no ser estéril, sino que halla en los hombres en quien haga su efecto con grande poder y eficacia.

El fruto son las buenas obras y guarda de la ley de Dios, y éste dice que era para manjar, del manjar que Cristo nuestro Redentor dice que tenía hambre, cuando habiendo hablado con la samaritana, respondió á sus discípulos, que Él tenía un cierto manjar de que ellos no tenían conocimiento (S. Juan 4). Las hojas son las muestras y buenos ejemplos, de que ya dijimos que son para medicina de los enfermos. No hay mayor medicina para el soberbio, que el ejemplo del humilde; no otra para el injuriador, que la paciencia del injuriado; no otra mayor afrenta ni mayor azote para

el engañador, que la bondad y simplicidad del justo. Si tu enemigo, dice Salomón, tuviere hambre, dale de comer, y haz cuenta que encendiste brasas sobre su cabeza (Proverbios 25), avergonzástelo con tu obra, provocástelo con tu buen ejemplo á que siga la virtud.

Para los infieles y naciones extrañas, medicinas son las hojas del pueblo cristiano, si son cuales deben de ser. Mas por nuestros pecados, si ahora entrase un moro ó un turco, no teniendo conocimiento de la verdad de nuestra doctrina, sino queriendo juzgar por lo que viese en nosotros, la certeza de la ley que seguimos, ¿qué medicina hallaría en nuestras hojas cuando viese nuestras soberbias, oyese nuestras locuras, experimentase nuestras venganzas, conociese nuestras supersticiones, alcanzase á entender el uso y la práctica de nuestras mentiras, de nuestras deshonestidades, de nuestra avaricia y de nuestros robos, la profanación de las cosas sagradas, la blasfemia y el menosprecio de la misma religión que decimos que tenemos? No hay duda sino que juzgaría siniestramente de la grande verdad que Dios nos ha revelado, engañaríase él y haría engañar á otros. Y de todos estos engaños nosotros seríamos y somos la causa; y bien se parece en los castigos que de la divina mano nos han venido, cuán ofendida tenemos su Majestad con este pecado, por dar tan mal olor en el mundo de los bienes y mercedes que nos ha hecho sobre todos los otros hombres.

Dejemos ahora esto y pasemos á lo que unos á otros

debemos, y la manera con que nos pagamos, ya que de las naciones extrañas no hagamos caso. En todos los estados la hoja será aquello que cada uno general ó particularmente debiere en las muestras y señales que ha de dar para con los otros. Si esta regla es verdad, ¡cuán sin excusa quedarán muchos que pretenden que son cristianos, que, ya que no los juzguemos en las obras y guarda de los mandamientos, á lo menos ponen gran diligencia, y sabemos que la ponen, en no tener buena hoja! Hojas son las palabras, hojas son los ejercicios, hojas son los vestidos y aderezos de la persona, y hojas son otras muchas cosas y maneras con que se vive. La licencia que en todo esto hay, la soltura y demasía ha llegado á tales términos, que de lejos ni de cerca no hallaréis hoja de la que nuestro salmo pide, no buen parecer ni color; sino árboles secos y tristes (Epístola de S. Judas), y que con todo esto porfían que están cargados de fruta y que no es menester más.

Si queremos parar mientes en la mayor parte de las palabras y pláticas que se usan, las unas son todas soberbias, todas son amenazas, todas son fierezas, todas son vanidades, todas son grandezas; las otras todas son torpezas y desvergüenzas, y si todo esto no es claro para los ciegos, no lo deja de ser para los que ven, aunque sean cortos de vista. Esto es lo que suena por las calles, lo que se trata en conversaciones, que ya el menor inconveniente y la mejor hoja que en este caso

se puede hallar es que sean palabras ociosas y que juntamente no sean viciosas. ¿Qué plática hay ya, que no sea en perjuicio del prójimo para quien la oye, ó muestra de vanidad y locura para quien la dice? ¿ó que no dé ocasión de ruines pensamientos, de locos y vanos acuerdos y de malos ejercicios?

En todo ha de ser santa la conversación del cristiano, grande mansedumbre ha de haber en sus tratos; exhortar tiene con la palabra, grande reprensión han de tener sus muestras contra los que se desmandaren, ya que su lengua no hable; finalmente, en todo lo que sus hermanos pudieren juzgar acerca de lo exterior, ha de hacer representación con que dé testimonio que es criatura y hechura de Dios, alumbrada por la palabra de su unigénito Hijo, y celosa de su gloria.

Hojas son estas de que hablamos, las cuales sirven para ojos ajenos y para la conservación del buen fruto. El dueño del árbol contentarse ha por ventura con que su planta lleve buenos frutos, y no se matará por las hojas; mas el que pasa por el camino, quiere buena sombra y buen parecer. El dueño del árbol Dios es, que sabe vuestro corazón, y vos también sois el que en alguna manera lo sabéis; para con Él y para con vos, cuanto á lo que toca al fruto, rematada tenéis cuenta; Él es testigo de vuestra fe, de la simplicidad de vuestro corazón y de la limpieza de vuestras obras.

Mas dice con esto, que no os plantó para sí solo; porque, á ser de esta manera, plantáraos en un rincón

donde Él solo os viera y solo gozara de vos. Tened atención á que os puso en público campo y en pública huerta del mundo, y que no sólo quiso Él el fruto, mas que juntamente dieseis á los que os mirasen recreación, placer y contentamiento con vuestras hojas y sombra, y les dieseis ocasión á que por este motivo bendijesen al Señor que os plantó.

Mucho parece que me he detenido en esto, porfiando y repitiendo unas mismas sentencias, porque sé que aun con toda esta porfía no lo entenderéis, ó á lo menos no lo querréis entender. Y pues yo he ya cumplido con lo que parece que soy obligado, bien será que dejemos esto, porque podamos proseguir lo que resta para entera declaración del verso.

Mas con todo, primero que demos fin á este lugar, es bien que sepáis las condiciones de las hojas que nacen de nuestro árbol, que es, no sólo no caerse, mas no marchitarse. Esto quiere decir también allí por presuposición, el vocablo hebraico. La hoja que no se marchita ni se descolora, no se cae. ¿Que quiere decir esto? Quiere decir que este celo y cuidado de buen color no ha de desdecir ni aflojar en el buen cristiano. Como hay diligencia para la fruta, la ha de haber para esto. Quiere decir más, que este árbol de que tratamos está siempre en un sér. Al verdadero cristiano lo que le conviene de su fruto y de sus hojas para un tiempo según el estado de su vocación, aquello mismo es lo que le conviene para otro tiempo,

si la caridad no le enseñare otra cosa mejor. Sería largo proceso, si quisiésemos particularmente proseguir esto en todos los estados, y declarar cuáles son las hojas que cada uno en su profesión debe tener, y cómo no se han de caer ni han de perder su color. Aunque ninguno habrá que verdaderamente desee poner su voluntad en la guarda de la ley del Señor, que este mismo deseo no baste para enseñarle todo aquello que por la brevedad del tiempo aquí queda por enseñar. En una cosa han de convenir todos, la cual es regla y doctrina general para todos, esto es la obediencia exterior de la Iglesia, señalada para el concierto y unidad de los fieles para la conformidad y enseñamiento de su doctrina, para el ejemplo que entre sí han de dar unos á otros, y todos juntos á los infieles, para la administración y participación de los sacramentos.

Estas son hojas de santa y de verdadera religión, que en el verdadero cristiano presuponen verdadero fruto, y el mismo fruto las quiere y demanda para compañía y conservación de sí mismo. Hay entre estas cosas unas de mayor necesidad y mayor importancia que otras, más ninguna hay tan liviana, en la que no se haya de tener gran respeto al escándalo del prójimo, y á la muestra de la obediencia que cada uno debe dar. No habéis de entender aquí que sea obligado el cristiano á seguir las invenciones que cada uno quisiere inventar é introducir; con la Iglesia habemos

de tener cuenta, porque ésta es nuestra madre, y ésta es nuestra enseñadora, y ésta es á quien debemos particular obediencia, y no ha de tener nadie atrevimiento de, por la invención y norte de su cabeza, tomar autoridad de Iglesia, y pedir y enseñar nuevas obligaciones á los fieles, ni ellos las han de recibir por tales.

Concluyendo con nuestro verso, digo que, así como ninguna contradicción ni adversidad basta para poner estorbo al verdadero cristiano que no dé fruto á su tiempo de aquello que es obligado á tener en su corazón, así no hay cosa que baste para hacer que se le caiga la hoja de la profesión exterior, y del ejemplo que debe dar como árbol que tiene en sí verdadero y cierto fruto. Digo que no solamente no se le ha de caer esta hoja, mas no se le ha de desmayar, ni ha de mudar de color; quiere decir, que nunca ha de señalar muestra de flaqueza de volver atrás en aquello que le manda Dios.

De esta hoja estuvieron siempre acompañados los santos mártires y los santos confesores; con ésta estuvieron siempre verdes aquellos grandes varones que fueron probados y ejercitados con muchos y muy diversos trabajos y diversas tentaciones. No sólo quiere Dios que le den fruto, no sólo quiere que le sirvan, mas que le den y que le sirvan alegremente. Ninguna razón hay para que caiga ni desmaye la hoja en el santo árbol del justo: siempre tiene agua, siempre tiene abrigo y favor, ¿por qué no ha de tener siempre

hoja y hermosa hoja? Los árboles á los cuales falta el agua, no es maravilla que algún tiempo estén tristes y sin hojas y sin fruto, mas el árbol siempre favorecido é igualmente favorecido, nunca debe estar sin ello.

Es bien que entendáis ahora que en esto que habemos dicho hay juntamente promesa de parte de Dios, y lo que de parte de sí ha de obrar el varón justo. Digo que estas mismas palabras: será como el árbol plantado á las corrientes de las aguas etc. son promesa que hace Dios para con él, y son demanda de lo que él ha de hacer para con Dios. El Señor dice que Él lo favorecerá y tendrá cuidado de él para que siempre tenga aparejo de dar fruto al tiempo que se le pidiere, y para que nunca le falte ni se le desmaye la hoja; y le exige que él corresponda de tal manera que nunca lo hallen sin fruto y nunca lo hallen sin hoja.

Los favores de parte de Dios son, como ya dijimos, fe, esperanza y caridad, y estos mismos son las raíces del árbol; el fruto y hojas de estas raíces es lo que se le pide, que es la ejecución de las obras de fe, de esperanza y de caridad; y el pedírselo es grande favor, pues le ayudan para ello. Estas raíces planta Dios en el escogido y en el que se siente necesitado de ellas, y las busca con grande deseo, y las pide con grande congoja, y las pide al que las tiene. Estas son siempre sustentadas con corrientes de continuos favores en el que no las quiere perder y conoce que en tenerlas tiene bienaventuranza, y en la hora que le faltan es es-

clavo de la perdición y de la malaventura. El favor con que más se sustentan es el ejercicio de ellas; las ocasiones del ejercicio favores son de Dios. Todas las veces que el hombre se ve despertado ó se ve forzado á que, si no se quiere perder, haga obra de su fe, que se afirme y se fortalezca en su esperanza, se comunique y aproveche á otros con su caridad, corriente es que le viene del cielo, para el sustentamiento de sus raíces, para la fertilidad de su fruto, para la hermosura y multiplicación de sus hojas. En las plantas materiales hay muchas que se dejan vencer de las injurias del tiempo; el invierno es su adversario, y no hay en ellas poder para no quedar maltratadas y despojadas de todo.

Los árboles de nuestra justicia tienen una condición, que lo que por una parte parece su adversidad, por otra es su prosperidad y su riego. Trabaja el demonio por derribarlo, y pide el socorro á Dios que es el Señor de la huerta y el que primero lo plantó en ella y á quien se le debe el fruto. Favorécelo de tal manera, que aquel invierno es su verano. Sale de aquella porfía con las raíces más afirmadas, con el fruto más abundante, con la hoja más hermosa, con aparejo y más fuerza para ser mejor adelante. Porque no se toma el demonio con él, sino con el Señor que lo favorece y le envía las corrientes, el cual no sabe faltar cuando lo llaman los suyos. Cercano está Jehová, dice el Profeta, de todos los que lo invocan, á to-

dos los que lo invocan de veras (Salmo 145). Llamarlo ha de verdad el que conociere de verdad su flaqueza, y pusiere cierta y firme confianza en la palabra y promesa divina. Si los hombres se ejercitasen de día y de noche, como dice nuestro salmo, en la Palabra y ley de Dios, tendrían muy á mano sus avisos, muy continuos sus ejemplos, muy entendidas sus maravillas, muy tratados sus misterios; y no sería posible que no se aficionasen tanto á ella, ni que dejasen de entender tanto de la bondad y misericordia divina, que en sus trabajos y adversidades no conociesen el favor y la mano poderosa de Dios y los caminos por donde los guía para ser bienaventurados.

Á estos tales no les es adversidad la injuria, no la pobreza, no la persecución, no la enfermedad ni la muerte. Por parte del mundo y por parte del demonio que siempre anda entendiendo en esto, esterilidad son para los buenos árboles, heladas para destruirlos y para no dejarles fruto ni hoja; mas por parte de Dios que tiene cuidado de ellos, y tiene su favor prometido, crecientes son para sus raíces y para hacerlos mejores. Fiel es Dios que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar (1a. Corintios 10). Es tan encarecidamente fiel, que no mide la tentación con solas las fuerzas que nosotros tenemos, sino con las que Él pone con nosotros. Es suyo lo más del caudal, y el provecho todo nues-

tro; y pretende honra en favorecernos y en sacarnos vencedores, si nosotros pretendemos su gloria en cumplir sus mandamientos.

Ninguna cosa hay en el mundo que pueda acontecer al hombre, que, si él anda en la ley de Dios, no entienda y experimente que son corrientes del cielo, para que más fructifique y más ganancia atesore en su bienaventuranza. El pobre que ha menester tu hacienda, el perseguido y necesitado de tu favor, la verdad por quien padeces, el trabajo que te busca, pruebas son de tus raíces; ocasión para que fructifiques, y si así es, corrientes del cielo son; no hay por qué apartarte de ellas, pues te exigen lo que te dieron, dante lo que te han prometido, pídente lo que prometiste, y añaden sobre lo que tienes.

Suele ser la cruz en el mundo cierta compañía del justo. Con esto suele él pagar la justicia que aborrece, con esto toma venganza de la verdad con que es afrentado. Esta es la última diligencia con que el demonio quiere desarraigar á los buenos de la obediencia y heredad del Señor. Y como él y el mundo son á una en este caso, y son tan grandes artífices, son también muy grandes los trabajos en que se ven los justos, si quieren permanecer justos entre tanto que están en el mundo. Mas de todos los saca Dios, y los saca con tal victoria, que ellos son más bienaventurados, y el mundo y el demonio quedan más vencidos y con más afrenta, porque este es el género

de mayor injuria con que los quiere maltratar el Señor.

El medio y el instrumento con que Dios afrenta al demonio y al mundo, son los justos cuando salen vencedores en la adversidad y en la tentación. Ejemplo de esto tenemos en Job, á quien Él opuso contra toda la victoria y vigilancia de Satanás (Job 1). Así el demonio, como aquel que se tiene por afrentado de ser vencido del justo, desesperado ya de sus fuerzas, huye de él, según el Apóstol dice: Resistid al diablo, y de vosotros huirá (Santiago 4).

Resta ahora que digamos de la última condición que tiene el árbol de nuestra comparación: ésta es que todo lo que hiciere será prosperado. Grande es esta promesa, en que David con espíritu del cielo, en nombre y con palabra de Dios, afirma que todo aquello en que el justo pusiere las manos saldrá con próspero fin. No entiende esta prosperidad ni la puede conocer el juicio del mundo; con ojos de fe la habemos de penetrar y entender, para los cuales es cosa muy clara. La hora que tuviéremos cierto en nuestro corazón que el poder de Dios está con nosotros para favorecernos, que nos guía su sabiduría y nos busca su misericordia, seguros podemos estar que todo lo que hiciéremos saldrá con prosperidad y con muy grande ganancia. De lo primero ha de estar cierto el que sigue la ley de Dios, de donde se sigue luego, que lo segundo es regla infalible y sin falta.

Si el hombre fuese el que trata sus negocios propios, podría justamente dudar si tendrían próspero fin ó si lo tendrían adverso; mas siendo Dios el que los trata, ¿cómo puede haber tal duda? Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros? (Romanos 8). Imaginad vos que hubiese un cierto género de mercadería en que estuviese muy cierta la ganancia por cualquiera vía que fuese, y que en ninguna manera se pudiese aventurar peligro de perder en ella; que si se hundiese en la mar, ganase mucho su dueño por haberse hundido; si llegase en salvo á la feria, ganase mucho; si la robasen los enemigos, si se carcomiese, ó si se dañase de cualquiera cosa de estas, se le aumentase grande ganancia. Que de cualquiera manera que viniese la nueva, se alegrase el mercader y diese albricias al mensajero, sabiendo de cierto que por allí se le encaminaban grandes tesoros. De esta manera son los negocios del justo puestos en la mano de Dios.

Señor y Dios mío, dice en otra parte nuestro Profeta, en vuestras manos están mis suertes (Salmo 31). Si estuvieran en otras manos ó en las mías, viviera con recelo si me habían de salir buenas ó me habían de salir malas; mas estando en vuestro poder, en vuestro saber y misericordia, cierto estoy de buena salida. Mi buena dicha no está en más de querer yo poner mis suertes en vuestras manos, y de contentarme de ello, que en todo lo que saliere, cierto estoy de buena dicha. Viéneme de vuestra mano la enferme-

dad; si quiero yo conocer que de ella viene, y tomarla como tal, grandes son las riquezas y la buenaventura que me trae mi enfermedad; si me viene salud, riquezas vienen con la salud. Si vos, Señor, sois servido que yo sea pobre, grandísimos son los tesoros que están encubiertos con esta pobreza; si permitís que sea rico por el camino de vuestros mandamientos, los tesoros de la pobreza se pasan á la riqueza. Pusísteisme en estado de honra, seguro vivo que se me guían por aquí grandes y prósperos fines; vivo afrentado y perseguido en el mundo, en esto está mi ganancia. Tengo de comer en la tierra, á logro me ha de salir; vengo á morir de hambre, la misma ganancia tengo. Muero de la enfermedad, grandísimas son las riquezas que están secretas en esta muerte; dejáisme con la vida, para grandes bienes me dejáis vivo.

Finalmente, no puede escapar sin ganancia el que confía sus suertes en la mano del Señor. La manera de ponerlas en sus manos es la guarda de sus mandamientos, con cierta y con firme fe que lo guía la providencia y misericordia divina para darle próspero fin. En estas manos tenía puestas sus suertes el apóstol S. Pablo que á todo se hallaba y todo lo tenía por bueno. Sé estar humillado, dice, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado así para hartura como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad: todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Filipenses 4).

No nos debemos de maravillar que los grandes amigos de Dios, de quien la Divina Escritura hace mención, recibiesen tan grandes mercedes en los favores de esta vida y de la otra, y alcanzasen tan grande testimonio de la boca del mismo Señor que los favoreció; pues tan grandes ventajas nos llevaron en confiar sus negocios de la voluntad y mano de Dios, teniendo certísima fe que, no apartándose ellos del cumplimiento de sus mandamientos, teniendo aficionado á esto su corazón, nunca siguiendo otros caminos ni otros consejos, todo les había de suceder con grande prosperidad.

Los sucesos y buena dicha de Abraham, de esta raíz procedieron: nunca dudó de su felicidad y de la alegre salida de sus trabajos, aunque se halló en tierra ajena, perseguido de cananeos, ahuyentado y desterrado de nuevo por grande hambre; despojado de su mujer, sin legítima sucesión de hijos para herencia de su patrimonio y para la grande esperanza de su linaje. Como lo tenía todo remitido á la bondad, á la misericordia y á la promesa divina, de todo salió prósperamente. Á la grande pobreza y miseria en que tantos años se vió en la tierra de Canaán, sucede grande autoridad, grande abundancia de riquezas y bienes en la misma tierra. Esle restituida su mujer, con grande temor que Dios puso en los que se la tomaban; alcanza victoria de sus enemigos; en el extremo de la vejez y de la esterilidad de Sara recibe hijo de bendición, y de quien salga la bendición de todas las gentes.

Por este mismo camino fué guiada la prosperidad de Jacob: en Siria se le multiplican los hijos y la hacienda, sale alegre y victorioso de la persecución de Labán, halla amansada la ira de su hermano Esaú, alcanza con él paz y favor; en el fin de sus trabajos muere próspero y honrado en Egipto, cercado de todos sus hijos, de grandísima multitud de los de su sucesión y linaje.

De esta misma raíz nació el grande estado y mando de José que, después del peligro de la muerte que sus hermanos le querían dar, después de vendido por ellos mismos, y padecidas las persecuciones y las cárceles de Egipto, llega á ser príncipe tan poderoso, sustentador de toda la tierra y de su propio pueblo. Por aquí se encaminó la prosperidad de Job, con restitución de doblada hacienda de la que había perdido, con darle de nuevo Dios tales hijos y tales hijas, con hacerlo tan principal y tan señalado en las regiones de Oriente y con tan largos años de vida.

De aquí nuestro profeta David tuvo tal salida de sus trabajos y afrentas, de aquí es tantas veces librado de la mano y persecución de Saúl, de aquí tantas victorias de sus enemigos, de aquí vuelto á la posesión de su reino, de aquí pacificado y confirmado en él, de aquí, después de su muerte, vale tanto su memoria para delante del Señor, en quien él puso su confianza, que siendo sus descendientes tan malos y por esto duramente castigados, en medio de los castigos dice Dios

que por amor de David no quiere rematar su linaje ni quitarlo de la posesión del reino; que su voluntad es que quede siempre candela encendida y hombre de aquella sucesión que sea rey y se asiente en la silla de David, en prueba y memoria de la grande fe y amistad que con él tuvo.

Fueron estos santos varones tentados gravísimamente, probados con grande rigor, acompañados con durísimas cruces; tuvieron sus prosperidades grandes principios, grandes medios y grandes mezclas de adversidad, mas tuvieron en todo tan grande fe y tan grande constancia, que nunca por eso se apartaron de los mandamientos de Dios; antes se confirmaron más en ellos y se arrepintieron profundamente por cualquier caso que aun livianamente los hubiese hecho titubear. Estuvieron ciertos que, si ellos no se apartaban de la voluntad del Señor, Él nunca se apartaría de hacer con ellos como quien Él es. Las adversidades imputábanlas á sus propias culpas; parecíales que eran muy liviano castigo para la grandeza de sus pecados. Conocían que todo aquello era piadosa disciplina de misericordiosísimo Padre que los quería enmendar y poner uno como freno para que no se perdiesen. Sentía su carne la amargura de los trabajos y persecuciones, deseaba cosas conforme á su gusto, mas su espíritu se esforzaba y experimentaba grande contentamiento de que la voluntad del Señor se cumpliese, de fiarlo todo de sus manos, de esperar siem-

pre la salida que su misericordia quisiese dar, conociendo que de tan buena mano no podrá salir sino buena suerte.

Las prosperidades que les sucedían no los alegraban tanto por lo que á ellos tocaba, que aparejados estaban para mayores trabajos, cuanto porque conociesen los hombres cuán buen Señor era el que ellos seguían, cuán amigo de sus amigos, cuán cierto y cuán verdadero en lo que prometía, y que, aficionados á estos regalos, comenzasen á entrar en el conocimiento de su grandeza y poco á poco fuesen despertados á entender cuán acertada cosa era confiarse del todo en Él. Por esto la Divina Escritura los pone por ejemplo de lo que han de hacer los hombres para con Dios, y de quien es Dios para con los hombres.

El que los quisiere imitar en la fe, no ha de pedir salida que forzadamente tenga en este mundo color de prosperidad. No ha de tasar reino de David, ni riqueza de Abraham, ni la multiplicación de los bienes de Job. La hora que porfiadamente los quiere imitar en esto, ya no los imita en la fe; ni ellos dejaran de ser fieles, aunque nunca les sucediera; ni sucedió así á todos los fieles, ni igualó con grande cantidad la prosperidad que en esta vida alcanzaron con las cruces y tormentos con que fueron ejercitados.

Muy otro es el sentimiento que ha de concebir de estos tales ejemplos el varón espiritual. Darános el Señor espacio con que podamos tratar esto otro día.

Basta ahora que en suma saquemos de aquí una regla para el hombre que quiere ser cristiano y para verdadera declaración del verso de nuestro salmo. Lo primero que éste debe hacer es tomar por cierta y universal regla de su bienaventuranza la guarda de la ley de Dios, y el cumplimiento de su voluntad. Entre tanto que en esta vida estuviere, para remedio suyo y de los que tuviere á su cargo, aprovecharse ha de los medios que la misma ley y la Providencia divina le tienen enseñados y permitidos. Huirá de tentar á Dios y tendrá siempre en su memoria que vive en tierra de trabajo y de cruz, y que está contra él pronunciada sentencia que con el sudor de su rostro coma el pan de su mantenimiento (Génesis 3).

Nunca admita socorro ni consejo que no fuere conforme á la Palabra Divina, ni por muerte ni por vida ni por todos los bienes ni males que en esta vida pueden acontecer á un hombre. Cuando esto tuviere asentado en su corazón, y pedido favor á Dios para llevarlo adelante, lo segundo que ha de hacer es concebir una verdadera fe y una esperanza muy segura y muy firme que todo le ha de suceder bien y que todas sus cosas han de tener alegre y próspera salida; que llegándose el á Dios, fuente de todos los bienes, no puede huir de él la buenaventura. Lo tercero que ha de hacer y en que consiste la llave de todo, es no hacerse él juez de su prosperidad ni de su adversidad, ni de los bienes ni de los males; solamente ha de te-

ner cuenta con el estudio y con la diligencia que pone en guardar la ley del Señor, mirar qué estima tiene de ella dentro de su corazón, qué tan enamorados de su hermosura tiene los ojos del alma. Para esto ha de entrar en juicio con su misma conciencia, y oir de ella la amistad ó la enemistad que tiene con el pecado. Con esta ley mida todas sus obras y sus pensamientos; en lo demás no se entremeta, confíelo todo de la voluntad de Dios, tomando solamente por guía la luz de sus mandamientos.

Grande es la soberbia del miserable hombre que se atreve á poner tasa á tan grande Señor para la manera de su prosperidad, que quiere primero mostrarle la hechura de los bienes que ha menester, para que por aquella medida se los envíe. Hombre loco, ¿y qué sabiduría es la tuya para dar consejo á la de Dios? ¿Qué bondad puedes tú señalar que no sea mísera y no sea escasa, para la fuente de tan grandes bienes? ¿Qué puede pedir tu pobreza cuando mucho te hayas alargado, para delante de los tesoros de aquella potencia infinita? ¿Qué puedes tú desear ni querer para tí mismo que no esté tanto más alargado en las manos de la misericordia del Señor que te crió y te redimió, y que en lo que quiere hacer por tí, quiere mostrar quién es Él? ¡Cuánto acertarías mejor si, con sospecha de tí mismo, huyeses de tu juicio y te pusieses silencio, para que tu locura y tu escasez no destruyesen tus bienes, y confiarte en todo de quien

quiere emplear su sabiduría en guiarte, su poder en favorecerte, sus tesoros para tus riquezas, su bondad en comunicártela, su justicia para limpiarte, su misericordia para que tengas victoria contra tus enemigos!

Grande es la contradicción que el hombre tiene para todo esto, grande resistencia ha de haber en él, favor es menester del cielo, pedirlo tiene ordinariamente y no se lo negarán. Cuando sintiere la poderosa mano de Dios consigo, aprovéchese de tal socorro para alcanzar tan grande victoria. Menosprecia el mundo á los tales hombres: claro está, tiénelos por locos y por perdidos; mas ¡cuánto mayor razón tienen ellos de tener á él por perdido, de perdición sin remedio!

Quiéroos preguntar una cosa. Si fuese por caso así que vos trataseis unos negocios y mercaderías de grandísima importancia y que juntamente con esto fueseis tan ignorante que ni conocieseis moneda ni supieseis de cuenta ni entendieseis sutilezas, teniendo por contrarios en vuestra ganancia y en vuestra hacienda hombres de agudísimos ingenios, de grandes trampas y de grandes engaños,—pongamos con esto que vos tuvieseis un padre que os amase excesivamente, que tuviese grandísimo deseo que os fuese muy bien en vuestra mercadería, y pusiese toda diligencia para este efecto; el cual fuese expertísimo y sumamente avisado en todas las cosas, que hiciese notable ventaja en toda manera de saber, no sólo á vuestros contrarios, mas á todo lo restante del mundo, y que éste tratase secre-

tamente todos vuestros negocios y vuestras cuentas y cuanto fuese menester para vos,—¿no os parece que podríais andar seguro y dormir, como dicen, á sueño suelto, y reiros con grande razón de quien de vos se riese?

Pues esta es propia semejanza para lo que ahora tratamos. Piensa el mundo loco que no trata nadie los negocios de los siervos de Dios, que como por cosa baldía y sin dueño se pueden entrar por ellos y hacer quien quisiere lo que quisiere; que la simplicidad está sin amparo, la justicia no tiene juez, la paciencia no quien la vengue, la verdad no quien vuelva por ella; y vive muy engañado, que Señor tiene todo esto, y Señor grandemente poderoso, y que lo ama y lo cela á ello y á quien lo sigue.

Bien puede el cristiano dormir seguro, que en manos están sus negocios que sabrán darles buena salida. En paz, dice nuestro Profeta, me acostaré y asimismo dormiré; porque sólo tú, Jehová, me harás estar confiado (Salmo 4). Todo le es para mejor al cristiano y para mayor ganancia, si él quiere conocer y tener por bueno el camino de la ganancia. De donde no saldrá el hombre con prosperidad, pues sale con ella de la persecución y tentación del demonio y, como arriba dijimos, sale con mayores fuerzas, con mayores avisos y con mayores mercedes.

Adelante va esta prosperidad: del pecado sale con ganancia, si quiere el pecador salir de él. Queda la gloria de Dios más ensalzada con perdonarle, porque

la cosa de que más se precia el Señor es de perdonar al pecador que lo busca. Él queda con mayor humildad y conocimiento de sí propio, con mayor cuidado de llamar á Dios, con mayor enemistad y recelo de su pecado, como aquel que conoció sus obras y su fealdad, con mayor agradecimiento para con el Señor que de tanto mal lo libró. De manera que ninguna cosa hay de que el hombre que busca á Dios no saque próspero fin. Á los que á Dios aman todas las cosas les ayudan á bien (Romanos 8).

No se puede encarecer el desastre y el grande mal que es para el hombre ofender á Dios; mas es el mismo Señor ofendido tan misericordioso, que encamina al pecador al arrepentimiento, despiértalo y favorécelo para ello, recibe sus lágrimas y su gemido, perdónale su pecado, restitúyelo en la primera amistad, hácele tantas mercedes como si nunca lo hubiera enojado. El pecador que esto conoce, ¡con cuánta ganancia sale! ¡Cuán provechoso le es el castigo que lo despertó de su sueño, que le dió nueva de la ira del Señor contra quien pecó, que le escarmentó y le avisó para de ahí adelante! Antes que fuera yo humillado, dice David en el salmo 119, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra.

Pues si de cosa tan perdida y de tan mala suerte como es el pecado saca el pecador ganancia no por más sino porque se vuelve á las manos de Dios, de las cuales no puede salir sino toda buenaventura ¿qué du-

da podemos tener de la buena dicha que nos sucederá si guardamos sus mandamientos? ¿Qué cosa nos negará quien no nos niega perdón de haberlo menospreciado? ¿Cómo nos olvidará en esta vida quien tanto hace por darnos la otra? Resta luego que si tenemos centella de fe, y si debajo de nombre de cristianos no tenemos otra religión de la que tienen las gentes perdidas, y no ponemos nuestra bienaventuranza en lo que ellos la pusieron y ponen, que nos arrepintamos de todos nuestros pecados, conociendo que ellos son la verdadera miseria y el camino de perpetua perdición; que éstos solos nos apartan de Dios, lo airan contra nosotros y son causa que, de criaturas hechas á su semejanza, representemos imagen de su enemigo el demonio, en cuya compañía estarán para siempre jamás los que imitaren sus obras y no oyeren las voces de quien los llama porque no se pierdan. Conozcamos, pues, cuánto somos obligados á servir aquella bondad, aquella mansedumbre y misericordia tan sin medida del Señor que para tanto bien nuestro nos busca. Aposentemos en nuestro corazón sus mandamientos, viviendo con cierta seguridad que todo nos ha de suceder prósperamente así en los bienes de la tierra como en los del cielo.

SERMÓN CUARTO

No de esta manera los malos, sino como el polvo que levanta el viento de la haz de la tierra.

Tratamos en el verso pasado de la comparación y semejanza del justo con el árbol que está plantado á las corrientes del agua. Dijimos que en unas mismas palabras se comprendían las señas de este tal árbol y la promesa de los favores del cielo y de todo aquello de que tenía necesidad para que fuese tal. En el verso siguiente se pone la comparación de los malos, las señas que en este mundo tienen, la calidad de sus obras y la amenaza de ser desamparados del divino favor, si porfiaren á permanecer en su mal camino. El árbol bueno estaba plantado de mano de Dios, tenía perpetuas corrientes de agua, daba su fruto á su tiempo, no se le caía la hoja y todo lo que hacía tenía próspero fin. El malo es como polvo que levanta el viento de sobre la haz de la tierra.

Este polvo de que aquí hace mención nuestro salmo, según la propia significación del vocablo, es una cosa menuda que se hace de las aristas del trigo cuando lo trillan, ó de las vainitas y coberturas del grano: los labradores pienso que lo llaman tamo. Cosa es ésta como sabéis que fácilmente la lleva el viento. De manera que el Profeta tomó su comparación de cosa que

estuvo verde y tuvo buen parecer cuando la espiga estaba en el campo, y de allí á poco tiempo vino á secarse y á hacerse polvo y que el viento se la llevase.

Ahora es bien que prosigamos la diferencia del árbol primero, al polvo de que hablamos, para que de allí entendáis la grande diferencia que tiene el justo con el malo y con el pecador que sigue mal consejo y mal ejemplo y se asienta en cátedra de burladores. El árbol era plantado por la mano de Dios, tenía profundas raíces; este otro es plantado por otra mano, arraigado livianamente, dúrale poco estar verde, sécase y hácese polvo de presto y desbarátalo el viento.

El bueno pone su confianza y su esperanza toda en que él está en la mano de Dios, que con ella es sustentado y favorecido; todo lo demás tiene por caduco y perecedero, sabe que todo lo de la tierra está sujeto á mudanzas, y así no confía en ello, ni tampoco se espanta ni desespera cuando lo ve mudado. El hombre malo y perdido está asido de la tierra; cuanto mayores raíces en ella echa, tanto le parece que está más seguro. En ella planta su honra, en ella sus riquezas, en ella sus placeres y sus deleites. Los hijos de Agar, dice el Profeta, buscaron la sabiduría que es de la tierra (Baruc 3), como esclavos y de bajo suelo pusieron su bienaventuranza en la miseria y servidumbre del mundo, no acertaron á conocer ni estimar la libertad de hijos de Dios.

Las aristas de la espiga por algunos pocos días pa-

recen hermosas y verdes, mas como la raíz es liviana y viene sobre ella el estío, sécanse y caen en la tierra y, pisadas y hechas polvo, cualquier viento se las lleva sin que quede memoria de ellas. No pueden durar las raíces más de cuanto durare el fundamento en que se sustentan. ¿Qué cosa hay en la tierra que, en la vida de un hombre tan breve y tan miserable, no padezca mil mudanzas? (Eclesiastés 1: 3.) Cuales son las raíces del malo, tal es el agua con que son regadas. Carece de corrientes el desventurado, toda su esperanza pende del antojo de las nubes, y no de las nubes que la misericordia divina envía; sino de las que imagina su vanidad. Por muy bien que le suceda, por próspero que su tiempo sea, presto le vendrá el verano en que lo apartarán del fruto y será polvo del viento. Este es el miserable riego con que es sustentado el malo: turbio, escaso y engañoso, y así al mejor tiempo le falta. Corrientes del cielo no tiene, no porque no las envían; sino porque él no quiere recibirlas y se hace incapaz de ellas.

Del justo dijimos que abría las canales por donde habían de entrar en su corazón los favores y corrientes del cielo; el malo ciérralas para que no entren. El otro las abría por conocimiento de su propia necesidad, y con sentir mucho tal falta, demandaba á Dios remedio; este otro ni siente su desventura ni cuánto le va en buscar el remedio. Éstos son como aquel de quien dice Salomón que es semejante al que duerme

en la mar, que es mal tratado entre sueños, y recuerda diciendo: Hiriéronme, y no me dolió; arrastráronme, y no lo sentí (Proverbios 23).

De esta suerte son los que, viviendo en medio de grandes peligros, cercados de sus pecados, duermen sueño de mala seguridad, como el que se duerme en la mar en tiempo de tempestad y peligro. Tienen de tal manera adormecida y embriagada su malaventurada conciencia con el vino de sus deleites, de sus intereses y de sus pasiones, que menosprecian y olvidan el juicio de Dios. Castíganlos con gravísima pena y ellos no la sienten.

¿Qué mayor pena se puede imaginar en el mundo, que estar el pecador tan ciego y de tal forma trasportado, que no sienta el azote de Dios que en tal estado lo deja estar? Dales Dios vida para que se conviertan, dilátales el tiempo, esperándolos y llamándolos, y ellos aprovéchanse de esto para pasar adelante en su malaventura, y proseguir en beber el vino de su sueño y de su perdición. Por muchas voces que les dé Dios, por muchos que sean los caminos por donde los llama y convida, ellos son tan porfiados, que vencen con su maldad la santa porfía de Dios. Hacen lo que dice el Profeta de ellos: su furor es semejante al de la serpiente; son como áspid sordo que cierra su oído, que no oye la voz de los que encantan, por más hábil que el encantador sea (Salmo 58).

Compárese aquí la diligencia y poder con que Dios

llama y busca á los pecadores, á las palabras y encantamiento del mágico que adormece y ata las serpientes, sin que cosa alguna del mundo ponga impedimento en ello; y la malicia del pecador, á la astucia de la misma serpiente que se remedia con sola una cosa, tapando sus mismos oídos para no oir el encantamiento. Esta es la resistencia que el malo pone á la Palabra de Dios, la que pone á las ocasiones, á los favores é inspiraciones del cielo. Él mismo se hace sordo, él mismo pone estorbo á su atención, él mismo ciega su entendimiento, no queriendo entender lo que entiende, echándolo siempre todo á otros muy diversos fines, y endureciendo su propia conciencia para que no sienta las voces ni los regalos ni los castigos que de mano de Dios le vienen. Veis aquí como este tal es desamparado del favor de Dios que no quiere recibir, es tierra seca y estéril, sin humor y sin virtud para el bien.

Para el justo dijimos que las ocasiones y todas las cosas que se le ofrecían eran canales de riego, de donde él tomaba grande provecho para la fuerza de sus raíces. El malo y endurecido, de ninguna de estas cosas recibe provecho, ni se quiere aprovechar; todo lo dilata, todo lo excusa, á todo está ciego. Estando tan seco y tan sin humor, necesariamente se sigue que carece de raíces: ni tiene fe cumplida ni tiene caridad ni tiene esperanza; ni tiene fruto ni tiene hoja: todo lo que tiene es fingido, aparente y no verdadero,

como claramente parecerá cuando llegaremos á la prueba.

Preguntaréisme que ¿de dónde viene que el tal pecador, siendo polvo como lo dice el Profeta, parezca á sus propios ojos y á los ojos del loco mundo, que es árbol y que está verde, que tiene raíces y que lleva fruto y hojas? Á lo cual tengo ya respondido que todo esto es fantástico y de sola imaginación del mismo que cree que es árbol, y de los que lo juzgan por tal, siendo polvo que lo lleva el viento, como diremos después.

Resta ahora dar más larga y más copiosa declaración á nuestra respuesta. Tiene el mundo sus aguas con que riega sus malas y engañosas plantas y les da aquel falso sér: de aquí viene que los que no tienen más juicio del que les ha puesto el mismo mundo, se engañan y engañan á otros, creyendo que lo que es polvo y carece de todo bien, es árbol hermoso y plantado á corrientes de buenas aguas y que lleva mucho fruto.

Las aguas del mundo son comparadas por el profeta Isaías á las de Egipto, á quien amenaza el Señor que faltará el agua de su mar, que será destruido su río muy poderoso y faltarán sus corrientes; que se secarán los arroyos de los campos, perecerán los juncos y cañas, faltará la fuente á la madre del río; todo lo sembrado y de riego vendrá á grande perdición, y llorarán los pescadores y los que se mantenían de echar

redes sobre las aguas; quedarán confundidos todos los que tejían lino fino, todos los que hacían viveros para peces (Isaías 19). Estas son las aguas de Egipto: aguas de humana sabiduría y de humana confianza, de consejo y seso de hombres, y de industria de sus manos. Con éstas son regados los malos, y reciben aquel falso color, por donde son juzgados por árboles.

La primera raíz del justo dijimos que era la fe: la primera y principal del malo es su propia sabiduría. Con ésta se gobierna él en todos sus pensamientos y en todas sus obras; con ésta mide y tasa tiempos en que hará ó dejará de hacer sus obras; con ésta guía sus prosperidades y resiste á sus trabajos. El primero y principal peligro del malo es no acabar de creer de verdad que todo viene guiado y bien guiado de la mano de Dios. Siempre es blasfemo contra la Providencia; imagina que en Dios hay descuido y que, si él no enmienda las cosas con su consejo, no se remedia con sus propias y malas industrias, no podrán parar en buen fin por solo el camino del cielo y por la regla de Dios. De aquí es que para todas sus cosas, siempre que no le suceden conforme á sus apetitos, sigue el consejo de los malvados y el ejemplo de pecadores.

Todas las corrientes del cielo, las aparta y desecha de sí; solamente quiere ser socorrido de las lagunas de Egipto. Dale Dios ocasión de bien hacer y de socorrer al pobre, siempre que permite y le encamina riqueza y posibilidad para ello; hácese entonces más

avariento; finge mayores necesidades y mayorss estados; enciéndese su codicia, y él mismo se pone obligaciones para pasar más adelante en allegar sus tesoros. Hácenlo pobre, para que con esta corriente del cielo se humille y sufra la cruz, y se le encamine mucho y muy hermoso fruto para con Dios; tórnase entonces blasfemo contra la obra divina; impaciente para la cruz; robador, mentiroso y engañador y lleno de mil dobleces para remedio de su pobreza.

Danle salud para que, amonestado y regado con esta agua de la mano del Señor, trabaje en este mundo, para que lícitamente provea á sus necesidades y á las ajenas; para que, por el camino de su vocación y del estado por donde Dios lo ha guiado, sea árbol fructífero y provechoso para los hombres; emplea él esta salud en ser vagabundo, en vivir más ocioso, y de más ocioso, más vicioso, en deleites bestiales, en malicias en diligencias, en ejercicios abominables para la gloria de Dios y para los otros hombres. Sucedióle enfermedad, ó por sus pecados ó por la mano de Dios, llámanlo á paciencia con esta corriente, á conocimiento de sus grandes culpas, á estorbo para sus pecados, á memoria de las cosas del cielo; pone todo su cuidado en los remedios del mundo, en olvido de quien es, y de la mano de Dios y en blasfemias contra Él.

Pusiéronlo en estado de honra ó en estado de dignidad, para que, considerando esta obra, conociese que era guiado por providencia divina, y gastase su oficio

y su poder y valer en amparo y favor de los pobres, de los solos y desamparados; ensoberbécese y tiraniza el mundo, ni lo pueden sufrir los grandes, ni lo pueden sufrir los pequeños. Encaminó la voluntad de Dios á que se hallase con bajo estado, habiéndose de humillar por aquí y entender que este era un remedio para no venir á peligros de soberbias y de maldades; vase al consejo de los malvados, al camino de los pecadores, y con grandes traiciones y con daño de sus prójimos y grande ofensa de Dios procura subir á más y á más de lo que Dios quiso y su Palabra le ha permitido.

Es perseguido en el mundo, cayó en afrentas ó injurias; en lugar de beber el agua de este tal riego, sufriéndolo con paciencia, perdonando á su enemigo, conociendo cuánto mayores cosas le ha perdonado á él la misericordia divina, atiza él mismo su ira y, de hombre hecho bestia fiera, por todos los caminos que puede encamina su venganza y los daños de su prójimo. Su vida se le ha pasado en pecados sobre pecados, espéralo la bondad de Dios; y no quiere conocer que, pues ningún provecho se saca de él, solamente le dan aquel tiempo por grande misericordia, llamándolo al arrepentimiento; apela para la vejez ó para el tiempo en que él piensa que estará tan lleno de vicios, que no pueda llevar más y que, fastidiado de sus pecados, ó los dejará ó lo dejarán.

Todas ocasiones dilata, todas buenas obras huye,

para todos males es presto; para toda cosa buena halla razones y excusas, para toda cosa mala está vivo el apetito y tiene los pies ligeros. Y así como es blasfemo contra la providencia y misericordia de Dios, así lo es contra su justicia. Con dobleces y con hipocresías ofrece cosas de ningún valor y sacrificios de vanidad, atreviéndose á pensar que es tal la bondad divina, que puede ser satisfecha con las obras de sus engaños. Ésta es la primera raíz del malo, y ésta tiene en lugar de fe. Y si dijere que tiene verdadera fe cual Dios quiere que tengan los suyos, por los frutos lo convenceremos que miente, cuando llegaremos á tratar de ellos, y ahora se le puede probar por su misma confesión.

Ven acá, hombre perdido y sobreperdido, tan atrevido y tan desvergonzado, ¿en quién dices tú que crees? ¿Cuál es el primer artículo de tu religión? Si dijeres que crees en Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, ¿tú no ves como mientes? Si es todopoderoso, ¿por qué te atreves tú á ser su enemigo y á contradecir sus mandamientos? Si es todopoderoso, también será todo sabio, todo bueno y todo justo. Pues ¿por qué, veamos, blasfemas de su bondad, burlas de su sabiduría, y quieres satisfacer su justicia con tales y tan falsas obras, que no se satisfaría la tuya con ellas, siendo tan malo como eres? Confiesas con la boca á Dios y niégaslo con las manos (Romanos 2). ¿Por qué no das alguna señal de eso que

dices que crees? ¿Por qué no andas humilde con quien confiesas que puede tanto? ¿Por qué no sigues consejo de quien tanto sabe? ¿Por qué no procuras contentar á quien tan bueno es? Desamparan estos malos hombres lo mismo que afirman que es bueno, siguen lo que afirman que es malo; de donde colegiréis que carecen de raíz de verdadera fe, ponen estorbo á las corrientes del cielo, admiten las aguas de Egipto, de su propia sabiduría, del contentamiento de sus apetitos, de la bienaventuranza que con tanto engaño les ofrece el mundo.

Fáltales también la segunda raíz, que es caridad, porque ni aman á Dios, ni aman al prójimo. Que no amen á Dios, claro está, pues que no confían de él; y ellos mismos se hacen engaño, cuando piensan que lo aman. Si no, tomémosles cuenta, y digan en su conciencia si se contentarían con que otro hombre como ellos jurase que los amaba y venidos á la experiencia, hallasen que les hacía traición; que se juntaba con sus enemigos; que hacía lo contrario de lo que ellos le encomendaban; que se alzaba con la hacienda que le habían confiado; que la repartía al revés de como le habían mandado; que les infamaba su honra y su verdad y quería cumplir con ellos con palabras y obras fingidas. ¿Creerían ellos que los amaba este tal? Pues así son ellos para con Dios.

Probado habemos, si no me engaño, ser cosa manifestísima, que el pecador no tiene amor para con Dios.

Tampoco lo tiene para con el prójimo. Porque todo el amor que le tiene va encaminado y viene á parar á su propio contentamiento. La prueba está clara: pues tan á costa de sus hermanos busca éste su provecho ó su placer; y donde quiera que esto no halla, luego es manifiestamente enemigo de su prójimo, ó á lo menos es falso amigo. De manera que, si tiene algún amor á los que dice que son sus amigos, es por el interés y por el placer que por ellos le redunda.

Si ama á su propio hijo, no es porque Dios se lo dió, no porque su hijo se salve y cumpla la ley de Dios, no por la bondad de aquel hijo refiriéndolo á la misma bondad; sino porque es un pedazo de su propia carne, y de la manera que ama la que le queda, y adora en ella la honra, los placeres y el contentamiento, por este mismo camino ama la parte que está en su hijo, y lo mismo adora en ella. Pues ¿con quién tendrá verdadero amor este hombre, pues no lo tiene con su propio hijo?

Sacado habemos á luz cómo falta á los pecadores la segunda raíz que es la caridad. También carecen de la tercera, que es esperanza. El mismo temor que tienen, que no haya falta en sus bienes guiándolos tan al revés de lo que Dios manda, les quita todo el efecto de verdadera esperanza. En medio de sus prosperidades y en el verano de sus placeres los trae sobresaltados el recelo de la falta; en ninguna cosa fían de segura confianza, porque ellos mismos tienen ex-

periencia que lo mismo en que confían está sujeto á grandes peligros; y no por otra razón están ellos tan solícitos y tan desvelados, no nace de otra cosa su diligencia, sino de su mismo recelo y de su mismo temor. De aquí procede que nunca tiene el malo verdadera alegría, nunca verdadera paz ni verdadera seguridad. No hay paz para los malos, dijo Jehová (Isaías 48).

Si fuese cierto lo que aman, lo que procuran y lo que desean, lo cual es imposible que sea, la misma guerra de su conciencia, el testimonio de la ley de Dios bastaba para grande guerra, cuánto más juntándose todo. En la abundancia y posesión de sus intereses temen la falta que ha de venir. En la falta desesperan, y nunca tienen seguridad que los tienen de alcanzar. Desmayados en el trabajo, sobresaltados en la prosperidad, nunca entra en su corazón buena nueva sin compañía de mala, porque lo contrario de esto es propio de la esperanza que los justos tienen en Dios, y no permite el Señor que la vana confianza con que negocian los malos tenga las señales y los efectos de la que se pone en Él, ni que saquen ellos de sus locuras lo que alcanzan los justos por la confianza que tienen puesta en la bondad y misericordia divina.

Probado habemos, á mi parecer, cómo el malo no tiene raíces, ni es posible que las tenga, pues no tiene ni quiere tener corrientes de agua del cielo. Pasemos más adelante y veamos qué fruto tiene. Cualquier hombre cuerdo sentenciará que la planta que

está sin raíces no dará fruto, y si pareciere que tiene fruto será fingido y como hecho por magia, de ningún valor ni efecto. Él tiene en lugar de fe su propio juicio y sabiduría, en lugar de caridad sus intereses, en lugar de esperanza sus confianzas. Las raíces son fingidas y vanas, los frutos serán fingidos y vanos. El justo daba su fruto no cuando él elegía, antes ni tenía ni quería tener elección para ello; dábalo conforme al tiempo que le señalaba Dios. El malo, nunca cuando manda Dios, sino al tiempo que él señala y este tiempo nunca llega. Nunca el pecador conoce el tiempo ni la sazón en que el Señor pide el fruto; el que él escoge nunca vendrá, ni es posible que venga, porque el que él pide es invierno, y el que Dios pide es verano, y sólo Dios es el que sabe y el que tantea el verano de dar buen fruto.

El malo no conoce ocasión, no conoce tiempo en que le piden que fructifique; apela de la riqueza, apela de la pobreza; exímese por la honra, exímese por la afrenta; excúsase por la salud, excúsase por la enfermedad; no es para él buen tiempo el de los placeres, ni es el de los pesares. Cada tiempo de estos es tiempo de Dios, si se mira su justicia y su misericordia; ninguno de ellos es el del malo, si se mira su intención. ¿Cuándo será este verano en que fructifique este hombre? El tiempo que él señala, como es fingido, es tiempo inhábil y sin capacidad para fructificar, y si dejare pasar el de Dios, necesario es que

se quede estéril. Por este camino reprende Dios por Jeremías profeta á su pueblo de Israel: Aun la cigüeña en el cielo conoció su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; mas mi pueblo no conoció el juicio de Jehová. ¿Cómo decís: Nosotros somos sabios, y la ley de Jehová tenemos con nosotros? (Jeremías 8).

Convéncese aquí la grande ceguedad y maldad de los pecadores que, conociendo las aves por las señales del tiempo cuándo han de ir y cuándo han de volver, se aprovechan de este conocimiento, y no dilatan su ida ni dilatan su vuelta: ellos teniendo la ley de Dios, que les señala los tiempos y las sazones en que han de dar el fruto, no lo quieren conocer, sino dejar sin él al Señor y quedar ellos burlados. Así llora sobre Jerusalén Cristo, nuestro Redentor, profetizando su asolamiento, porque no conoció el tiempo de su visitación (S. Lucas 19). Esto es lo que esperan los malos y lo que es justo que les venga, pues toman oficio ajeno en tasar y señalar el tiempo en que quiere Dios ser servido. Como no aciertan el tiempo, tampoco aciertan el fruto; como no tienen verdaderas raíces, tampoco es cierto lo que fructifican. Veráse más claro por la regla de los frutos, aunque asaz claro se ha visto en lo que dijimos de las raíces. Servirá esta repetición, para que mejor lo entendáis y más os quede en la memoria si os quisiereis aprovechar de ello.

Cuando se le pide al pecador fruto de fe: que aque-

llo que le demanda la ley de Dios es cosa de que Él es servido; que por pequeña cosa que parezca al mundo, es grande y de mucha estima ante sus ojos; que no deje pasar tal coyuntura porque se perderá mucho en ello; que haciéndolo, en ninguna manera puede suceder mal, porque Él lo toma á su cargo; si el camino parece áspero, Él va en su compañía; si se ofreciere trabajo, Él dará buen paradero,—responde el malo á todo esto, escogiendo otra obra de su cabeza, temiendo la adversidad, rehusando los trabajos, temiendo lo que no ha de temer, acometiendo y menospreciando lo que tiene peligro. Ofrécenle placeres del cielo, mas, como carece de fe, ni los siente ni se aficiona á ellos, ni los gusta ni los desea. De ninguna cosa se huelga, si no es de las fealdades y groserías del mundo. Como no hay limpieza en su corazón, así ninguna cosa de buen espíritu halla asiento ni cabida en él. Todo esto es señal de estar vacío de verdadera fe y de verdadero conocimiento, que ni siente quien es el Señor que lo crió, ni cuáles son los caminos por donde lo llama y quiere guiar.

Por otra segunda manera de frutos conoceremos cómo está sin raíz de caridad, y cómo en lugar de ella tiene sus propios y malos intereses, y un falso y fingido amor para con Dios y para con su prójimo. Mirémosle á las manos en los contratos que hace con los otros hombres, y veamos qué es lo que lo mueve á ellos. De tal manera busca en todo esto su pro-

vecho, que dirá desvergonzadamente que ¿por qué ha de entender él en cosa de donde no se le siga interés? No sólo busca sus intereses, mas búscalos con grande pérdida y grande costa de los ajenos. Quiere que todos pierdan, para que él gane; que todos tengan menos, para que él parezca más rico; que mengüe la honra de los otros para que crezca la suya; dar sabor á sus placeres con los pesares ajenos.

Por nuestros pecados, de los malos de quienes tratamos, éstos son los menos malos, si queremos parar mientes en los que descubiertamente y como hombres sin razón y sin ley, quitan las honras y haciendas ajenas, pues que sin temor ninguno de Dios ni respeto de las gentes, ya que de Dios no lo tienen, son clara y manifiestamente destrucción y disipación de los otros hombres. De donde ha venido que ya no parezcan malos los que en todos sus negocios y en todo lo que se ofrece buscan sus provechos y sus intereses con pérdida de sus prójimos, con que no los salteen por los caminos, ó hagan otra cosa que se salga á esto.

Hacerles entender que no son estas obras de la ley de Dios, que muy adelante han de pasar, y más han de hacer unos hombres por otros, no lleva camino que así lo confiesen, porque dentro de su corazón no hay raíz de caridad. Y como carecen de esta raíz, es necesario que no solamente no den buen fruto; mas que nunca tomen gusto en pensar que sería bien darlo. Perdonar la injuria á su prójimo, paréceles desvarío.

Hacer bien á su enemigo, no piensan que es cosa posible, ni hallan en esto cosa que les sepa bien. Dar limosna al pobre—¡cuán escasamente lo hacen, con qué dolor sacan de su hacienda lo que han de dar, cuán dilatado y con cuánta pereza, cuán por aficiones y prudencias carnales, qué por contentamientos suyos, qué por ajenos, porque todos vienen á parar en ser suyos! Y lo que más concluye su ceguedad, y que carecen de verdaderas raíces, es quedar con pensamiento cuando han hecho estas cosas, que hacen obras de caridad.

Como no tiene el que es tal, la ley de Dios en su corazón, ni quiere tomar consejo con ella, no hace prueba de sus mismas obras para poderse desengañar en ellas y ver cuán erradas van. Él da con tristeza, Dios ama al dador alegre (2a. Corintios 9). Él anda dilatando y con escasez, Dios quiere que luego socorran, y que no dejen al prójimo comprar el remedio con importunidades. Mas ¿en qué andamos gastando tiempo? Está sin raíz de fe, ¿cómo no ha de estar sin la caridad? No fía de Dios, ¿cómo fiará de los hombres? Piensa que le ha de faltar el cielo, ¿cómo queréis que no piense que la tierra le ha de faltar?

No entiende como el Señor hace por él, ¿cómo ha de hacer él por los otros? No es agradecido á los bienes de Dios ni conoce que de su mano le vienen, ¿cómo ha de ser liberal en el repartirlos? No quiere considerar como, siendo él tan mal hombre, le da tiempo

la divina bondad para arrepentimiento y para que alcance perdón de sus culpas, ¿cómo ha de tener corazón para perdonar él á su prójimo? No tiene humildad ni conocimiento de lo que es ni de lo que debe, ¿cómo ha de hacer lo que hace con verdadera humildad y con verdadero conocimiento?

Si algo por su prójimo hace, ó alguna obra sale de sus manos que parezca de caridad, falso nombre es el que tiene, y falso color el que lleva. No va allí la ley de Dios, sino su propio juicio; no el mandamiento divino, sino su propio interés; no obediencia del Señor, sino su contentamiento; no verdadero amor de su prójimo, sino su carnal afición; no la gloria del cielo, sino la suya propia; no la humildad y silencio de la caridad, sino el pregón y la plaza de su vanidad y de su soberbia. Estos son los frutos que da, cuando los da; y cuales son las raíces, tales son los frutos.

No son menos los de la esperanza, porque pues ella no está con él, tampoco estarán sus frutos. Comenzamos á decir, si os acordáis bien, y ahora lo diremos más claro, ser el efecto de la esperanza una alegría en la obra, un esfuerzo en el trabajo, una vista que aunque de lejos, indica su paradero; unas nuevas de certeza que todo aquello ha de llegar á fin de grande prosperidad y á cumplimiento de lo prometido. De todo esto carece el malo, y es por fuerza que carezca.

Por mucho que lo alegre el mundo, las mismas mudanzas que teme lo traen entristecido; y no por otra

razón pone tanta diligencia en sus cosas, sino por lo mucho que teme. Cuanto más adelante va, tanto crece su temor. Si se acuerda de Dios, ve como lo pierde; si del mundo en quien confía, del mismo tiene temor; si mira su edad, vásele acabando; si considera sus traiciones, teme no sean descubiertas; si la cuenta que ha de dar, sabe el remedio que tiene; si el arrepentimiento de sus pecados, hállalos metidos en su corazón, y él todavía perdido por ellos.

Estos son los frutos que el mal hombre da para sí y para su dueño. Pasemos más adelante y tratemos de las hojas, porque cuales son los frutos, tales serán ellas. No hay medio aquí, sino que sean de muy mal color: y si bueno pareciere, será hipócrita y fingido. ¿De qué puede servir el malo en el mundo, sino de afrenta de quien lo hizo, de infamia de la ley de Dios, de estorbo para todo bien, de convite para el mal, de daño para los hombres y de engaño para el mundo? Ésta es la obra de su soberbia, ésta es la de su envidia, ésta la de su avaricia, ésta la de su traición, ésta la de su venganza, ésta la de sus deleites y torpezas, ésta la de su fingimiento y su falso color de bien.

Pestilencia es en la tierra, y como tal se pega á otros y disipa la salud. Un soberbio hace mil soberbios; un avariento mil avarientos; un envidioso mil envidiosos; un carnal diez mil carnales, y un hipócrita otros tantos. No sólo hace mal con los vicios, mas pega los mismos vicios; mata su pecado al sujeto en que

cae, y es contagioso para los otros. Enemigos son unos de otros, y todos juntos del bueno. Como las hojas del justo servían de medicina, así las del malo, de enfermedad; como las otras de gloria de Dios, así éstas de desacato y de blasfemia de su majestad.

Todo el otro árbol justo estaba lleno de bien, todo con fruto, todo con hojas; todo alegre para sí y alegre para los otros. Todo este otro lleno de mal; seco y triste para sí, y seco y triste para los otros. En el primero todo lo que hacía tenía próspero fin. En el segundo va todo de mal en peor, y de desastre en desastre. Tiene malas raíces y mal fundamento, y así tendrá mala salida. ¿Qué cosa le queda al malo que le pueda salir á bien, pues lo que él juzga por bueno le ha de salir á mal?

En lo que él mayor confianza tiene, son sus sacrificios y las obras que él llama buenas, por donde piensa descargar sus males y poner obligación á Dios para que dé próspera salida á todas sus cosas. De los sacrificios ya tiene sentencia en que está dicho que el sacrificio de los impíos es abominación á Jehová (Proverbios 15), porque todas las obras que hacen son sin cumplimiento y sin verdadero fuego de fe; son sin caridad y sin esperanza. De manera que las obras que de sí son buenas, no pierden ni son reprobadas por razón de sí solas; sino por la mano de quien las hace. Ellas son fingidas para con los hombres, son fingidas para con Dios, son fingidas para el mismo que las

obra: en fin son salidas de mala conciencia, y que no tienen por luz ni por guía la voluntad del Señor á quien dice que quiere servir. Con justa razón está dicho que la esperanza del impío perecerá (Job 8), porque es vana y sin fundamento.

Pretenda el tal pecador los provechos que quisiere, venza en la codicia de sus intereses á todos los siervos del mundo; no porfiaremos sobre esto con él, con que no nos quiera negar que no hace las obras que la voluntad de Dios le demanda, que no es siervo suyo ni vasallo de su reino, que no tiene con qué parecer delante de su justicia. Si quiere decir que podría ser muy peor, por ventura dice verdad. Si quiere que Dios se lo pague y le dé el cielo porque no lo es, póngale plcito sobre ello. Si está muy contento porque se menea entre los muertos, porque á los ojos del mundo está verde, porque en comparación de otros muy más malos parece árbol que tiene fruto, no se engañe con el juicio del mundo ni se ponga en comparación con los que él tiene por tan peores: mire bien cómo parece á los ojos de Dios, que es el verdadero Juez y el Señor de la hacienda; mídase con los que son justos y oiga la sentencia divina que afirma que los buenos son como árboles plantados á corrientes de aguas, que dan su fruto á su tiempo, y la hoja no se les cae, y todo lo que hacen es prosperado; y él es como polvo tan menudo y de tan poco sér, que lo lleva el viento de la haz de la tierra.

Cual es el árbol, tal es el fruto que da (S. Mateo 7). Él está carcomido de dentro, de desobediencia de Dios, de no responder al efecto ni al fin para que fué criado, de falta de justicia para parecer en presencia de la divina bondad, de menosprecio de sus mandamientos, de atrevimiento contra su potencia, y á las veces sobre todo esto, de loca confianza de lo que hace, de soberbia porque no es peor.

Ya me parece que oigo el son á que estoy muy habituado, que es grande desfavor esto para los pecadores, grande desconsuelo para los malos, que ¿por dónde han de ir al cielo, si esto es verdad? que no es posible que estas tales sentencias sean tan bravas como suenan, ni Dios está tan mal con ellos; y otras cosas á este tono. El día del sermón pasado fué la fiesta del favor de los justos, hoy es la del desfavor de los malos. No es parcial la Divina Escritura ni acepta personas. Como fué verdad lo primero, también es verdad lo segundo. Espántaos lo que habemos dicho, porque sabe vuestra conciencia que tiene mortales llagas de grandes pecados; no podéis dejar de conocer que sois malos y tenéis tanto temor de la sentencia que oís, que si fuese en vuestra mano, taparíais los oídos de vuestra misma conciencia. Pues, amigo, si tan mal os parece la sentencia, salid de la culpa. Si no queréis ser tan mal polvo, no queráis ser tan mal hombre.

Mirad que es grande maldad sobre todas vuestras

maldades, querer ser tan malo para con el Señor que os crió y os redimió y os espera; y que no sea Él tan justo para castigaros y para la honra de su bondad. Si decís que queréis salir de vuestra mala ventura, y de verdad lo decís, luego os daremos buenas nuevas de vos, porque tales las da la Palabra Divina. Si alegareis vuestra inhabilidad, la miseria de vuestras fuerzas, y el grande poder de vuestro pecado, bien hacéis. Cuanto menos entendiereis que sois vos para tan grande cosa, cuanto más conociereis de vuestra flaqueza, tanto mejor acertaréis, y tanto con mayor afición y con mayor confianza pedid á Dios favor para todo ello, que darlo ha muy cumplidamente.

Confesad vuestra miseria y lo poco que podéis, que no faltará quien os dé tan grandes fuerzas y tan grande esfuerzo, que todo el poder del demonio, que es el mayor que hay en la tierra, no baste para resistiros. Determinaos vos á pedir, que aparejados están para daros; comenzad á volver por vos, que ya han comenzado á favoreceros; abrid las manos y el corazón, que convidando y rogándoos están con lo que habéis menester; procurad que vuestras puertas se abran, que llamando están á ellas; salid al camino, que á buscaros vienen, y no esperan sino que salgáis.

Mas si alegáis lo poco que podéis para tomarlo por excusa y achaque de estaros en vuestras culpas; si confesáis el desmayo de vuestras fuerzas para no querer aprovecharos de las de Dios; si sois pecador porfiado

y rebelde que os queréis estar durmiendo en la cama de vuestra perdición, que ni la acusación de vuestra propia conciencia, ni lo mucho que debéis al Señor que os crió, ni la amenaza de su Palabra, ni el temor de su juicio, os quitan vuestro mal sueño, grande es vuestra ceguedad y vuestra soberbia en querer que con todo esto os regalen, que os digan dulces palabras, que anuncien buena salida á camino tan perdido y que lisonjee Dios á su enemigo, al menospreciador de su bondad y de su poder, y que le dé una como licencia de perseverar en tan mala vida.

Si bien lo quisiereis considerar, no es otra cosa lo que pide el tal pecador, sino esto que ahora dije. Aliento quiere para pasar más adelante, esperanza con que se sustente en el mal; no le parece que del todo tiene su pecado buen gusto, si no le añaden este placer de darle ó buena nueva ó seguridad que, después de bien satisfecho en la tierra del sabor de sus maldades, ha de tener salida muy próspera, hallándose súbitamente en el cielo. De este mal linaje de hombres no podemos hablar bien, pues tan duramente habla quien los conoce y los ha de juzgar.

Cuál ha de ser el fin del pecador, si ha de arrepentirse ó no antes que de este mundo parta; si se ha de aprovechar de la misericordia que la divina bondad con él usare, ó no se ha de aprovechar, no podemos nosotros saberlo, ni se debe atrever nuestra curiosidad á juzgar este secreto. Dios es

sólo el que lo sabe, por cuya clemencia y poderosa mano muchos que tuvieron muy mala vida alcanzaron santísima muerte. Mas entre tanto que el pecador persevera en su maldad, entre tanto que menosprecia la misericordia de Dios que lo llama, y pasa adelante en el añadir ó en el estar firme en las obras de sus pecados, ásperamente lo trata la Santa Escritura; por enemigo lo acusa y sentencia de la divina bondad; malas nuevas son las que da de él; grande es el enojo que muestra contra todas sus cosas; pronóstico le da de ruin paradero: cual es el camino que lleva, tal le anuncia la posada.

Y pues este es el tratamiento que la Palabra de Dios le hace, bastante prueba es que esta es la medicina que más conviene á sus llagas; que con estos cauterios debe ser curado, con estas tales sentencias le han de probar á quebrar su dureza, con este peso se ha de apreciar el valor de lo que él estima, con este son lo han de despertar de aquel mal sueño y reposo con que su malaventurada conciencia acomete á dormirse. Y pues esto es lo que Dios hace, lo que dice y lo que manda, este será el más acertado camino, ni es razón que yo ni nadie acometa á desviarse por otra parte, ni trate de otra manera al tal pecador, de la que lo trata el mismo Señor que ha de ser su Juez.

Estad bien atentos y considerad si se puede decir cosa más severa contra los pecadores de quienes hemos tratado que son rebeldes y porfiados, que la que

el Espíritu del Señor dice hoy por nuestro Profeta: Son como el polvo que arrebata el viento de la haz de la tierra. Entended bien y pensad qué tal es el sér y el valor de aquel polvo, respecto y en comparación de los árboles plantados á las corrientes de las aguas, de los cuales ya tratamos, y veréis que no se puede encarecer otra cosa mayor en disfavor de los malos. No está esta sentencia sola en la Divina Escritura, todas las otras que hablan de esta materia y con estas circunstancias, cantan este son. No son más blandas las unas, para que de las otras apeléis para ellas.

Pareceros ha por ventura que habla Dios en estos tales lugares de algún género de pecadores nunca visto en estas partes; de hombres que fueron en otros tiempos y en otras tierras; que tuvieron gestos y juicios monstruosos, muy diferentes de todos los otros; que cometieron pecados nunca oídos ni pensados, los cuales perecieron ya y no ha quedado memoria de ellos. Pues estáis muy engañados, porque éstos á quienes la Divina Escritura de esta manera amenaza, más ordinarios son y más se usan de lo que pensáis. Si queréis guiar lo que decís por verdad, alguna razón tenéis. Monstruosa cosa es el pecador, pues que tan al revés es de lo que Dios le manda que sea, y como cosa tan fea y tan monstruosa había de ser en el mundo rarísima, muy pocas veces se había de ver en él; huir habían de él todos los otros hombres, y él también de todos ellos. Mas según el juicio y manera con que

en el mundo estas cosas se tratan, la verdad es que estos pecadores de quienes hablamos no son tan monstruosos ni tan espantables como los imagináis.

Los rostros tienen como vosotros, y si en un buen espejo os miraseis, hallaríais que os parecen tan al propio como si fuesen vuestros hermanos ó fuesen vosotros mismos. Saben lo que sabéis, de la misma manera hablan y en unas mismas cosas entienden; aunque los vieseis á media noche, no huiríais ni os extrañaríais de ellos, porque acontece haber tales entre esta gente y de tan buen parecer, que juzgaréis que son santos y que así vestidos y calzados los han de llevar al cielo. Los pecados de éstos, oído los habéis decir, y aun podrá ser que los halléis en la calle, y no sé si en vuestras casas.

Yo no soy de los estoicos, que decían que todos los pecados eran iguales: bien sé que hay unos más abominables y feos que otros; mas para los monstruos de que tratamos bastan y aun pienso que sobran las maldades usadas y de cada día. Quebrantar los mandamientos de Dios, en los cuales Él tiene declarada su voluntad, publicada muestra de su hermosura y de su justicia, y puesta amenaza de perpetuo infierno para quien esto menospreciare, ¿no os parece que es esto suficiente cosa para que de los tales pecadores se entienda lo que la Divina Escritura dice? ¿No os parece que basta ser uno avariento, ladrón, engañador de su prójimo, perjuro, adúltero, fornicario, levantador

de falso testimonio, homicida en las manos ó en el corazón, escandaloso y de mal ejemplo, estorbador de la gloria de Dios, menospreciador de su misericordia y de su justicia--no os parece que basta esto para que se diga de los que esto son que son como polvo, que los levanta el viento de la haz de la tierra?

¿Por fuerza han de ser Faraones, Sardanápalos y Judas; por fuerza han de ser peores que bestias para que se aire Dios contra ellos y su palabra los trate con ira? Principalmente teniendo estos tales la porfía y la pertinacia que habemos dicho, estándose tan sosegados en sus maldades, con tánto descuido de lo que deberían hacer, y tanto cuidado de pasar adelante en el mal que hacen. Contra éstos se muestra tan rigurosa la divina justicia, que de los otros ya tratamos cómo la mismo Escritura nos muestra buena esperanza.

La caridad cristiana y la grandeza de la misericordia y de la bondad del Señor, á todos nos convida y obliga á que confiemos que pondrá su mano poderosa sobre cualquier pecador, aunque á nuestro parecer sea muy abominable y maldito. Mas también sabemos que si el hombre fuere tan rebelde que no quiera aprovecharse de lo que la suma bondad por él hace, al fin se ha de ejecutar en él lo que la justicia del mismo Señor tiene ordenado contra quien la menosprecia. Con todo esto, es tanta la ceguedad de muchos de los pecadores, que no acaban de entender que por ellos se dicen tan ásperas cosas; siempre porfían que no son

sus pecados tan grandes que por ellos hayan de ser tratados de esta manera; imaginan que hay otros mayores males que el quebrantar los mandamientos de Dios.

Dicho he ya como hay unos pecados mayores que otros, y también he dicho que traspasar los mandamientos que sabemos todos de coro, de la manera que lo he declarado, es suficiente causa para que tomen para sí estas amenazas todos los que en sus pecados hallaren tanto sabor que quieran perseverar en ellos. Yo pensaba que no había más de un género de perfección, que es la de aquellos que no sólo guardan los mandamientos, mas guardan también los consejos. Dicen que si no quieren ser perfectos, nadie los obliga; pueden dejar los consejos y tomar los mandamientos. Pues también me parece que se usa otra manera de perfección, y si no se usa en el dicho, á lo menos en el hecho.

Ya hallaréis gente que se tiene por cristiana sin guardar los mandamientos, á lo menos como ellos se deben guardar. Débeles de parecer que también esto es consejo; que está en su libertad tomarlo y en ella misma dejarlo; que guardar los mandamientos de la manera que se pide la guarda de ellos, es cosa de grande santidad, quieren decir: de sobrada perfección, que es para los muy adelantados y espirituales; para los que no quieren ser tan santos, sino solamente entrar en el cielo, bastan otras santidades, otras devociones, y cosas con que ellos mismos se canonizan; con que

les parece que pueden pasar y vivir á su placer. Esto no se platica tan claramente como yo lo digo, mas no se puede decir sino que se pone en obra tan claramente como lo digo. ¿Quiénes pensáis que son aquellos por los cuales tuvo principio esta digresión, cuyas voces dije que me parecía que oía, en que se quejaban que les estrechábamos mucho el camino, que les cerrábamos todas las puertas, que los desesperábamos con las amenazas de la Santa Escritura? No son otros sino éstos; porque los que claramente se conocen y toman por sí lo que dice Dios, no dicen esto. Pues á nadie demandamos sino guarda y cumplimiento de los mandamientos. No pedimos á los hombres que por fuerza se metan á frailes, ni que se vayan á dormir á los yermos, mucho menos que hagan milagros, ni que hablen con los ángeles. Diez mandamientos has de cumplir, hombre, si no quieres ser enemigo de Dios.

Este aviso de que ahora te ríes, como de cosa que mamaste en la leche, éste es el que te escandaliza, éste el que tú tienes por tan áspera y tan fuerte cosa y tan dura obligación; esta es la sentencia de que tú apelas y el yugo que tu conciencia tanto trabaja por desechar. No dices que te parecen mal los mandamientos de Dios, aborreces tal blasfemia; mas querríaslos tan sin acero, que te dejasen la soberbia de tu vanidad, la venganza contra tu prójimo, el poco temor de Dios, las falsedades de tus negocios; que te quitase el agua bendita tus solturas y torpezas; que no te fue-

se demandado sufrimiento de cruz, no guerra contigo mismo ni verdadera mortificación.

Y siendo los mandamientos que él profesa los mismos que le piden esto, no quiere, ó por mejor decir, no osa, quejarse de ellos; sino de mí ó de otros de mi oficio, porque no se los destemplamos para que no corten tanto en su corazón. Mas, bien será que entremos con éstos en cuenta para que veáis cuánto ciega el pecado á los que el mundo por más sabios tiene, y cuán acertadamente está dicho que la prudencia carnal es cosa vanísima y muy loca, tocada con las cosas de Dios, y cuán grande locura parecen las cosas de Dios, si vienen á ser examinadas por la sabiduría humana (Romanos 8; Primera á los Corintios 2).

Decid vos, amigo, el que os parece sentencia severa, que si vos sois pecador y malo, seáis como polvo que levanta el viento de la haz de la tierra, ¿qué es, veamos, lo que aquí os parece tan mal? ¿Por ventura está dicho esto por oscuras palabras, y en lugar de unas os ponemos otras? Bien claro está, y mucho más claro, si os aprovecháis de la comparación del verso que precedió, en que se dice que el justo es como el árbol plantado á las corrientes de las aguas etc. Pues ¿de quién, veamos, os quejáis: de Dios ó de mí? No osaréis decir lo primero, aunque yo bien os entiendo. De mí ¿de qué? ¿Porque os encarezco mucho estas palabras, no os las ablando, no las mezclo de manera que no os lastimen tanto, y os dejen más en paz,

con más sosiego y más esperanza? ¿He acertado? Pienso que sí.

No quiero ahora deciros cuán traidor sería yo en eso para con vos mismo: quiero ir por otro camino. Pongamos caso que fuese yo tan bueno á vuestro parecer, y tan ruin al mío, que hiciese eso que vos queréis, decid por vuestra vida: ¿me creeríais? ¿Vos no miráis que está de una parte Dios y de otra yo? Él dice que sois polvo el más menudo y de menos sér que se puede imaginar; yo por haceros placer ó por mi vanidad, voy al mar y vengo del mar para haceros creer que siquiera sois algo ¿y me creéis? El encarecimiento ¿cómo puedo yo rebajarlo? ¿No miráis lo que se dijo del justo: árbol fructífero, lleno de hoja, que todo lo que hace es prosperado? Pues tomad todo lo contrario y veréis lo que sois vos; y habéislo de tomar por fuerza, porque el otro es amigo de Dios y vos sois enemigo.

¿Qué tengo yo de hacer aquí? Dios os cura con cauterios ¿y tengo yo de curaros con bálsamo? Él habla en la plenitud de su sabiduría y tiene jurado que en toda su Escritura y su ley no hay un ápice que no sea verdadero y que no se haya de cumplir (S. Mateo 5) ¿y queréis que afirme yo que está burlando con vos, y que no es todo verdad lo que dice su Palabra? Si bien lo queréis mirar, esto es lo que me pedís, aunque vos juraréis que no. Mas en esto no sois de creer, porque estáis tan engañado, que me dais

tan grande autoridad en este caso y tanto crédito, que creeríais más á mis rodeos y vanidades para glosar las cosas á vuestro sabor, que á la claridad y sencillez de la Palabra Divina, la cual tan llanamente dice que sois como polvo que levanta el viento de la haz de la tierra. Salido de aquí, no me daréis autoridad para que pueda juzgar si la nieve es fría; y estáis en esto tan ciego y tan engañado, que vais camino de creerme más que á Dios. Y para que veáis que digo verdad, vos sois testigo que estáis aparejado para darme mayor crédito que á vuestra misma conciencia, si os dijese lo que queríais.

Esto se ha dicho para que, pues tratamos y habemos de tratar en lo que resta de nuestro sermón las amenazas de la divina justicia contra el pecador, sepa que no tiene de quien quejarse sino de sí mismo, si no se quiere quejar de Dios; y que ha de sufrir ser de tal manera tratado, y tener por cierto que no puede haber encarecimiento de ninguna miseria ni de ninguna falta de bienes que iguale con tan grande mal como es ser enemigo de tal Señor y querer perseverar en la enemistad.

Volviendo, pues, á nuestro propósito, tratábamos de cómo el pecador estaba tan hecho polvo y tan sin virtud, tan sin raíces de verdadera fe, de verdadera caridad, de verdadera esperanza, que ni para con Dios ni para con el prójimo ni para consigo tenía fruto ni semejanza de árbol; sino todo como polvo levantado y

esparcido del viento. En la misma comparación, según ya oísteis, está encarecido todo esto, porque en polvo tan menudo, como nuestro Profeta señala, no hay raíz, no hay humor, no hay fruto, no hay hoja, no hay resistencia para que el viento no se lo lleve, y lo esparza donde nunca más haya de él señal ni memoria. Finalmente, es todo al contrario, como ya dijimos, á lo que en el otro versículo se dice del justo que es como árbol, que todo cuanto sale de él es prosperado.

Pues otro secreto tiene la comparación, que declara más lo que se ha platicado, y pone al pecador en mayor estrecho. Para los árboles el verano es el más propio tiempo. Cuando son los calores más recios, entonces están ellos más hermosos, con más frescas hojas y con mejor sazón para el fruto. Á las aristas y pajuelas de las espigas todo les sucede al contrario, porque, llegado el trigo á su madurez, ellas se secan, son trilladas y pisadas y vueltas á tan liviano polvo, que no hay viento que no lo lleve. De manera que el tiempo más seco y caluroso es para los otros árboles el de mayor prosperidad, y este mismo es el que descubre cuán liviana verdura era la que las pajuelas de las espigas mostraban, y el que en pocos días las trata de tal manera, que las deja hechas polvo con que todos los aires jueguen.

Ordenó la divina Providencia que la parte de todo el año en que á nuestro parecer no había de quedar cosa verde, fuese la más propia sazón para todo el

mayor número de los árboles del mundo, y en que más hermosos frutos y hojas demuestran, manifestando en esto el grande cuidado que de nosotros tiene, y poniendo su sabiduría tal orden en todo, que ello mismo nos llama á tener conocimiento que de Él solo dependen nuestros bienes y nuestros favores, y que si en Él pusiéremos nuestra esperanza, no hay tiempo ni adversidad que nos lo pueda quitar. Esto he traído para que veáis como la misma semejanza de que el salmo usa, descubre por todas partes el desastre de los malos. Cuando los otros tienen el verano de su fructificar, que toda la sequedad del mundo no basta para estorbárselo, antes parece que los ayuda, entonces tienen los pecadores el invierno de su perdición, y el fin de aquel hermoso color que otro tiempo habían mostrado.

Comenzamos á tratar de los sacrificios y buenas obras del malo y obstinado en su maldad, lo cual dió ocasión á que nos detuviésemos en digresiones tan largas, aunque no muy sin propósito; ahora es bien que prosigamos lo que habíamos comenzado, para ver si estas amenazas que el pecador llama desconsuelos, lo desconsolarán tanto que ponga alguna diligencia en salir de tan mala vida. Si queréis bien considerar cuál es el verano del malo de quien hablamos, no le podéis hallar otro sino el que él mismo escoge y confiesa.

Éste es sus buenas obras y sus sacrificios. Su buena obra, como ya oísteis, quiere por una parte decir:

no ser peor. Que si alguna vez os quita la capa, os hace gracia de la camisa; que si os pisa y os da coces, no os acaba de matar; que si dice mucho mal de vos, no os levanta un falso testimonio delante del juez; que si es adúltero, no es ladrón; si es ladrón, no es homicida; si es homicida, no reniega; si reniega, no es traidor; si os tomó la mujer, os dejó la hija; y de esta manera podéis proseguir muy á la larga por el camino de sus buenas obras. "Pues, veamos, ¿no es peor ser peor?" No niego yo eso. Si vos no pretendéis otra cosa, y con esto quedáis contento, claramente confesaremos ser mucho peor y más abominable y estar más lejos de Dios el que tiene todas las tachas de que habemos hecho mención, que el que tiene la mitad. Si quedáis satisfecho con que no sois el peor ni de los peores, ya puede ser que digáis verdad, y sobre esto no reñiremos. Lo que yo comencé á decir es que buenas obras de tales malos quería decir no ser peores, y ellos mismos lo confiesen. Digo más, que por otra parte sus buenas obras quieren decir que, después de haber renegado, se santiguaron con poco menos enojo que fué el renegar.

Quiero pasar más adelante y confesar que hay muchos de estos malos pecadores de quienes hablamos, que de ellos son liberales para con otros hombres, de ellos son muy abstinentes y de vida muy concertada; y por abreviar digo que á veces tienen muchas cosas de las que llamamos virtudes morales y cosas de reli-

gión, y también tienen su rezar y su oir misa, y podríamos proseguir más adelante. "Pues ¿esas llamáis malas obras?" No tratamos aquí de las obras, sino de vos; no digo que ellas son malas, sino que vos sois malo, y que no os excusan que no seáis polvo del que lleva el viento, si sois de los pecadores que habemos dicho. ¿Estáis contento? Digo pues que estas obras, por muy buenas que ellas de su género sean, pierden tanto por tomarlas vos en las manos, que cuando, ensoberbecido con ellas, pensáis que es venido el verano de vuestro fructificar y que sois como los otros árboles, entonces es vuestro verdadero invierno, y á la verdad sois como polvo que se lleva el viento de la haz de la tierra.

¿Qué os parece á vos que es el fruto, y son las ramas, y son las hojas de las aristas que andan en los remolinos? Pues ese es el vuestro. Si esto con que vos estáis tan lozano, tan confiado y tan loco, no es el polvo que se lleva el viento, ¿cuál pensáis vos que es el que dice el versículo de nuestro salmo? Las malas obras, que de sí son obras del demonio, arrebatadas se están de mil vientos. Aquéllas nunca tuvieron verdura, ni verdadera ni falsa, ni al parecer de los buenos ni al parecer de los malos. ¿No os he dicho ya que el fin de nuestro versículo es oposición al fin del que declaramos en el sermón pasado?

Todas las cosas de los justos tienen allí prosperidad. Vuelvo pues á decir que toméis lo contrario de esto,

y sacaréis en limpio, que las cosas de los malos todas tienen adversidad. Los otros fueron tan buenos, aborrecieron tanto sus malas obras, si por acaso cayeron en ellas, que de sus pecados sacaron provecho, no porque en el pecado haya bien alguno, sino porque tal es el artificio de la misericordia de Dios; vos sois tan malo por amar tanto vuestras maldades, por estar tan endurecido en ellas, que las obras que de sí eran buenas, pierden en vos su valor. Si os contentáis con menos valor que agradar á Dios, y os parece que vais muy rico, quedándoos todavía enemigo suyo y sentenciado á ser polvo para la presencia de su grande ira, apreciadlas en lo que gustareis, y vended de ellas á quien quisiereis, que sobre eso ya os tengo dicho que nunca tendremos cuestión.

Con tal que vos no neguéis lo que el Señor dice de las tales obras hechas por los pecadores y amigos de su pecado, todo lo que demás pretendiereis, alegraos con ello, si podéis, y ponedlo á buen recaudo. Grande es la infelicidad que de vuestra rebeldía redunda en vuestras buenas obras, pues por esto no alcanzan ellas cumplido fruto. Peor seríais, si no las hicieseis; mas enemigo de Dios os quedáis. Quedando sin tan buen fruto, no sé por qué os contentan tanto los otros que queréis llevar. Esta es la causa por que es todo esto tan maltratado en la Sagrada Escritura, por defraudar el pecador lo que las obras habían de alcanzar, y buscar lo falso y lo poco, perdiendo lo mucho

y lo verdadero. De los sacrificios de los malos ¿qué dice Dios? ¿Á qué viene para mí este incienso de Seba, y la buena caña olorosa de tierra lejana? Vuestros holocaustos no son á mi voluntad, ni vuestros sacrificios me dan gusto (Jeremías 6). La razón del descontento que el Señor muestra contra estas tales obras, no está en la ley que Él ordenó, que la ley á la verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno (Romanos 7). No está en los mismos sacrificios, que obras son de su ley, con los cuales Él quiso ser servido y honrado entre los hombres.

De otra parte luego sale el menosprecio de estas tales obras, y no de otra sino de la maldad del corazón del pecador, de la falsedad con que las ofrece, y de la loca confianza que en ellas pone para tomar más reposo y más gusto en su pecado; pues por una parte dice que no quiere salir de él, y por otra quiere tener al Señor agradado para el tiempo que se le antoja.

Ninguna cosa nos puede traer en tanto conocimiento de cuán grande es la maldad de estos pecadores, qué tan aficionados están á sus pecados y tan perseverantes en ellos, como esta de que hablamos, de deshacerse en sus manos la limpieza de las buenas obras, para que no las acepte el Señor como á cosa de sier vos suyos, sino que diga que las aborrece. Todas las cosas son limpias á los limpios, mas á los contaminados é infieles nada es limpio; antes su alma y concien-

cia están contaminadas (Tito 1). Por ventura tendrán oración los malos pensando que fructifican y que por esta razón son árboles, mas es de ver como piensan que los ha de oir Dios, pues ellos no oyen sus mandamientos. El que tapa sus oídos, dice Salomón, para no oir la ley, será maldita la oración que él hiciere (Proverbios 28). Si con angustia del mal que su pecado le causa pide remedio, dése priesa á salir de él, y aprovecharle ha su oración; mas si quiere estarse de reposo todavía en su maldad, y teme el yugo de Jesucristo porque le parece ser muy pesado y el del demonio le parece muy liviano, remitámonos á él mismo que nos cuente los provechos que de su oración piensa que saca, pues no quiere dar crédito en ello á la Divina Escritura.

Bien pudiera proseguir esto más á la larga, convenciendo al pecador ser verdaderas todas las amenazas que la Palabra de Dios contra él pronuncia, y declararle el valor de las cosas que habemos dicho; mas parécemo bien remitirlo para el sermón que se sigue, donde es tan propio lugar como éste, en el cual, con favor del Señor, responderemos á todo aquello que él podría replicar, si todavía cabe en su juicio que tiene algo que replicar, y extenderáse más largamente esto mismo de que tratamos. En lo presente no resta sino reducir á nuestra memoria la infidelidad y miseria que, por medio del profeta David, el Espíritu Santo dice que tienen los malos, que siendo

los justos árboles de tanta hermosura como habemos pintado, que ninguna cosa sale de ellos que no tenga prosperidad, son los pecadores polvo tan sin virtud y tan sin provecho, que lo lleva el viento y lo arrebata de la haz de la tierra.

Bien dice, de la haz de la tierra, porque ningunas raíces tiene echadas en ella, aunque él procure mucho arraigarse en ella. Su fe, llena de desconfianza; su amor para con Dios, desobedecerlo; para con los hombres, sus propios intereses y su carnal afición; su esperanza, en sueños vanos; sus remedios y sus medicinas sin virtud y sin eficacia. Donde no hay raíces verdaderas, no pueden salir frutos que verdaderos sean. Mire bien consigo mismo, qué amor hay de Dios en quien cada día le desacata, qué caridad hay donde no hay Dios, qué esperanza puede ser la que no se esfuerza con su palabra. Si todo esto no le pone pavor, si no lo estremece y no lo despierta de tan mal y tan profundo sueño, prosiga su malaventura, que algún día verá la verdad; mas si esto lo espanta y le da el sobresalto, que es razón que le dé y el que la misma Palabra de Dios busca y pretende, ponga luego en ello las manos de la diligencia, pida remedio al Señor y tómelo y, como hombre que busca su misma vida en bosque de tanta espesura y de tantos peligros y se le acerca la noche, no se canse ni repose hasta que la halle.

Procure hacer no falsos, sino verdaderos frutos de

arrepentimiento, que poderoso es Dios de hacer el polvo tierra fertilísima, y de plantar las pajuelas de ningún sér y darles largas raíces y levantarlas en árboles hermosísimos cuyo fruto enamore á los ángeles y aun al mismo Señor. Ninguna cosa se ha disminuido la divina potencia, ni ha estrechado su bondad, para que ahora no haga lo que tantos años antes prometió á las gentes idólatras y perdidas, afirmando con su Palabra que alegrarse habían el desierto y la soledad; que el yermo se había de gozar y florecer como la rosa; que Él derramaría aguas sobre el secadal, y ríos sobre la tierra árida (Isaías 35 y 44).

Grande maestro es Dios, que sabe tornar á ingertar los ramos cortados y secos, y hacer que vuelvan á fructificar. Humíllese el pecador y, siquiera atemorizado de la ira que Señor tan poderoso contra él muestra, y que tanta razón tiene de estar airado, comience á buscar remedio. Trabaje por conocerse y por conocer á quien lo está esperando, para que de tal manera lo tema, que juntamente lo ame. Olvide sus locas confianzas y ponga fin en dar crédito á sus vanos sueños. Mire que de caminos perdidos no puede haber buenas nuevas, y que cuanto más se camina por ellos, más ciertos son los peligros de llegar á mal paradero. Si áspero le pareciere el arrepentimiento, entienda que, cuando Dios tiene prometido buen fin, en poco se ha de estimar el trabajo del camino. Si la medicina es amarga, tal la requiere la enferme-

dad. No se le esconderá quien lo busca, ni le negarán lo que le han ofrecido; guía tiene que vaya con él, dándole irán salud para su enfermedad, sanarlo han para que dé buen fruto, resucitará lo que estaba muerto, para que viva y para que alcance después eterno y grandísimo premio.

SERMÓN QUINTO

Por tanto no se levantarán en el juicio los malos, ni los pecadores en la congregación de los justos.

Contiene este versículo una sentencia digna de grande peso y consideración, y de mucho espanto para los malos. Es cosa que se sigue de lo que tratamos en el que precedió, y da la razón del juicio de los pecadores, de lo que en este mundo les acontece y, después de salidos de él, les acontecerá. Declaramos cómo los malos son como el polvo que arrebata el viento; ahora añade y dice que de aquí procede que no se levanten en el juicio ni en la congregación de los justos, lo cual da más cumplida declaración á lo que se dijo primero de los justos, y á lo que también se dijo de los pecadores, de ser los unos como árboles bien plantados y regados y que todo lo que hacen es prosperado, y los otros como pajuelas y como polvo que lleva el viento delante de sí.

Para que todo esto más claramente se vea, será bien que primero declaremos los vocablos, y proseguiremos luego la sentencia, declarando como se sigue de lo anterior. El primer vocablo aquí es levantarse, porque dice que no se levantarán los malos en el jui-

cio. Levantar quiere decir aquí tanto como resistir ó como permanecer ó estar firme. Esta significación que yo he dicho, es muy usada en la Divina Escritura, porque es como metáfora tomada de la principal y primera significación. El que está levantado, está firme para resistir y permanecer. Los hijos de Israel no podrán estar delante de sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán las espaldas, dijo Dios á Josué (7). Uno mismo es el vocablo en esta sentencia y en nuestro versículo: en la una y en la otra parte es levantar; no podrá, quiere decir, sostenerse levantado contra ellos. Muchos son los lugares en la Escritura por donde esto se puede probar, los cuales dejo de traer aquí, porque no hay necesidad. En la lengua española es esta manera de decir también muy usada; como, cuando uno resiste á otro, decimos que se levantó contra él. Trayéndolo pues á nuestro propósito, quiere decir nuestro versículo y es su sentencia: que los malos no pueden estar en pie, no pueden permanecer, ni tener firmeza en el juicio, ni los pecadores en la compañía y congregación de los justos.

Resta ahora que digamos qué quiere decir este vocablo juicio, para que tengamos cumplido entendimiento de nuestro versículo. Juicio quiere decir aquí la cuenta que Dios toma á los hombres cuando los visita, cuando entra en razón con ellos, cuando vuelve por su justicia y hace manifestación de la ira que tiene contra los malos, y del favor para con los buenos.

En este juicio dice nuestro Profeta que los malos no permanecen, ni quedan en la congregación de los justos. La razón dice que es porque los malos son como polvo que lleva y esparce el viento. En ló cual, como ya dije, da mucho mayor declaración á los dos versículos que precedieron, y hace alusión ó apuntamiento á las dos comparaciones: de los justos, ser como árboles; de los pecadores, ser como polvo; los árboles quedan firmes, el polvo vase de entre ellos.

Danos también á entender en estas palabras la diferencia que va del juicio de Dios al juicio del mundo; de la cuenta que hace Él, á la que hacen los hombres. Al juicio del mundo, como ya dijimos en el sermón pasado, muchas veces los pecadores parecen árboles muy hermosos, muy bien plantados, con muchas hojas y mucho fruto; y de aquí viene que los codician y los estiman en tanto. Por el contrario, los justos parecen aristas, parecen polvo, que ni hay quien los riegue ni quien tenga cuidado de ellos, ni quien los defienda ni espere fruto. Mas cuando Dios toma la cuenta, cuando hace averiguación y juicio de estos negocios, luego es deshecho el engaño: los malos son llevados como polvo que eran, y los justos se quedan solos y firmes como árboles bien plantados. Y si los unos y los otros parecían árboles, y la estima y justicia de los hombres juzgaba á los unos y á los otros por tan amigos y tan favorecidos de Dios, también se deshace este engaño. los árboles quedan y el polvo

desaparece. De manera que el juicio de Dios es comparado aquí á un espíritu de grande ímpetu y tempestad, que lleva delante de sí todo lo que no está bien plantado y no tiene grande firmeza. Así lo compara en otra parte nuestro Profeta: Persigue á tus enemigos, Señor, con tu tempestad, y asómbralos con tu torbellino (Salmo 83). Y es muy frecuente comparación en la Escritura Sagrada.

Ahora es bien que platiquemos de este juicio y declaremos, en cuanto nos fuere posible, esta manera con que los malos son disipados y los justos permanecen. Tres juicios hay de Dios para con los hombres, quiero decir, de tres maneras averigua con ellos la justicia de su Palabra, y cómo se han con Él en servirle ó no servirle y en todos tres juicios es verdad decir que los justos tienen resistencia, y como árboles de buenas raíces, quedan firmes y permanecen, y los malos son entresacados y llevados poderosamente como el polvo de entre los árboles en una tempestad.

El principal juicio de que la Escritura hace mención es el final; en el cual Cristo, nuestro Redentor, Señor y Juez de los hombres, ha de tomar última cuenta de lo que cada uno hizo y dijo y pensó, con examen tan delicado, que hasta las palabras ociosas han de venir allí en averiguación de para qué se gastó el tiempo en ellas. En este juicio acontecerá todo lo que nuestro salmo dice; serán apartados los buenos y los malos unos de otros, como el buen pastor aparta las

cabritos de las ovejas (S. Mateo 25). Antes de este apartamiento, este ganado anda junto, y es difícil cosa conocer cuál es oveja y cuál es cabrito: la cumplida ciencia de esto reservada es al gran Pastor. Riguroso juicio es aquél, mas en fin los buenos permanecen en él y, como valientes árboles y bien arraigados, quedan en amistad perpetua de Dios, herederos del reino del cielo para siempre jamás.

Los malos prueban á resistir, y siendo pajuelas y polvo, se quieren defender como árboles: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? Mas al fin acógelos aquella sentencia y llévalos delante de sí: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Así está dicho por S. Lucas (3), de Cristo, nuestro Redentor: En su mano tiene el aventadero, y limpiará su era, y juntará el trigo en su alfolí, y la paja quemará en fuego que nunca se apagará. No quiero tratar ahora más largo de este juicio, oído lo habéis muchas veces; quiera Dios que os aproveche. Baste para nuestro propósito que hablando de él, es verdad lo que nuestro salmo dice que no permanecen en él los malos, ni quedan en la congregación de los justos. Hablemos de los otros dos juicios, de que en la Escritura no hay menos mención, y de los que es razón que tengáis entera noticia, si queréis entenderos con vosotros mismos y entender lo que quiere Dios.

Digo que el segundo juicio es siempre que, mediante su Palabra, el Señor trata cuenta con el hombre, escudriña su corazón y con el testimonio de ella, hace dentro de la conciencia juicio. Del cual juicio también es verdad decir que derriba á los malos, de la manera que afirmamos que se llevaba el polvo, y á los buenos los deja firmes, apartados de aquella mala compañía, como quedan los árboles bien plantados. Bien es que declaremos esto, porque es cosa muy necesaria; y cuanto al pecador peor le pareciere, tanto será más cierta señal que la medicina le sería más provechosa, si él la quisiese admitir.

Muchas veces he dicho ya como todo malo que, perseverando en su maldad y holgándose con ella, piensa salvarse y dar próspero fin á todas sus cosas, es en cierta manera hipócrita, porque todo su hecho es embaimiento ó embeleso y una maraña fingida para con Dios y para consigo mismo. Persuádese este tal que es árbol, que tiene raíces, hoja y fruto; no acaba de entender como es el polvo de que habemos tratado, dúrale esta imaginación algún tiempo, permítelo Dios y engáñalo su pecado para que ande en este devaneo y loco contentamiento. Mas cuando viene la Palabra Divina y el Señor la envía por la mano del verdadero ministro enviado por Él, y con verdadero uso de la misma Palabra, cuando la meten en el corazón del tal pecador, entonces entra verdaderamente en juicio, descúbrese cómo era árbol fingido, y conócese clara-

mente cómo no permanece; por el contrario quedando el justo levantado y firme en el mismo juicio.

Declaremos lo uno y lo otro: cómo no queda el malo y cómo queda el justo. Tienen los pecadores vacilante conciencia, nunca permanecen en un sér, tratalos de muy diversas maneras; como cosa que está sin raíz y que no puede estar firme, unas veces están con fiados, y otras veces con grande desmayo, sin haber más ocasión, de los diversos juicios de su misma conciencia. Un día piensan que no los entiende Dios, conforme á lo que por Isaías dicen: ¿Quién nos ve y quién nos conoce? Á los cuales responde Dios: Vuestra subversión ciertamente será reputada como el barro del alfarero. ¿La obra dirá de su hacedor: No me hizo? y ¿dirá el vaso de aquel que lo ha formado: No entendió? (Isaías 29.) Anda entonces el devaneo de su locura, son las olas de su reposo y de su placer, déjalos el Señor imaginar que están en tinieblas, que están de tal manera escondidos, que no pueden ser entendidas sus obras. Tras este tiempo succede otro, en que se desmayan los mismos malos y pierden toda aquella vana alegría que primero habían soñado. Así dicen por Jeremías: Es por demás, porque en pos de nuestras imaginaciones hemos de ir, y hemos de hacer cada uno el pensamiento de su malvado corazón (Jeremías 18). Hablan como gente que entrando en cuenta con Dios, no les parece que tienen remedio, si por allí han de ser guiados, para que veáis

cuánto es el desasosiego que pone la Palabra del Señor en el pecador obstinado, cuando entra en el corazón con riguroso juicio de lo que debe hacer, si no quiere ser perdido.

La razón de esta variedad es porque el malo tiene muy grande amor y afición á su pecado. De esta misma afición le nace unas veces esta locura, y este atrevimiento de seguridad con que él se halla tan bien, y se promete el mismo fin y salida de todas sus cosas con mucho contentamiento. De esta misma afición le sale otras veces el temor de perder lo que codicia. De aquí son sus sobresaltos y desasosiegos, temiendo ser entendido y tratado como quien es. Huye el impío, dice Salomón, sin que nadie lo persiga (Proverbios 28). Los impíos son como la mar en tempestad, que no puede estarse quieta; y sus aguas arrojan cieno y lodo (Isaías 57).

Mucho más adelante pasa esta vacilación y este desconcierto en las conciencias y en los corazones de estos grandes pecadores. El descuido en que el malo vive cuando duerme en sus maldades, aquella seguridad con que pasa tan adelante, aquel urdir tela tan larga, y de tal manera edificar en su misma perdición, como si nunca la hubiesen de deshacer, aquel beber de lo que le sabe bien, como si nunca le hubiese de saber mal, no es otra cosa sino un fingimiento, que ni hay Dios (Salmo 52) ni hay infierno ni ha de ser juzgado como el Evangelio lo dice. Es este fingimiento

tan secreto, está tan escondido en las cuevas de su maldad, que juraría él mismo que no lo tiene; mas fácil cosa es averiguar que no está sin él.

Por otra parte, cuando lo estimula la religión y confiesa que hay Dios, que es verdadera su Palabra, que ha de haber juicio de buenos y malos, que hay premio para los unos y pena para los otros, aun con esto muchas veces procura retener y retiene su mala seguridad. Confiesa que hay ley de Dios, mas fíngela él como le está bien, trázala y córtala como quiere. Si bien se entendiese este tal, entendería que él es el autor de aquella tal ley, pues él le da la declaración, él la mide y la hace estrecha ó la hace larga conforme á la locura de su cabeza.

Sucede tras esto el juicio de Dios, cuando por sus verdaderos ministros es su Palabra enseñada con el mismo valor y con la misma fuerza que Él quiere. Luego que la Palabra hace su oficio, veréis guerra en el corazón del malo: procura resistir y no puede, lo cual todo se muestra claramente por la tristeza, por la ofensa y escándalo que recibe, por el huir del cuidado, por querer apartar la Palabra de sí, por el pesarle de haberla oído, por el procurar echarla á otra parte, como hacen los conjuradores á las tempestades. De esta manera decía Amasías que no podía sufrir la tierra la predicación de Amós (7). De suerte que los malos son derribados con la Palabra, y por esto se escandalizan, porque se ven derribar y no tienen ra-

mas á que atenerse. Este es el juicio y poder de Cristo, mediante su Palabra y ministros, conforme á lo que está dicho por Isaías (11): Con el espíritu de sus labios matará al impío.

Declarado habemos como entre tanto que el malo trata sus cosas con su solo juicio, le parece que le va bien; mas cuando entra el juicio de Dios en el corazón, luego es vencido y es derribado con su mismo temor, y aquel temor es obra del juicio de Dios y castigo de su mano; testimonio de la ley que el pecador quebranta, pronóstico de la condenación que espera por osar contradecir á la poderosa mano de quien lo crió y tantas mercedes le ha hecho. Así dice Él en el Deuteronomio (28): Daráte el Señor corazón atemorizado, ojos desmayados y alma entristecida. Esto ha de acompañar la conciencia del malo que porfía en su maldad, la hora que lo convence el juicio de Dios mediante la fuerza de su Palabra.

Entenderéis todo esto más claramente por un ejemplo, y éste sea el de Caín, el cual es una como traza de la condición de los pecadores y de lo que el juicio de Dios obra en ellos. Caín aunque había muerto á su hermano, todavía tenía confianza en sus sacrificios, y andaba seguro que no se había de perder, vanamente confiado, fingido para consigo y fingido para con Dios. Cuando comienza el Señor á pedirle cuenta responde desvergonzadamente: ¿Por ventura soy yo guarda de mi hermano? (Génesis 4.) Estas pala-

bras manifiestan claramente la mala y vana confianza con que andaba seguro. Mas como el juicio de Dios insta y pasa más adelante, estrechándole más la cuenta y dándole á entender cómo es entendido, luego cae y desespera.

Ya dije cómo lo primero, que es tentar á esconderse de Dios, es propiedad de los malos, cómo ellos mismos lo testifican ó, por mejor decir, la Palabra Divina se lo hace testificar, según que en el Salmo (92) lo manifiestan: No verá Jehová, ni lo entenderá el Dios de Jacob. Dirán algunos que nadie hay tan loco que piense esconder de Dios su corazón. Á esto digo que hay muchos locos tocados de esta locura, lo cual es fácil de probar, y si estuvisteis atentos, poco ha que lo probamos cuando dijimos de la ofensa y escándalo que reciben cuando la Palabra de Dios les demanda lo que no conviene con su propósito, ni está bien con sus intereses; cuando les deshace la vanidad de sus locas penitencias, cuando les pide verdaderas obras y limpieza de corazón. No entienden ellos esta su locura, verdad es; mas entiéndela Dios, pues afirma que la tienen. Véase entre buenos hombres ¿á quién habemos de dar más crédito: á lo que la Divina Escritura dice del pecador, ó á lo que el pecador dice de sí mismo?

No es menester que andemos mucho porfiando en esto, pues tenemos clarísimo testimonio para convencer estas vanidades, en dos obras de los pecadores: la

una es, cuando son convencidos y se arrepienten; la otra es, cuando son eonvencidos y no se arrepienten. El malo que en algún tiempo reposó en su mala vida, proeurando para consigo mismo mitigar su peeado, lisonjeando á sus mismas eosas, deseontando eon satisfaeciones que á él le pareeían bastantes, siendo él tanteador y juez de sus mismos negoeios, y de la salida que habían de tener, y después vino en verdadero conoeimiento, entendió su perdición y euán errada iba su cuenta, desechó todas sus loeuras, sujetándose verdadcramente á la voluntad de Dios; deseando eierta mortificación con grande sufrimiento para cumplirla, este tal es bien que sea juez de lo que deeimos, hable y confiese si es verdad que tuvo tales locuras en su corazón, las cuales no eonoeió hasta que fué derribado y conveneido en el juieio de Dios.

Sea ejemplo de este pecador que habemos descrito, nuestro profeta David, que tanto más entendió de sí mismo en un punto euando se vió senteneiado en el juicio de Dios, que muehos días había entendido de los que se descuidó en su peeado, no teniéndose por tan perdido como después se halló, y quien exelama, en el Salmo 19: Los errores ¿quién los entenderá? Líbrame de los que me son ocultos. ¿Qué será lo que otros pecadorcs grandes no entienden, los euales nunca se afligieron como él lo hizo, ni con muchas leguas? De los otros pecadores ya pusimos ejemplo en Caín, el eual, aunque fué convencido de su peeado,

no quiso hacer penitencia, mas con todo eso bien se conoce de él la locura y desvarío con que se había sustentado primero, confiesa la grandeza de su maldad, queda lleno de pavor, huye de la presencia de Dios, teme que cada uno que lo encuentre lo ha de matar, lo cual todo no es otra cosa sino efectos del conocimiento de su maldad.

Era de preguntarle á este loco, qué novedad había entonces más que primero, para que en un tiempo huyese tan lleno de temores y de sobresaltos, y en otro esperase con tanto descuido, tan seguro y tan confiado. No pudiera responder que primero no sabía ser grande maldad matar á su propio hermano, y matarlo con envidia y con traición, y matar á un inocente. Con Dios habló, y al principio estuvo tan atrevido como si tuviera buen pleito. Pues ¿qué es esto que sucede? ¿Qué mudanza es esta tan grande? Porque el juicio de Dios acabó de hacer su obra en él, averiguó sus locuras y descubrió sus maldades. Conocimiento tuvo de su pecado Caín, mas no tuvo conocimiento de la misericordia divina. Si, como entendió lo primero, entendiera lo segundo, libre quedara.

Quieran ó no quieran los pecadores, conocer tienen su pecado. ¡Ay de aquellos que aguardan á conocerlo, cuando tras este conocimiento ha de venir la desesperación como sabemos que será en los malos en el día del juicio! ¡Cuánto mejor es no huir de entender á nosotros propios! Porque, por muchas maldades que

entendamos, mayor es la clemencia y mansedumbre de aquel Juez que quiere que nos conozcamos para que no quedemos perdidos. Ahora sea lo uno, ahora sea lo otro, probado habemos que el pecador es derribado en el juicio de Dios, llevado como el polvo, sin resistencia, si no quiere hacer mudanza de sí, tan grande y maravillosa, como sería la de una pajuela de las que no pueden ser trituradas, si se trasformase en un grande árbol hermosísimo y lleno de fruta.

En el sermón pasado, si os acordáis, comenzamos á tratar de esta misma materia, porque todas van entrelazadas, y unas sentencias convidan á las otras, porque dependen entre sí unas de otras. Allí prometimos que en este versículo daríamos conclusión á la locura y á la vanidad con que los pecadores no acaban de entender que son polvo, oponiendo otras muchas cosas que, á su parecer, son suficientes para sacarlos de este peligro. No hay gente tan soberbia del bien que hace, como es el pecador. No se puede estimar el precio de la onza de su buena obra, si queremos pasar por lo que él aprecia. No sólo vende caro á los hombres, mas véndelo tan caro á Dios, que se lo da por disculpa y por contrapeso de las maldades que ama y tiene metidas en su corazón.

Dijimos ya que de cualquiera manera que imaginase el malo el valor de sus cosas, de cualquiera forma que quisiese aprovecharse de ellas, lo que pretendíamos y se sacaba en limpio era que no bastaban para

excusarlo y dejar de ser polvo del que lleva y derrama el viento sin que haya cosa que le ponga estorbo. Ahora decimos que por aquella misma razón todo esto es de tan flaca y tan vana resistencia para en el juicio de la conciencia cuando Dios en ella juzga, que no le excusará ser derribado y desaparecido en el mismo juicio, y apartado totalmente de la congregación de los justos. Y porque el instrumento con que este juicio se hace es la verdadera Palabra de Dios, la cual es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y discierne los pensamientos y las intenciones de los corazones, así de los buenos como de los malos (Hebreos 4), y ella es el fiscal de estas causas todas, justo será que nos aprovechemos de ella para dejar sin respuesta el atrevimiento de los pecadores.

Hablemos pues ahora con estos tales. Ven acá, hombre perdido, que te faltan tantas jornadas para el contentamiento de tu pecado, y piensas andarlas todas con la ayuda de Dios según tú dices, ¿cómo duermes tan seguro entretanto? ¿Qué responde tu conciencia á su misma acusación, y á la que mediante su palabra el Señor pone en ella? "Responden mis buenas obras, mis oraciones y mis sacrificios: que si esto no tuviese, no me tengáis vos por tan loco, que dormiría seguro. Si yo fuese como otros malos que no tienen estos bienes míos, no reposaría un credo." ¿Y crees que permaneces en el juicio de Dios donde es testigo tu misma conciencia? ¡Oh traidor, y cómo

te engañas! Entendamos ahora: ¿por qué vía piensas tú que estima Dios en tanto tus cosas, que basten para que, mediante ellas, permanezcas en su juicio cuando Él en tu misma conciencia entra acusándote de tus maldades y de tu perseverancia en tan mal estado? No hay medio sino que tú te atreves á la necesidad que según tu imaginación Él tiene de tus servicios, ó al engaño que piensas que le podrás hacer, vendiéndole plomo por oro. Si tú hallas otra cosa en que estribe tu confianza, sácala á la plaza, si osas, que sobre mi cabeza, que ella sea más vana que estas otras dos.

Para lo primero, veamos qué tan grande necesidad tiene Dios de los bienes de los buenos, y por aquí podremos juzgar qué tal será la que tiene de los bienes de los malos. No vayamos para esto á otro testigo sino á nuestro mismo Profeta. Dijiste, oh alma mía, á Jehová: Tú eres el Señor; mi bien á Tí no aprovecha (Salmo 16). Pues si la cosa que más convence al santo para el encarecimiento de la grandeza divina y para entender cuán acertada cosa es emplearse totalmente en su servicio, es alcanzar que es tan rico y tan poderoso Señor, que ni tiene ni puede tener necesidad de bienes ajenos, ¿dónde quedan los servicios que le pueden hacer los malos, ó la falta que Él tiene de ellos? ¿Quién te dió tus bienes, hombre, para que pienses que Dios los puede haber menester? Eres rico por su mano, y si eres pobre, es por tu culpa y

porque eres tan escaso, que aun no quieres tomar, ¿y quieres competir con Él, sobre quién tiene más?

Bien mirado, no es otra cosa, pensar que el Señor se ha de contentar de tus malos bienes por tener necesidad de ellos, sino venir en tan grande locura de soñar que tienes más que Él. Burlará ahora el pecador justificado con sus mismas obras, y burlará de mí y de la vana imaginación por donde yo lo condeno; porque no es él tan necio, ni de pensamientos tan locos, que imagine que Dios puede tener hambre para que él le dé de comer, ni estar adeudado para que le dé ó le preste dineros, ni otras cosas así; estas tales vanidades, mías son, que no suyas. Sea así, que no sea tan loco, mas probarle hemos que es mucho más loco: no puede negar él la soberbia de lo que dice que hace de bien; porque si ésta no morase en su corazón, superflua sería la disputa que con él tratamos, á la cual no nos ha traído otra cosa sino su porfía, su no querer abajarse, su huir de confesar que es polvo, y su estar con tal pertinacia en su propia defensa, para que el juicio de Dios dentro de su misma conciencia no lo derribe. Que si él se diese por vencido y claramente confesase la miseria que es, haría mucho en su provecho, y á nosotros nos quitaría el trabajo de darle tormento y hacer anatomía de sus desvaríos.

Pues está ya convencido que sus bienes lo ensoberbecen, declaremos no más de una cosa: ¿en qué se funda aquella soberbia? Porfiará que no es soberbia,

ni permita Dios que lo sea. Sea así: digamos que es confianza ó esperanza si quisiere, llamemos al negro Juan blanco, démosle este contentamiento que poco le durará. Esa esperanza, amigo, ¿quién la sustenta? Esa candela con que os alumbráis, ¿sobre qué cera ó sobre qué aceite arde? ¿Por qué se contenta Dios de vuestros bienes, de la manera que vos pensáis? No por la necesidad que tiene para comer ni para gastar de ellos; ya nos concertamos en esto. Otra necesidad debe quedar escondida en vuestra imaginación, que es de ser honrado, de ser acatado, de ser servido de vos. Paréceos que lo tomáis por hambre, y que en tan grande muchedumbre de malos, y tan por el extremo malos, no lleva medio; sino que estima en mucho que vos le hagáis una reverencia, y deis color en el mundo que lo tenéis por Señor.

No sois vos el primero que habéis caído en estas locuras; vieja es la granjería y no vale más por eso. Por el camino en que vos os perdéis caminaron también y se perdieron los que decían: Templo de Jehová, Templo de Jehová, Templo de Jehová *es* esto (Jeremías 7). Pensaban que, porque en toda la tierra no había otro templo dedicado al nombre del verdadero Señor, sino aquel en que ellos entraban y adoraban y hacían sacrificios, Dios, como puesto en necesidad de esta honra, les había de perdonar todo lo demás y no permitir que fuesen castigados conforme al dicho de los profetas.

Topado habemos con vuestra locura en las cabezas de vuestros vecinos. Y para que veáis que no es ésta menor que la otra de que burlabais, dígoos de verdad que tan poca necesidad tiene Dios de vuestro servicio para ser honrado, como de vuestra hacienda para comer. No menos disminuía y afrentaba su grandeza lo primero que lo segundo. Mucho querría que tuvieseis entendido, cuán á su salvo tiene el Señor su gloria y su honra. Querer ser servido y glorificado de vos, grandísima merced es que os hace, descúbreos el artificio por donde vos podéis ganar más. Cosa es debida para quien Él es, y misericordia grande para con los hombres.

El concierto por donde esto va guiado, es que Él os formó para mostrar en vos un traslado de sí; para que de las obras de vuestras manos se viniese en conocimiento de quién es vuestro Hacedor. Esta es una parte de la imagen de la cual la Escritura habla cuando dice que formó Dios al hombre á su imagen y semejanza (Génesis 1). Este es el camino por donde las obras de los justos son tan aceptas, porque corresponden con su debido fin, y tienen origen de imagen y representación del Señor, la cual está conservada en el alma de los buenos, como raíz y verdadero fundamento de verdadero bien, para que nos guíe la divina clemencia á que recibamos grandes mercedes de la mano de quien servimos.

En lo demás poca necesidad tiene Dios de nuestros

bienes ni de nuestros servicios. Tan segura está su honra, que no hay poder en el mundo para quitársela ni para estorbarla. Vos mirad lo que queréis escoger: si le queréis dar honra y gloria por el camino de su misericordia y de vuestro provecho; si no, dársela habréis, aunque no queráis, por el de su justicia y de vuestro daño. No hayáis miedo que su gloria salga de su casa, porque cuanto le quitareis por una parte, le habéis de dar por la otra. Ni penséis tampoco que lo podéis engañar, dándole cosas falsas por verdaderas, por mucho que lo porfiéis; porque cuando porfiáis de engañar á vos mismo, allá tenéis fin de querer engañarlo á Él. Mal pensado lo tenéis, y si lo queréis saber, escuchad lo que dice por nuestro Profeta: Pensaste, traidor, y has fingido en tu corazón, que somos todos de una manera, y que yo soy como tú. Tú hipócrita, quiere decir, tú mentiroso y vano, tú engañador y engañado, ¿pensabas que de cierto sería yo como tú? Mal camino es el que llevas, entraré en juicio contigo y sacaré tus maldades tan á lo claro, haré que tú seas tan cierto testigo contra tí mismo, que no tengas qué responder, quedando manifiesto quien eres y lo que tentaste ser (Salmo 50).

Esto me parece que basta para convencer á los malos de sus vanas confianzas, cuando se aseguran y se desvanecen, tornándose más locos de lo que primero eran con las obras de sus manos; pues no son menos las locuras de esta tal gente cuando se levanta y se en-

soberbece mucho por sus peticiones y sus oraciones, lo cual es bien que probemos aquí como lo tenemos ya comenzado y en otra parte lo prometimos. Responded, veamos, si os parece que tenéis de qué estar contento: ¿qué oración es la que rezáis? Si rezáis la del Padre nuestro, como el Redentor del mundo nos lo dejó enseñado y mandado, en las manos os tenemos. ¿Qué decís? Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. ¿Estáis burlando con Él, ó decíslo de verdad? ¿Es cierto que deseáis eso que pedís, ó es cosa de cumplimiento? Si es lo segundo, engañarlo queréis. Por esta parte en el lazo os tenemos, y más verdaderos nos hacéis de lo que queríamos. Si es lo primero, ¿cómo es posible que vos de verdad deseéis la honra y gloria de Dios y la obediencia de sus mandamientos, y que obréis tan al contrario? ¿Por qué no ponéis en ello las manos, si os sale del corazón? Ó confesáis claramente: Señor, por los otros lo digo, que no por mí; santifíquenos los otros, y deshonraros he yo.

Pasemos más adelante. Venga, Señor, vuestro reino. Declarad lo que queréis decir; si no, declararlo he yo, si os fiáis de mí. Venga, Señor, vuestro reino, mas en viniendo él, huiré yo por no entrar dentro; porque, si quisiese entrar, venido es ya para mí. ¿Qué decís en lo demás? Cúmplase vuestra voluntad en la tierra como se cumple en el cielo. Mirad qué desea este hombre, y tomad el dicho á sus obras. Si habla

de sí, y como á miembro podrido no se saca de su propia oración, y habemos de escuchar á sus hechos y á la confesión de sus manos, la sentencia de lo que dice es: Así, Señor, se quebrante vuestra voluntad en el cielo, como yo la quebranto en la tierra, para que así como yo vivo contra vuestros mandamientos, así entre en vuestro reino contra las leyes de vuestra justicia. Dará voces y dirá que no dice tal, sino que nosotros se lo levantamos. Luego no rezáis de verdad ni de todo corazón. Querríais que de una manera se cumpla la divina voluntad y que de otra no se cumpla. Justicia, mas no por vuestra casa. Podrá también responder que no reza esta oración, porque es peligrosa; sino otras que á su propósito vienen mejor, y tienen muy grandes virtudes y no tantos achaques.

No quiero proseguir más esto, no por falta de materia ni de necesidad de tratarla; sino porque el tiempo nos va faltando, y á lo que parece está bastantemente probado que cuando Dios juzga en la conciencia del malo, en ella misma es convencido, y tomado en sus mismas redes. De negarlo él, no habemos de hacer caso, porque la porfía de su defensa, la ira de su corazón, los rodeos que anda buscando, el apelar del juicio, el procurar no entrar en él todo esto es de nuestra parte; no creáis que es otra cosa esto sino firma de su confesión.

Queda otro peligro mayor, aunque el pasado bastaba. Éste es la ira que muchos conciben cuando se

hallan vencidos, la desesperación que quieren tomar por remedio último, pensando que librarán mejor cuanto más enojaren á Dios. Luego dicen: Si verdad es esto, si no tengo con que defenderme, si las cosas que yo hago para mi bien, no me hacen amigo de quien me ha de juzgar, ni las tengo de responder ni poner por excusa, determino de no hacerlas. ¿Para qué las quiero yo, si de esto no me han de servir? Más continuas son estas respuestas de lo que pensáis y también son viejas. Así lo dicen los malos por Jeremías (18) y á este mismo propósito: Es por demás, porque en pos de nuestras imaginaciones hemos de ir, y hemos de hacer cada uno el pensamiento de su malvado corazón.

¿Paréceos que es este buen remedio? ¿Desesperar por remedio y desesperar para ser peores? ¿Porque, siendo malos, no los tienen por buenos, determinar de ser mucho más malos, airarse de tal manera con Dios ó con su Palabra, que monta tanto, que por enojarlo más y como por género de venganza añadan nuevas maldades? Amigo, no digáis vos tal cosa. Basta que en lo primero fuisteis como Caín en estar ciego y en ser porfiado y en tentar á defenderos contra el Señor, no lo seáis en lo segundo, que es en el desesperar. Cuanto peor os pareciere que sois, refrenad más vuestro corazón, porque no paséis más adelante. Si desesperáis del vano remedio, para buscar el verdadero, eso es lo que buscamos; mas que to-

méis licencia de ser más malo, guárdenos Dios. Lo que se os ha dicho, grande verdad es y verdad del cielo. Mas si tan vencido os tiene vuestro pecado, que no queráis salir de él, no dejéis de hacer el bien que pudiereis y cuanto más pudiereis.

Avísoos que hay ira de Dios y hay más ira, hay malos y grande exceso de malos. Lo que hasta aquí habemos tratado acerca de vuestro juicio, sirve para muchas cosas. Lo primero, para que entendáis la verdad de vuestros negocios, y no os engañéis ni os engañe nadie. Lo segundo, para que sepáis que Dios quiere manos limpias y corazón limpio, y que donde esto no está cumplido del cumplimiento que su ley demanda, no hay excusa, no hay remedio, no hay recompensa, dado que sea de todos los bienes del mundo, que nos libre ni nos defienda de la ira de su juicio, para que no seamos vencidos y derribados en él. Lo tercero, para que de los bienes que vos decís que hacéis, en ninguna manera os ensoberbezcáis ni os aseguréis, ni penséis que con ellos hacéis libro de gasto y de recibo para con Dios.

Los bienes de los justos se perderían por este camino ¿y no se perderían los vuestros? Mirad, no sea en vuestro daño lo que afirmáis que hacéis para vuestro provecho. En la desesperación de los malos que dijimos, se ve el valor de sus bienes, pues en no aceptándoselos Dios para su disculpa, luego los quieren dejar y no hacer sino males. Esta desesperación anda

muy secreta, muy mansita y disimulada, mas yo os digo que de estos tales ahorcados se hallarían muchos en muchas casas. Malo es este camino, no lo sigáis. Caer en el juicio de Dios, vencido y convencido de vuestra maldad, no os pese por ello. Bueno es, si por veros caído, procuráis de levantaros. El fin para que os derriban, este es. Quien tuvo poder para dar con vos en tierra, lo tiene para alzaros de ella, y con lo primero os convida para lo segundo. El Señor es el que hace la llaga y el que la vendará: Él hiere y sus manos curan (Job 5).

Y pues habemos enseñado remedio para los vencidos, si quieren salir con victoria, y derribado los rebeldes y los porfiados, convenciéndolos mediante la Palabra Divina, cómo en el juicio de su conciencia no se pueden sostener cuando la ira de Dios juzga en ella; sino que son llevados como polvo, no teniendo más resistencia que él tiene, digamos ahora cómo permanecen los buenos, quedando seguros y fuertes, como quedan los grandes y poderosos árboles cuando los menea el viento. Los justos quedan levantados y firmes en el juicio de que tratamos, porque tienen alegre y sosegada conciencia. Estas son las principales armas con que resisten, muy contrarias á las de los malos. La conciencia alegre y segura, dice Salomón, es como un convite continuo (Proverbios 15). No interviene pesar ni hambre ni desabrimiento que ponga desasosiego: grande cosa es el espíritu enamo-

rado de la bondad de Dios, y el corazón sin traición para contra Él. Esta es nuestra gloria, dice San Pablo, el testimonio de nuestra conciencia, que con simplicidad y sinceridad de Dios, no con sabiduría carnal, mas con la gracia de Dios, hemos conversado en el mundo, y muy más con vosotros (2a. Corintios 1).

En tu misma conciencia se han de hallar, hombre, las armas con que has de morir, si has de morir; y en ella misma las que te han de amparar en el juicio de Dios. Cuán poco te aprovechará trabajar por desechar las malas, si las tuvieres, ya lo habemos declarado; procura de tener aquellas con que el mismo Señor quiere que te defiendas cuando te pidiere cuenta. Dirá ahora el malo que á él estorbamos mucho la soberbia de sus propias obras, y la permitimos al justo, porque no parece otra cosa esta paz y seguridad que pedimos en la conciencia, sino licencia de ensoberbecerse y de ponerse en cuenta con Dios como un hombre se pone con otro. Razón es que respondamos, porque de aquí resultará grande luz para la inteligencia de esta materia en que está toda la importancia y la llave de la salud del cristiano. El mismo Satanás se transfigura en ángel de luz (2a. Corintios 11), y en lugar de esperanza pone soberbia, y en lugar de fe, atrevimiento, y en lugar de paz, sueños perdidos.

Visto habemos ya no pocos que han tomado lecciones y enseñamiento para este santo testimonio de la conciencia y muy contentos de haberlo hallado, y des-

pués sacarse en limpio que no habían hecho otra cosa sus enseñadores y ellos, sino dar abierta la puerta al espíritu de vanidad, y hacer más disimulado y más malo de conocer el camino de la perdición. La paz cristiana, mortificación cristiana requiere; grande conocimiento tiene del pecado, y ninguna soberbia tiene de su justicia. Diremos de esto solamente y con brevedad lo que hace á nuestro propósito; lo demás quede para su lugar. Esto todo nos enseñará San Pablo en pocas palabras. Yo en muy poco tengo el ser juzgado de vosotros, dice, ó de cualquier juicio humano; porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado (1a. Corintios 4).

Si concertamos estas dos razones de un mismo autor, y tal autor, la que ahora dijimos y la que primero alegamos, que el testimonio de nuestra conciencia es nuestra gloria, tendremos dado camino para que se entienda lo que tratamos. El principal valor de todo esto, lo que ha de procurar el cristiano y no trocarlo por todos los tesoros y bienes del mundo, es llamar á Dios de verdad, invocarlo sin mira de maldad, sin celada de traición, con obediencia de sus mandamientos, sin determinada voluntad de quebrantar ni uno de ellos y cueste lo que costare. El caudal del hombre es llamar á Dios; el llamarlo y el ser oído consiste en que, cuando volviere los ojos á su corazón, no halle en él los enemigos del mismo Señor que invoca, no queriéndolos echar de sí, sino que los sostiene y los ama.

Ya tenemos un escalón andado, que Dios oye á quien así lo llama, y óyelo por su clemencia; porque así lo tiene prometido. Resta que la justicia de este tal hombre depende de que será oído y será despachado en la audiencia de la misericordia. No tiene soberbia el justo, ni tiene de que tenerla, antes da voces: ¡Oh Jehová! no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de tí ningún viviente (Salmo 143). La satisfacción y la paz del justo consisten en esperar que ha de ser juzgado con misericordia. Rigurosa cosa es la audiencia de la justicia de Dios; donde han de ser juzgados los malos, no hay defensa ni amparo en ellos. Allá serán derribados y aquí lo son, pues ellos mismos son testigos de como aman á sus traiciones.

El justo dice: Señor; si enemistad tengo con mi pecado, Vos me lo pusisteis; si he procurado echarlo de mi corazón, vuestras armas lo hicieron; si paso adelante, Vos me sustentáis; si soy tentado, de mi ruindad nace; si estoy flaco, de mí procede; si no estoy del todo limpio, yo lo estorbo; si hay tanto en mí en que cada hora sea menester que pongáis las manos, y con todo esto no quedo limpio, cosecha es de mi ruin corazón, reliquias de mis viejas obras, testimonio de lo que sería si Vos me dejaseis. Vuestra Palabra, Señor, me sustenta y me tiene con esperanza, que cuando haya de ser juzgado, me oirá y juzgará vuestra misericordia; que, cuando no tenga yo que decir,

responderéis Vos por mí; que con la sangre de vuestro Hijo acabaréis lo que no pude yo, puliréis lo que está torpe, limpiaréis lo que es meuester que esté más limpio, prestaréis al pobrecito, daréis á cualquiera que tuviere, como Vos lo teuéis dicho (S. Lucas 19), colmaréis lo que uo va bien lleno, y mostraráse quieu sois, y cuanto vale lo que nos disteis.

Estas son las armas con que permauece el justo en el juicio eu que cae el malo. Estas son las defensas de su conciencia, esta es la firmeza con que se sustenta; con que, aunque es combatido, uo lo llevan; con que, dado que lo meneen, no lo derriban. No cae por desesperación, no por resistir con soberbia, ni por esconder su pecado, permanece por confesión, está firme por esperanza, porque tiene echadas raíces en la misericordia de Dios.

Resta que digamos del tercer juicio, por el cual Dios en este mundo eutra también eu cueuta con buenos y malos, y da conocimiento de su justicia, y de la verdad y firmeza de su Palabra. Esto es, cuando castiga en esta vida á los unos, y premia á los otros, cuando por trabajos, cuando por cruz, cuando por volver las cosas al revés de lo que el mundo las teuía asentadas, llama á los hombres al arrepentimiento y hace prueba de los que sou suyos ó no lo son. En este juicio sucede lo mismo que en los primeros: los malos son llevados como polvo, los justos quedan como árboles.

De esta manera con que Dios muchas veces juzga,

hay en los profetas larga mención. Por Miqueas (6) se hace protesta muy grande, convocando á los montes y á los collados y á los fundamentos de la tierra, que se hallen presentes al juicio que Dios quiere hacer con su pueblo; disputa primero con él, después síguense las amenazas. Isaías (3) dice: Jehová vendrá á juicio contra los ancianos de su pueblo y contra sus príncipes. Y nuestro Profeta en muchos lugares trata de este mismo juicio (Salmos 10 y 76).

De todos los tres juicios el que menos entiende y cree el mundo, es este de que hablamos. Dura tanto á su parecer la prosperidad de los malos que, para alcanzar en la tierra lo que los hombres de la tierra desean: riquezas, mandos, honras, ventajas, deleites y alegrías, tiene ya por averiguado que el más seguro camino es el de la maldad, descubierta ó encubierta; y para nunca llegar á ello, esto que llamamos virtud y llamamos ser cristianos. Ya podríamos venir en medios de concertarnos con él, si solamente tuviese esta regla para el adquirir, mas dice que es más cierta para conservar y para pasar adelante. La Divina Escritura amenaza la caída de éstos y promete próspera salida á los buenos, mas poco se curan los hombres del mundo, de creer lo que ella en este caso dice; su regla tienen por verdadera, por experiencia dicen que la hallan tal, estas otras cosas tendrán otras interpretaciones, de que ellos tienen muy poco cuidado.

La fe de los justos atiénese á la Palabra de Dios,

pone en ella su esperanza toda. La codicia y la sabiduría de los malos siguen la regla que más conviene con el ímpetu y con la locura de sus perdidos deseos. No niego yo que por la maldad no se alcancen en esta vida muchas de las vanidades que los hombres codician, y que no consigan por este camino las haciendas y dignidades que habían de tener los justos, si el mundo anduviese derecho; mas digo y creo lo que la Escritura Santa en es este caso dice: que entra Dios en cuenta con los pecadores, y al mejor tiempo del descuido de ellos y de la posesión de sus bienes, les corta el hilo y los derriba, llevándolos como va el polvo en presencia de la tempestad. No saben ellos el cómo ni el cuándo ha de ser esto, ni les parece que puede ser; mas Dios sabe que ha de ser, y elige el tiempo. Con toda su adversidad estaba Job en este parecer, y dice que sabe y tiene por cierto que los impíos serán como la paja delante del viento, y como el tamo que arrebata el torbellino.

En este mismo juicio quedan prosperados los justos porque, dado que la ignorancia de la maldad juzgase que estaban olvidados y sin fundamento, á la verdad ellos eran los árboles bien plantados y de fortaleza muy grande con que permanecen en el juicio, y los otros eran las pajas en que no puede haber resistencia. Comencé á decir que este negocio era cosa de fe, porque no alcanzan á conocerlo sino los fieles; los otros quedan perdidos, y sin entender el camino de su per-

dición: quiero declarar más esto, para que más fácilmente se vea cómo mantiene Dios su verdad, y de qué manera nos habemos de haber, para no perdernos apartándonos de Él. Toda la diferencia está en que el malo no mira más del tiempo presente, en éste procura él su prosperidad, y pone fundamentos para lo de adelante. Lo que tiene entre las manos es la regla de lo porvenir á su parecer, de lo uno piensa que se le ha de encaminar y crecer lo otro.

No tiene más esperanza de esta, ni más fe de la que habéis oído, porque, si él otra cosa tuviese, tomaría otro camino para sus intentos. Mas como es de tan corta vista para entender los juicios de Dios, no hay para él más de lo que tiene delante y hace regla, como habemos dicho, por donde de lo uno colige lo otro. De lo pasado nunca escarmienta, ni lo entiende ni lo conoce, ni lo toma para lección de fe ni para conocimiento de la verdad y de la justicia divina. Si entendéis esto, veréis claramente acerca de la cuenta del malo, que nunca conoce sino lo presente, todo lo reduce á ello y lo hace regla general para todo.

El justo va por otro camino: tiene esperanza para otros tiempos que sabe que están en la mano de Dios; para lo presente tiene paciencia, con el conocimiento de su pecado; sustenta y esfuerza su fe con la memoria de lo pasado, mirando con atención los grandes juicios de Dios, la amistad que con los suyos mantuvo y el castigo que dió á los malos. De esto todo burlan

los pecadores, y es para su juicio cosa de muy grande locura: de lo que ya fué no tienen cuenta; lo que ha de venir, no piensan que lo pueden alcanzar, ni saben cómo, y si algo les queda de que puedan temer, ya proveen para ello y para esto añaden maldad. Lo presente es lo que procuran; porvenir, no lo hay, y si lo hay, será, como habemos dicho, guiado por lo que entre las manos tienen.

La primera locura de éstos es tasar la potencia de Dios, y pensar que hay manera y tiempo para escapar de sus manos. La segunda es como la primera, que es tasar en sí mismos lo que les puede doler, y cuánto les puede doler, creyendo que la mano de Dios no les hallará donde castigarlos, mas de aquello adonde ellos proveen, y que de todo lo demás quedan seguros. La tercera locura es no conocer por las cosas pasadas el cuidado que el Señor ha tenido de volver por sus amigos y de castigar á sus enemigos.

Siempre la ira de Dios mostró grandes señales contra los malos y grande favor para con los buenos, dando á los unos muy prósperos fines y á los otros muy desastrados. Esto quiere decir la caída de Babilonia, de Nínive, y de Egipto y de otros grandes imperios del mundo; esto los castigos de tantos tiranos, los fines y paraderos de muchos malos; y esto mismo quieren decir las súbitas prosperidades de muchos justos, encaminadas y favorecidas contra toda la resistencia y saber de la tierra. No es menester ir á tiempos pa-

sados: los nuestros y los de cada uno nos dan testimonio de esta misma verdad y nos dejan sin excusa ni poder pretender ignorancia para cuando Dios tomare la cuenta.

Mas como traemos los ojos ciegos de grande infidelidad, inficionados de nuestras locuras, derramados por nuestras vanidades, levantados por nuestras codicias y soberbias, no acabamos de creer que la mano de Dios ha hecho lo pasado, y ella hace lo presente, ni que anda su justicia entera con grande atención para ejecutar lo que su Palabra dice. Nunca miramos á las cosas bajas en que podríamos cada día ver esto; siempre ponemos los ojos en no sé qué alturas y cosas de grande estado, donde la vanidad de ellas y el ser tan pocas nos desatine y haga más locos. Resulta de aquí que cuando nos viene el castigo, nos toma de súbito y desapercibidos; quedamos con la pena y sin el aviso, castigados y no enmendados, heridos sin saber de que mano ni para que fin.

En conclusión: la Palabra de Dios afirma ser cosa cierta que los malos en el juicio de este mundo y en las cosas de este mundo caen y son derribados, y los justos son favorecidos y permanecen; al pecador se le hace cosa muy difícil entender esto. ¿Á cuál daremos más crédito? Lo que la Escritura dice no carece de pruebas, sino que carecen los malos de ojos para mirarlas y de juicio para entenderlas. Dijimos que también en este caso se hacía separación, como de los

árboles y de las pajuelas y polvo. ¿Por ventura no tenemos de esto ejemplos grandísimos, dados para este mismo fin y para confirmación de esta grande verdad? Cuando Dios quiso destruir á Sodoma, ¿no envió al ángel que apartase á Lot y á los de su casa antes que viniese el fuego? (Génesis 19.) Cuando quiso hundir el mundo con las aguas del diluvio, ¿no apartó á Noé y á su familia toda, apercibiéndole que hiciese arca en que se librase? (Génesis 6.)

Aquí está aparejada la respuesta, que una golondrina no hace verano; esos y todos los que se pueden tratar son pocos ejemplos y de pocas edades, y los que se pueden traer al contrario, no tienen número, de malos cuya prosperidad fué siempre adelante y resistieron á las tempestades del mundo, y de buenos que fueron como consumidos y sin memoria. Su respuesta requiere esto, y que no sea sacada de nuestra cabeza, ni de nuestra imaginación, porque sería muy vana. Puesto que la Sagrada Escritura es la enseñadora de esta doctrina, razón es que ella misma responda y dé verdadera luz al camino de los fieles y que los esfuerce para el trabajo.

Parte de esta respuesta está ya dada en esto poco que habemos dicho de los ejemplos que hay de la misericordia y de la ira de Dios, y del cumplimiento de su Palabra; en lo que comenzamos á declarar acerca de la ceguedad de los malos en las medidas que de los tiempos hacen, y en las maneras con que previenen

en nunca mirar lo que es para su aviso y su enseñamiento; sino siempre poner los ojos en lo que conforma con sus apetitos y ciegos deseos; de lo cual todo sucede, que lo claro les parece oscuro; lo que cada día acontece, cosa que nunca se vió; y por el contrario, lo que está caído, que está muy levantado; lo que nunca tuvo verdad, que lleva camino muy acertado.

Lo demás que resta por responder y la explicación de lo que brevemente aquí habemos sumado, quedará para el sermón que viene, en el cual trataremos esta misma materia: lo uno, porque traerla aquí toda, sería cosa muy larga; lo otro, porque es tan propia de aquel lugar como de éste, y los dos versículos están entrelazados, dando el uno razón del otro, y entre sí se ayudan á declarar. Lo que basta y es menester para que lo que está dicho se entienda y nos aproveche, es creer firmemente que sabe más Dios de nuestros bienes y males, que nosotros sabemos; que lo que su Palabra en este caso dice, es verdad que no puede faltar; que la ejecución y cumplimiento de todo se ha de remitir á su infinita sabiduría, y con esperanza muy grande y con pedir al Señor su favor, procurar con nuestras fuerzas todas, que en el juicio de nuestra conciencia quedemos firmes, que en todo lo demás seguros estamos que no nos desfavorecerá en el de esta vida quien en el final nos espera para llevarnos consigo.

SERMÓN SEXTO

PORQUE conoce el Señor el camino de los justos; y el camino de los malos perecerá.

En este último versículo se prosigue la misma sentencia que se trató en el pasado, señalando la última y final razón de todo lo que está dicho. Así como es fin del salmo, así es un remate y una conclusión con que nos despierta David y nos da cumplida claridad de lo que precedió poniéndonosla como por refugio donde nos amparemos y fortalezcamos para la inteligencia de todas estas cosas, y en la hora de la tentación. Dijimos que los malos no permanecen ni se sostienen en el juicio de Dios, y que los buenos quedan en él derechos y firmes. Tratamos de tres juicios, y en cada uno de ellos verificamos ser cierta la sentencia de nuestro Profeta. Ahora se sigue una razón que lo comprende todo, y enseña el secreto y el artificio por donde todo es guiado: Porque conoce el Señor el camino de los justos, y el camino de los malos perecerá.

Todo depende de este favor que los unos tienen, y del desfavor que los otros buscaron contra sí mismos con la perseverancia de sus malas obras. No hay cosa que no conozca Dios, ni se puede esconder nada de

su infinita sabiduría. Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad (Salmo 94). Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová que escudriño el corazón, que pruebo los riñones (Jeremías 17). Mas este vocablo conocer, muchas veces en la Divina Escritura se toma por aprobar y por favorecer. Á las vírgenes locas se les responde en el Evangelio: De cierto os digo, que no os conozco (S. Mateo 25). Por el profeta Amós (3) dice Dios al pueblo de Israel: Á vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra. En estos lugares, y en otros muchos que traerse podrían, está claro qué quiere decir conocer. En nuestro versículo, tanto es como si dijese: Favorece Dios el camino de los justos y tiene cuidado de él, y el de los malos es desfavorecido. Quede pues asentado que la sentencia de lo que David dice en la conclusión del salmo, puesta en más claras palabras para nosotros, es la que se sigue: Porque tiene el Señor á cargo el camino, los sucesos y los fines de los justos; y las cosas de los malos, como desamparadas y dejadas de su mano, tendrán mal paradero. Esta es la causa y razón de todo lo que se ha dicho para el bien de los unos y el mal de los otros. Ser suficiente la causa, no lo negaréis. Ninguno habrá de tan perdido juicio, que no confiese que será muy bien librado á quien Dios favoreciere y tuviere cargo de sus cosas, y que lleva mal camino á quien Él desamparare.

Resta que probemos ser cosa cierta que Dios hace lo uno y lo otro; que es procurador de los buenos y de sus negocios, y enemigo de los malos y de sus cosas. Si el pecador confesase ambas verdades y las confesase de corazón, luego dejaría su mala vida y sus pensamientos perdidos; mas no quiere conocerlo y, si algo confesare, será lo primero, que va bien seguro aquel de quien Dios tiene grande vigilancia y solicitud, y que está sin remedio á quien Él persigue. Lo segundo es lo que negará: estar el Señor de tal manera para lo uno, y de tal para lo otro. Cómo niegan los pecadores y cómo confiesan, ya lo habemos tratado: resta que probemos lo que está propuesto.

Grandes son los argumentos que los malos tienen para no creer que Dios está tan contra ellos y tan en favor de los buenos. Son tan grandes, que ponen en mucho aprieto á los mismos justos, y confiesan claramente que ésta es la más grave tentación que sienten, entre otras muchas que en esta vida les dan congoja. No gastemos mucho tiempo en diversidad de lugares que de la Sagrada Escritura se pueden traer: bastará uno de nuestro Profeta, en que está bién claro lo que decimos. Casi se deslizaron mis pies, por poco resbalaran mis pasos; porque tuve envidia de los insensatos, viendo la prosperidad de los impíos (Salmo 73).

Pues si este conocimiento fatigaba á tan grande santo, á tan grande amigo de Dios, y que tanto alcanzaba de sus secretos, ¿qué hará á los que están lejos de

tal perfeción? Y si á todo género de justos más perfectos y menos perfectos combate de tal manera, ¿dónde quedarán los ciegos y los perdidos que no sienten sabor de otros bienes sino de los de este mundo? Los justos no se acongojan tanto por sí, cuanto por los otros. Cada uno está aparejado para sufrir su cruz, mas pónenlo en grande fatiga la caridad y el cuidado de su prójimo. Los malos tan ciegamente se aman, que tienen desenfrenado deseo de quererlo todo para sí, de donde fácilmente se puede colegir cuán sin juicio estarán en la consideración de lo que tratamos. Pues el argumento es tan fuerte, cierta cosa debe de ser alcanzarse muchas veces por la maldad muy grandes prosperidades y satisfacción, y por la mayor parte los prosperados y contentos en este mundo ser malos; porque á ser de otra manera, no sería esta tentación para los buenos tan grave, ni tendrían los pecadores tan autorizado y tan seguido este mal camino para el cumplimiento de sus deseos.

Resta ahora que probemos ser verdad lo que el Profeta y el Espíritu Santo dicen que tiene Dios á su cargo el camino de los justos, y que el de los malos perecerá, respondiendo juntamente á la contradicción que está hecha. Bien será tomar principio de lo que menos se estima, que es de la prosperidad espiritual, de los bienes del alma, de su bondad y de su justicia por donde ha de conseguir perpetua y bienaventurada vida. Tras esto se dirá de lo otro en que más nos va, si el

juicio del mundo oímos, de las vidas, de las haciendas, de las honras, de las tiranías, de las sucesiones, de las memorias y de las famas, de las torpezas, de los deleites, de los placeres y, por decirlo en una palabra, de tanta bestialidad.

Si solamente con los malos hubiera de ser nuestra plática, fácilmente nos despidiéramos del primero, porque claro ó tartamudeado confesarán en fin, que los bienes de la otra vida se adquieren por la bondad y la justicia, aunque todavía porfían que es más breve y más seguro el camino para los ricos, lo cual quedará para otro lugar. Mas como habemos de tener mucho respeto á los buenos, y á los que trabajan por serlo, será bien detenernos un poco, para que se confirmen en la verdad y conozcan el cuidado que Dios tiene de salvarlos, y se lo agradezcan y se lo sirvan.

Justos hay en la Escritura, y se hallan cada día, que desmayan y son vencidos y apartados de aquella grande amistad que entre el Señor y ellos había. En el tiempo de su caída, y en tanto que están caídos, perdido han el nombre de justos. Si en rigor de verdad lo miramos, no les conviene este nombre. Si se llaman justos, es refiriéndolo al mucho tiempo que lo fueron antes, y al mucho que lo son después, y al poco espacio que están en pecado, arrepintiéndose profundamente y saliendo de él con grande escarmiento. Tiene Dios especial cuidado de sacar del pecado á los tales: son sus escogidos. Sabe que le fueron muy fie-

les, conoce que lo han de ser, despiértalos poderosamente, castígalos con rigurosa mano, ábreles grandes caminos para su remedio. Ejemplo tenemos de esto en David, ejemplo en San Pedro y en grande multitud de santos.

No sé cómo más encareceros esto, que con lo que en el Libro de la Sabiduría está dicho, que lleva muchas veces Dios á los suyos en edad temprana y sin razón, al parecer de los hombres, porque estando en este mundo no se le dañen. Arrebatáronlo, dice, porque la malicia no lo mudase, y no fuese engañada su alma (Sabiduría 4). ¿Hay entendimiento, Señor, que sepa alcanzar vuestra diligencia y la misericordia que usáis con los vuestros, que como sabio hortelano cogéis la fruta temprano porque no os la dañe el tiempo? ¿Hay cosa que pueda llegar aquí? Por el profeta Oseas (2) amenaza Dios á su pueblo, diciendo: He aquí que yo cerco tu camino con espinas, y cercaré con seto, y no hallarás tus caminos.

Pues si en los que parecen castigos y azotes de su mano, viene encubierto tan grande favor, si en lo que al primer gusto tiene sabor de amargura, vienen mezcladas cosas tan dulces, ¿qué será en los manifiestos favores y en los regalos sin encubierta? Este es el camino y el artificio con que trata Dios á los suyos, éstos son sus desfavores; mirad qué será lo demás. Pues veamos, á los pecadores ¿no los busca, no los llama para que no se pierdan? Sí por cierto. Mas,

así como por justo entendemos aquel que, dado caso que cayó, sintió su caída, lloró su perdición y se aprovechó del favor para dejar aquel mal camino y volver al primer estado, así entendemos por pecador y por malo al que ama su perdición, al que en ella se quiere estar, al que busca excusas y devaneos, al que dándole la mano está quedo, queriéndolo levantar se deja caer, alumbrándolo con luz cierra los ojos, llamándolo no quiere oir.

Á estos tales muchas veces les hace la divina justicia un favor de los que el mundo llama favores, de los que los mismos pecadores desean, de los que piden en sus oraciones y en sus sacrificios, porque no aleguen que los engañan. El camino que ellos quieren llano, déjanselo llano; no quieren hallar cruz en él, porque les es mal agüero como el de la horca, que no la topen. Así se dice en el Salmo 81: Dejélos por tanto á la dureza de su corazón: caminaron en sus consejos. Por Oseas (4) los amenaza que no visitará ni castigará á sus hijas cuando pecaren, sino que les dará lugar á que se desvergüencen por sus solturas.

Y es el último castigo que en este mundo les puede venir: éstos son los favores que los malos buscan, la bienaventuranza que tanto desean, esto es lo que piden á Dios, y por esto mismo lo niegan. Ellos lo estiman por grande bien; la Divina Escritura lo cuenta por grande castigo. En el azote y en la cruz de los justos, dijimos que venía encubierta grande blandura

y grande regalo; en la prosperidad de los pecadores, afirma el Señor que viene disimulado un veneno el más peligroso y más malo que se pueda imaginar. Á tratarse esto con gente de algún conocimiento del verdadero bien y del verdadero mal, bastaría lo que habemos dicho para que quedase por cosa cierta y averiguada: los justos ser en todo prosperados en este mundo, tener Dios á cargo sus cosas todas; y el camino de los malos ser totalmente desfavorecido, y en ninguna cosa tener buen suceso.

Si los trabajos y adversidades son á los unos grande ocasión para que no se pierdan en esta vida y alcancen la que no tiene fin, y el descanso y la abundancia de los falsos bienes ciegan á los otros para que se duerman y para que cada día se olviden más y se enreden en su perdición, ¿qué razón puede sufrir que á lo primero se le pueda poner nombre de mal ni de desfavor, y á lo segundo de prosperidad ni de bien? ¿Quién sería tan vano que juzgase por mala obra la que un sabio médico hiciese con un enfermo, administrándole medicinas al primer sabor amargas, mas de certísima eficacia para su salud, y por buena la de la loca madre que por regalar al hijo le hiciese dar todo lo que se le antojase?

Mas porque parece cosa demasiada hablar con ellos de esto y la porfía de sus locuras y de sus deseos, junto con la plática que de ello tienen, da testimonio de como lo entienden y como lo creen, dejarémoslo

ahora con lo que está dicho, y trataremos de estos sus bienes en que tan empleados tienen sus corazones, y por donde su pertinacia toma la medida de los favores y de los desfavores, del bien y del mal de este mundo. Digo pues que, hablando en el sentido en que ellos entienden esta materia, los malos son prosperados en esta vida y derribados y tratados como quien son.

Espantádoos he con tan dura sentencia, porque aquí os parece que va el todo, que de lo otro, poco caso haríais. Y porque no os consoléis con pensar que esta es mi imaginación y por tanto cosa vana, quiero que sepáis que es cosa que dice Dios, y concierto de su justicia. Para que á los buenos se les quite todo tropezadero y toda ocasión de error, es bien que primero sepan que lo que ahora afirmamos no echa fuera la cruz que el Evangelio y toda la Escritura anuncian á los que quisieren seguir la verdad; juntamente se padece cruz y se alcanza grande prosperidad, y la pobreza y las afrentas y los trabajos y la muerte de lo primero no embaraza lo segundo.

No sabe el juicio del mundo cómo se pueda compadecer esto, mas alcánzalo la fe, y entiende que es cosa muy cierta como después probaremos. Comencemos por lo más evidente, probando con los ejemplos, ser grande verdad lo que habemos dicho. No podrán negar los favores que mostró Dios á Abraham, á Jacob, á Job y á otros muchos, como en los sermones pasados ya lo dijimos; ni podrán tampoco ne-

gar las caídas de Faraón, de Nabucodonosor, de Senaquerib y de otros que no tienen número. Claramente se manifestó en éstos cómo en este mismo mundo quiere la justicia divina quitar á los malos la posesión de los bienes que ellos estiman y por cuya causa son malos. Aquí los quiere castigar en lo que tanto les duele, y hacer que paguen las grandes maldades que cometieron contra los buenos. Quiere también proteger á los justos, librándolos de la tiranía de los pecadores, y mostrándoles y dándoles argumento de lo que les tiene aparejado en el cielo, pues no los deja sin parte de las cosas de la tierra. Los ejemplos no son tan pocos como los malos responden, ni los que de su parte alegan son tampoco tantos; antes es todo al revés que ellos no tienen ni uno con que deshagan lo que en este caso la Palabra Divina dice, y los que para confirmación de su grande verdad nosotros tenemos no se pueden comprender.

Ahora es bien que declaremos lo que algunas veces habemos apuntado, que el conocimiento y juicio de esto es cosa de fe, y que sola ella lo alcanza, y la ceguedad de los malos no es parte para hablar de ello. No cumple Dios su verdad conforme al apetito y liviandad de la carne, porque ni es razón que Él esté atado al juicio y parecer de tan loca cosa, ni que se deshaga el artificio de su grande justicia, ni las maravillas de su misericordia, ni que se estorbe la prueba del justo, ni el examen y purificación de las buenas

obras, ni las grandes hazañas de los que le sirven, ni la confusión de los malos. Lo cual todo sucedería al revés, si siempre que uno hiciese la buena obra, fuese rico, fuese honrado, fuese librado de todos peligros y de todas molestias, y por el contrario, el malo empobreciese luego, recibiese mil afrentas, fuese desechado del mundo y en todo le sucediese mal.

Esta regla y este camino demandaron muchos á Dios y, porque no la hallaron cierta, tan palpablemente como ellos querían, dieron en grandes desvaríos y en opiniones perdidas. Es menester para entender esto, conocer el pecado que reinó sobre los hombres, la ira que Dios contra él muestra, el estado de penitencia y de destierro en que vivimos, la cruz á que están sujetos los justos y los injustos. Hase de tener consideración á la necesidad que tenemos de ser castigados, de tener freno en nuestros apetitos, de que nos aparten las ocasiones de perdernos, de continua mortificación para los resabios de nuestro pecado. Débese también mirar la vigilancia del demonio contra nosotros, y como la mayor entrada que él podría tener era la grande seguridad y descuido con que se encaminaría nuestra soberbia.

No piense nadie que es tan liviana nuestra mala raíz que bastasen todos estos intereses para que no pecásemos como sabemos que hizo Adán. Sobre todo, quiere Dios que los suyos sean probados, y que la verdadera fe sea el camino para que experimenten las

obras de su misericordia, y la infidelidad y la rebeldía del malo justifique la justicia con que lo han de castigar. De aquí es que, cuando el justo ve los ejemplos que habemos dicho, júzgalos y mídelos con su fe: sabe que Dios es verdadero, la manera del cumplimiento de su verdad remítela á Él mismo. El malo está ciego para este juicio, y así camina por su perdición sin entender á dónde ni por dónde và, hasta hallarse perdido. Muy lejos estaban los de Sodoma de pensar que los huéspedes que Lot acogió en su casa, eran ángeles que lo venían á librar del fuego que había de descender sobre la ciudad, mas, al fin, él quedó libre y ellos muertos y hechos perpetuo ejemplo de la grande ira de Dios (Génesis 19).

Mas para que esto mejor se entienda y más fácilmente lo podáis retener en vuestra memoria, seguiremos este orden: confirmaremos la sentencia de nuestro salmo con otras de la misma Escritura, porque como es de un mismo espíritu, no hay en ella contradicción, sino concordia grandísima; y luego proseguiremos lo comenzado, declarando la manera en que los buenos lo entienden, y como lo entienden los malos, porque todo depende de aquí.

Digamos primero del favor de los justos, pues nuestro versículo los pone en el primer lugar y dice que conoce Dios su camino y lo tiene á cargo, y trataremos después de los pecadores y del mal camino que llevan. En otros muchos lugares dice David lo mis-

mo que aquí, porque, como es cosa de tan grande importancia, repítela muchas veces. Jehová ordena los pasos del hombre de bien, y aprueba su camino: cuando cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano (Salmo 37). De esta manera son los desastres que en esta vida acontecen á los justos; dado que parezca que caen, son recibidos de tan poderosa y tan misericordiosa mano como es la de Dios, de donde claramente se sigue el poco daño que de la caída les viene, y que serán tornados á levantar al tiempo que les estuviere mejor. Salomón dice: El que sigue la justicia y la misericordia, hallará la vida, la justicia y la honra (Proverbios 21). Al que teme á Jehová, no le vendrán males; en medio de la tentación lo conservará Dios y lo librará de todo (Eclesiástico 33).

No citemos más autoridades, porque para unos sobrarán éstas, y para otras no hay cosa que baste. Pasemos á tratar de los malos, y veamos qué se dice de ellos, poniéndolos en comparación con los justos. Ví yo al impío sumamente ensalzado, y que se extendía como un laurel verde; empero pasóse y he aquí, no parece; busquélo, y no fué hallado (Salmo 37). La maldición de Jehová está en la casa del impío; mas Él bendecirá la morada de los justos (Proverbios 3).

Resta ahora dar luz y claridad á todo esto, platicar cómo lo uno se cumple en los buenos, cómo lo otro se cumple en los malos, de qué manera lo entienden los unos, de qué manera lo entienden los otros, declarar

muchas razones que en este sermón y en el pasado se comenzaron á proponer, y pasamos muy livianamente por ellas, dejándolas de intento para este lugar.

Ya dijimos la sujeción que en este mundo tenemos á sufrir la cruz, la razón que para esto hay, y los provechos que nos redundan. Este es el principal fundamento del justo y la mayor luz para todas sus cosas. Conoce que ha menester freno, y que merece castigo. Entiende que todo viene guiado de la mano de Dios, y que su principal fin es misericordia y favor para los que se vuelven á Él y no se quieren perder. De aquí resulta que lo sufre con grande paciencia y resiste la tentación; que no por eso desampara la ley del Señor, antes la abraza por su remedio. Mezcla todos sus trabajos con una alegría y una esperanza de que todo aquello ha de tener próspero fin, porque la mano de quien lo envía, aparejada está y poderosa es para regalos y favores sin cuenta.

El malo tiene diverso conocimiento de todo esto: ningún sabor, ningún provecho, ningún buen fin halla su gusto en las adversidades. Dice que todo viene guiado de la mano de Dios, mas dícelo y siéntelo tan fríamente como lo manifiestan sus obras. Dale tanto contentamiento la satisfacción de sus apetitos, que, por abominable que sea, no le cabe en el juicio, que viene de mano del demonio tanto bien como él allí halla. La cruz ni la tribulación no se le asienta que la envía Dios, sino que la guía el demonio. Mirad

cuán dañado está su sentido de su malvada codicia. No puede negar esto el malo, sus mismas palabras lo manifiestan. Cuando vienen los trabajos, nunca oiréis sino demonios y ofrecimientos; cuando viene el cumplimiento de la maldad y la caza de su red, alabar á Dios que lo encaminó, y encomendarle lo de adelante. Y estando en este juicio, trastruécase luego tan en otro extremo, que lo bueno que para él es bueno, agradece al demonio, y lo malo imputa á Dios; si no mirad á quien sirve y cuyos caminos toma para lo demás.

De esta primera diferencia que hay entre el justo y el pecador, se sigue luego otra para entre los mismos. El bueno luego conoce la prosperidad y se aprovecha de ella, aunque venga en compañía de mil trabajos y de mil cruces; el malo no la puede conocer, si no se la dan limpia y desembarazada de toda molestia. El uno tiene vista con que la conoce, el otro mira con unos anteojos tan falsos y tan engañosos, que no puede divisar sino cosas muy grandes.

El justo mide el favor con una medida con que le viene cabal y le sobra; mídelo con la necesidad, mídelo con la brevedad de la vida, mídelo con el arrepentimiento y con la cruz que sabe que sus pecados merecen; mídelo con la misericordia de Dios que entiende lo que hace, mídelo con la esperanza que el mismo Señor que da aquello, dará remedio á lo porvenir, pues se queda tan poderoso y tan sabio, con tanta misericordia y tanta providencia como ahora tiene. Con

esto medía Tobías (4) cuando decía á su hijo: No temas, hijo mío; pobre vida es la que pasamos, mas muchos bienes tendremos, si temiéremos á Dios. Con esto mide S. Pablo escribiendo á Timoteo: Grande grangería es la piedad con contentamiento, porque nada hemos traído á este mundo, y sin duda nada podremos sacar; así que, teniendo sustento y con que cubrirnos, seamos contentos con esto (1a. Timoteo 6).

Si miramos los placeres del justo, también son en grande abundancia; porque sólo el conocimiento de las obras de Dios le da tan grande contentamiento, que no hay poder en el mundo para quitárselo. Alégralo el descanso; juntamente lo alegra el trabajo: en lo uno y en lo otro conoce que está en las manos de tal Señor, que no se puede en este mundo pedir ni desear mayor bien. Por donde quiera que su pensamiento y su fe se quieren espaciar, en todo conoce la sabiduría, la bondad, la potencia y la misericordia divina. Sabe que es redimido de su pecado, que es heredero de grandes bienes, que es conservado para grande gloria de quien lo libró. Humíllase con recelo de sí mismo, pide favor para no perderse, alégralo esta esperanza, con ella duerme y con ella vela. Finalmente, quien ama á Dios, no puede carecer de grandísimo contentamiento; porque basta para esto saber quién es aquel que ama, cuán grande es y cuán poderoso, cuán rico de infinitos bienes, y cuán seguro está de venir á menos, cuán bien empleado es en Él el amor, cuán acer-

tada cosa es servirle, cuán cierto está quien lo ama de ser amado, de participar de sus bienes, de estar en su compañía sin poder ser apartado de ella.

Imaginad que en algún amor como el de la madre al hijo, pudiese alcanzarse una imitación de estas cosas, por pequeña que fuese, y considerad el grande placer que resultaría para tal madre, y tornad luego á considerar las circunstancias que hay en este otro para el placer de quien ama. Mezcla tiene de grandes trabajos el hombre mientras en este mundo viviere; mas no pueden todos tanto, que priven al bueno de su alegría. Sentirálos la carne como propia morada de ellos; mas no podrán conquistar la fortaleza y virtud del espíritu.

Dicho habemos la manera con que el justo mide sus prosperidades y sus placeres, y habémoslo hallado muy rico; digamos del pecador, y veréis cuán ciego está. Mide el malo con una medida que no tiene suelo; mirad cuando se ha de henchir cosa sin fin, ó cuando se contentará el que mide con ella. Mide con su soberbia, mide con su ambición, mide con su envidia, mide con su tiranía, mide con su locura y con su ceguedad, y con nunca pensar que ha de haber fin.

Todo lo que habemos dicho es verdad, y si no lo creéis, preguntémoslo. ¿Para qué quieres, hombre, tanta hacienda? ¿Para qué amontonas tanto? ¿Por ventura es tu estatura mayor que la de los otros? ¿Para qué, á rienda suelta, sin temor de las leyes de Dios ni de las de los hombres, lo quieres abarcar todo? Si

con tu necesidad medimos, mucho es lo que te sobra. ¿Con qué mides? No tiene otra respuesta sino decir que con su soberbia. ¿Tiene suelo? No tiene suelo. ¿Queréis ver que esto es así? la razón os lo dirá. ¿Cómo conoceríais que una vasija carece de fondo? Conoceríase, si echando en ella agua ú otra cosa, por mucha cantidad que echaseis, no se hinchiese ni hiciese bulto, sino vos echar y ella estarse vacía.

Diga la soberbia del malo que contra Dios y contra la justicia quiere siempre pasar adelante, qué tanto menos cabrá en sí misma cuando tiene diez que cuando tiene cinco. Ahora cabe más que antes, y mientras más echareis cabrá más. Luego ¿no tiene fondo? Así es. Si con lo que había de menguar crece, si con lo que había de contentarse tiene más hambre, si lo que la había de apagar la enciende, no tiene suelo. Pues ¿quién podrá satisfacer á este hombre? Nadie, puesto que no puede todo lo que Dios crió en este mundo; porque, dado que fuese suyo, todavía querría más, según los resabios que tiene. Para las fuerzas y el juicio que alcanza, no sólo basta, mas excede mucho cualquiera de las cosas que tiene entre manos. Para la medida de su ambición, todos los negocios y tratos del mundo vienen muy angostos. Para gobernarse á sí mismo, harto entendimiento le falta; mas para lo que pide su tiranía, bien tomará cargo de tener mando sobre todo lo que hay en la tierra. Fin tiene lo que ha menester, por larga vida que tenga,

mas como no mide él por aquí sino por su envidia, todo lo que le parece bien en las casas ajenas, querría traer á la suya, todo lo otro querría que menguase, porque más crecidas pareciesen sus cosas. Pues si ni su soberbia, ni su ambición, ni su tiranía, ni su envidia tienen límite, y con esto lo quiere medir todo, ¿cuándo estará satisfecho este hombre?

Pues aun más adelante pasa: no sólo quiere medir sus intereses con su locura, mas también los quiere medir con las locuras ajenas. Porfía tiene tomada de despertar á envidia á sus prójimos todos por una parte, y por otra satisfacer á las vanidades de los ojos ajenos y á las trazas y contentamientos de sus desvaríos. ¡Hombre loco, que no sólo quieres seguir el antojo de tu locura, sino que también trabajas y te afanas por hacer espantajo para la mía! Pasaríamos ya con que quisiese este tal medir solamente sus propias cosas con las medidas que no tienen suelo, si no quisiese medir con las mismas las del pobrecito que está en su rincón, contento con el estado y con la condición en que Dios lo ha puesto. Bástate, mal hombre, que midas con tu soberbia y con tu ambición y con tu torpeza tus intereses y tus gustos; deja al otro medir su suerte y sus placeres con su corazón. Para el fin con que él lo tiene tanteado, rico está; para el gusto que Dios le ha dado, bien tiene de que estar alegre.

Tus medidas no tienen suelo, ¿quién te hizo á tí tan tirano que entres en la casa del otro á medir con

ellas sus intereses? No pára en ellas ni hace bulto todo lo que tu soberbia y tu envidia comprenden ¿y quieres que se parezca lo tasado de tu vecino? Porque si con estas medidas tú no apreciases lo que el otro alcanza, no lo estimarías tan en poco, ni lo pisarías tanto, ni aborrecerías tan en extremo el camino que él sigue, ni por apartarte de él te apartarías tanto de Dios. Tú no hallas contento sino en la imitación de las bestias, no se satisface tu paladar sino con el regalo y la grosería que pide tu cuerpo ¿y por fuerza has de tasar por aquí lo que en el corazón del otro quiere poner Dios? Tú te has imaginado que todos los bienes del mundo son poco para quien tú eres. Tiene el otro tan grande conocimiento de sus pecados, que los trabajos todos de esta vida le parecen muy livianos para lo que sus culpas merecen.

Visto habéis la primera diferencia entre el justo y el pecador, la cual es tan grande y tan manifiesta, que no es de maravillar si obrare diversos efectos en ellos y muy diferentes satisfacciones. El uno tiene caridad, el otro tiene envidia; el uno conoce que no sólo le dan para sí, sino para que reparta también con el hermano; el otro querría que lo que es de todos fuese para él solo; el uno tiene humildad, el otro tiene soberbia; el uno piensa cada día en la muerte y en el fin de la jornada, el otro nunca piensa morir. El uno tiene por juez á Dios, el otro quiere satisfacer el juicio de la locura del mundo. El uno tiene su espíritu

hecho al gusto de santos placeres, el otro no conoce más bien de lo que pueden experimentar sus sentidos. El uno tiene sufrimiento para los trabajos, despiértase con ellos á la paciencia y al arrepentimiento de los pecados; el otro enciéndese en ira y quiérese remediar con añadir más traición. El uno se mide con lo que le parece que es, y con lo que le basta para lo que es; el otro se mide con lo que no es ni es posible que sea.

Esta es la suma de la diferencia, para que con esta breve recapitulación la podáis entender mejor. De aquí está clara la razón por donde el malo se engaña cuando afirma que son muy pocos los buenos á quienes Dios en este mundo hace grandes favores. Si con su medida se tasa, dice verdad; ni hay bueno ni hay malo á quien Dios favorezca como él imagina y como él desea; mas si tomamos la medida de la verdad, de lo que basta y de lo que es necesario, de lo que nos ha de dar verdadero reposo, dejarnos nuestro corazón libre para los verdaderos bienes, apartarnos las ocasiones de infinitos males, hallaremos que están llenos los rincones del mundo de estos favorecidos de Dios, y los malos quedan burlados, comedores y hambrientos, envidiosos y atormentados, engrandecidos y miserables, abarcadores y descontentos, soberbios y vacíos, tiranos y temerosos, debilitados por sus deleites, y carcomidos y afrentados de la fealdad y bajeza de sus torpezas.

Pasemos al desfavor de los pecadores y á tratar según que está prometido, cómo son castigados y derri-

bados en este mundo, y cómo esto es cosa manifiesta para los que tienen la luz de la fe, en la cual declaración juntamente se dirá de las otras diferencias que entre ellos y los justos hay. Reinan algún tiempo y florecen con la vana imaginación de ellos y de quien los mira, mas su día les está aparejado en que se haga manifiesta prueba de cuan aborrecidos los tiene Dios. Cuando viniere mi día, dice el Señor por nuestro Profeta, yo juzgaré rectamente (Salmo 75).

Parecen los pecadores en este mundo á los malos ministros de justicia, que nunca piensan que ha de haber residencia y, si acaso la hubiere, que presto serán concertados con quien se la tomare, porque será otro tal como ellos. Dios dice que llegado el tiempo, Él mismo tomará la vara como buen príncipe y como buen Señor, y que administrará verdadera justicia, y que no tendrá remedio quien fué contra ella. Porque no reposará, dice, la vara de la impiedad sobre la suerte de los justos; porque no extiendan los justos sus manos á la iniquidad (Salmo 125).

Como lo afirma la Palabra Divina, así se pone en obra. Como probamos ser cierto que son muchos los justos amparados y favorecidos, así es cosa cierta ser muchos los malos que son derribados, y ser derribados todos. En lo primero se engañaba el malo, porque medía con malas y falsas medidas; en lo segundo ya habemos dicho como se engaña, porque no tiene fe para lo pasado ni para lo presente ni por venir. Por-

que si esta fe tuviesen los pecadores, ó no estuviesen tan enloquecidos con el sueño de sus deseos, no es posible que no viesen claramente lo que ha hecho la mano de Dios en todos los malos del mundo, en todos tiempos y en todas edades. ¿Qué memoria pueden señalar de la gente de este linaje, que luego no se señale su caída y su castigo? Aunque, como dice el Profeta, hayan sucedido otros como ellos en su lugar (Baruc 3), ¿por ventura es menos poderosa la mano del Señor ahora que entonces? ¿Está más vencido y más contento de las maldades? Las leyes de su justicia ¿hanse mudado? ¿Quiere menos bien á los buenos? Ejemplo son aquéllos para todos los otros.

La respuesta de los malos ya se comenzó á tratar y ahora la diremos más en romance. Castiga Dios á los malos á bulto, mas particularmente, no á todos: castiga á unos para que tomen otros ejemplo y tengan temor. Acude á tiempo su justicia, mas entre una y otra venida escapan los que caen en medio. Bien está, no tienen más que decir. Cuanto á lo primero, harta malaventura tenéis en vivir en duda y en sobresalto, si habéis de ser de los avisados ó de los ejemplos. Lo segundo, ya que no sea en vuestros días, sino que muráis en vuestra mala paz, ¿quién os ha asegurado que no será después de muerto vos? Esto le parecerá muy grande locura. Viva él como desea y muera sin que se le deshaga la rueda, que después de muerto venga en buena hora lo que viniere.

Ya nos quiere dar á entender que por solo el tiempo de la vida lo ha, y que después de pasada ésta, ni hay viña ni cosa que le parezca. Pues al revés lo entendemos acá, y que soñáis algo para después de muerto. Díganlo las vanidades de vuestras memorias, las de vuestra sucesión y vuestro linaje, por quien habéis extendido tanto las redes y cada día las extendéis. Y porque no todos los locos desvarían de una manera, es bien que sepañ todos que lo que piensan que no ha de haber después de muertos, que es dolerles lo que en la vida no les dolió, lo ha de haber muy cumplidamente.

¿No dijimos en el sermón pasado que una de las locuras de los pecadores era fijar á Dios el tiempo en que los ha de castigar, y la manera y el cómo y el lugar donde les ha de doler? Mal remedio tienes, malo, si piensas que el tiempo te puede librar de las manos de Dios. Si no sabes tú donde te ha de doler, Él sí lo sabe; si tú no entiendes más de una manera, Él entiende muchas.

Dirá él, que verdad es que el pecador que parte de aquí sin verdadera penitencia de sus pecados, será castigado por lo que hizo; mas ¿cómo le ha de doler lo que después sucediere acá en este siglo? De una vez pagará y no tiene cuenta con otra cosa. Respóndote, malo, que no eres tú parte para poner límite al castigo de Dios, y que serán de tal manera tratadas tus cosas, que te dolerán como te dolieran vivo, y más de lo que te dolieran. Por muchas cuentas que concier-

tes y desconciertes, por muchos tiempos que pasen por tí, no pienses que tan presto han de tener fin las adahalas[1] de tu malaventura, ni las nuevas de tu perdición. Cosas sucederán acá después de partido tú con que mil veces se renueven las llagas de tu avaricia, de tu soberbia, de tu robo, de tu envidia y de tus feos y locos placeres.

No en balde están tan amenazados los malos en la Divina Escritura, de cuán al revés se les han de volver sus intentos, de cuánto tormento les han de dar en el otro mundo las cosas que dejaren en éste. ¿No os acordáis del rico avariento, de cómo negocia el malaventurado, y negocia tan en vano, que envíen á sus hermanos algunos muertos ó algunas visiones, porque no vayan á donde él está? (S. Lucas 16.) Bien ve él allí, sólo que lo ve muy tarde, que tiene aun por recibir muchos tercios de su paga.

Concluyendo, pues, digo y declaro lo que he dicho, que son castigados los malos en sus mismas prosperidades y en sus mismos placeres, ó claramente en esta vida ó en las cosas de esta vida y por el camino que ellos temían la perdición y el desastre de ellas, ya que les duren hasta la muerte. Todo esto es una cuenta, y si le parece otra cosa, espere el tiempo en que se ha

---

[1] Del árabe *adehala*. Lo que se da de gracia sobre el precio de aquello que se compra, vende ó toma en arrendamiento. Lo que se agrega de gages ó emolumentos al sueldo de algún empleo ó comisión.

de averiguar todo, y entenderá quien dice verdad. Parecen en esta vida unos pecadores más desastrados que otros, siendo iguales en las maldades; mas creedme á mí, ó creed á Dios, que hay manera de igualarlos en lo mismo que os parecen muy desiguales. Esta es la salida que nuestro Profeta da, respondiendo al mismo argumento que él puso de la buena fortuna de esta mala gente: Desazonóse á la verdad mi corazón, y en mis riñones sentía punzadas; mas yo era ignorante y no entendía, hasta que penetré en el secreto de Dios y entendí el fin de los malos. Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados! Acabáronse, fenecieron con turbaciones. Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despertares, menospreciarás sus apariencias (Salmo 73).

Si juicio tuviesen los pecadores, verían cuán verdadera y clara es la sentencia que propusimos, que, por muy bien que les suceda, juntamente y en un mismo punto son prosperados en esta vida y derribados y desposeídos de sus mismos bienes, y que su mismo temor se los quita, su misma hambre los despoja de ellos, el mismo cumplimiento es como leña para con el fuego, para que los abrase y los encienda más, y vaya creciendo su sed. Mirad qué sueño le da al mejor tiempo su mala conciencia, por mucho trabajo que tome por defenderla y por adormecerla, y conoceréis qué tanto le deja de la posesión de sus bienes. Los

mismos placeres por que se pierde, lo afrentan en su corazón y se quieren esconder del mundo; tal conocimiento tienen de sí, quedando sobre todo la cuenta que después les han de tomar.

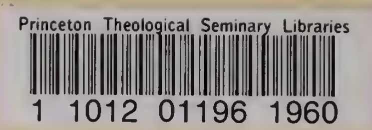
¡Cuán al revés le sucede al justo, cuánta es en esta vida su prosperidad, con la esperanza que tiene en Dios; cuántas son las posesiones y buenas nuevas que cada día le han de venir del cumplimiento de sus justos deseos y de los mismos bienes de aquí después que hubiere partido! Mas ¿cómo no ha de ser esto verdad, teniendo Dios á cargo todas sus cosas? Confió los tiempos al mismo Señor que los gobierna y que los tiene todos presentes. ¿Cómo le ha de faltar el tiempo?

Un solo remedio queda al pecador, éste es, con verdadero arrepentimiento volver á Dios. Por enemigo que es, esperándolo están; por mucho que se haya apartado, no le faltará favor para que se halle cerca. Propónga en sí que el Señor lo crió y lo busca para hacerlo bienaventurado y rico de bienes inestimables. ¿Cuál es el camino? Huir de consejo malvado, de carrera de pecadores y de silla de escarnecedores. Considere bien y mire, cómo le negaría lo poco y lo que á muchos se comunica, quien no le niega cosas tan grandes y tan privilegiadas como es el reino del cielo, como es ser hijo de Dios, como es la sangre del Redentor del mundo, para que esto se le encamine. Sus mismas obras y sus mismos defectos, si bien los quiere entender, lo desengañarán y le dirán que es más

seguro y viene mejor con quien ellas son el camino de la cruz. Para todo le dará esfuerzo y luz la ley de Dios. Ésta ponga en su corazón como tesoro, donde está la estima y el valor de todos los bienes, y de mayores bienes que el hombre puede acertar á pensar.

Aquí hallará todas las riquezas que deseare, limpias de todo escrúpulo y de todo tormento de dañada conciencia, no pedidas ni buscadas en la escasez ni en la miseria del mundo, no atemorizadas de la fortuna ni de sus mudanzas, no acabadas con breves años de vida; sino dadas de la liberalidad del Señor que con sola su palabra lo crió y lo gobierna todo, y dadas á quien ama tanto, que dió su propio Hijo por él, depositadas en sus promesas, que faltarán el cielo y la tierra, y faltará él mismo, antes que falten ellas, amparadas con su poder, á quien nadie puede poner resistencia.

Aquí hallará placeres sin carcoma de fealdad y sin mezcla de defecto ni de cosa amarga; aquí sabiduría con que no pueda ser perdido ni engañado. Será como árbol plantado á las corrientes de perpetuas aguas, que por mucha contradicción que le haga el mundo y todo el reino del demonio, nunca lo podrán mover, ni le podrán estorbar que á su tiempo dé su fruto, porque tiene cargo de todas sus cosas el Señor de todos los tiempos, y lo conservará y hará prosperado, para que reine con Él para siempre sin fin. Amén.


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01196 1960

